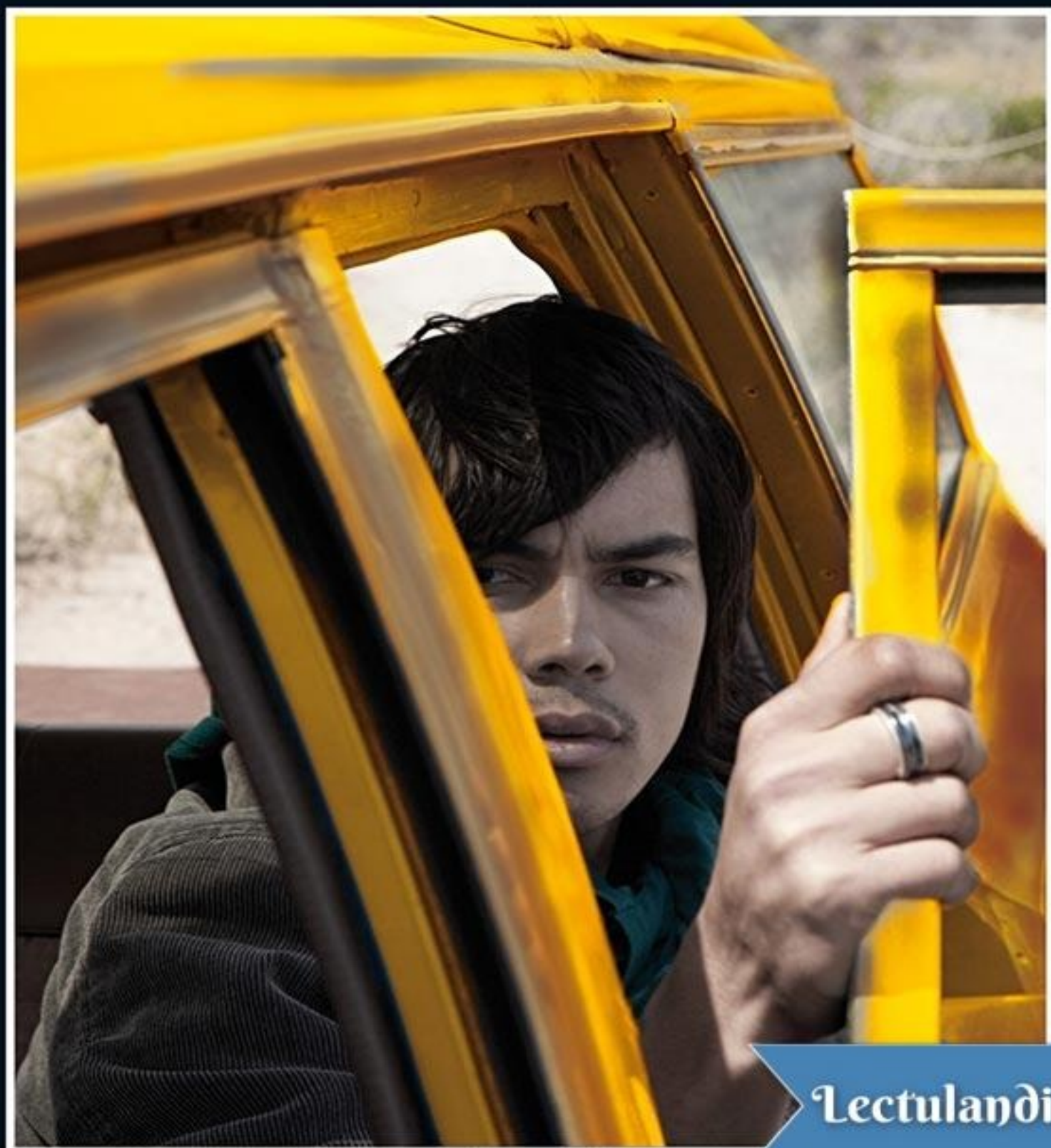


Horacio Castellanos Moya
BAILE CON SERPIENTES



Lectulandia

Un buen día aparece estacionado en una calle de la ciudad un Chevrolet amarillo de los años cincuenta. En ese coche vive Jacinto Bustillo, un indigente hosco y harapiento que despierta las suspicacias de los vecinos. Uno de ellos, llamado Eduardo Sosa, decide averiguar quién es Jacinto y cómo ha llegado a esa situación. Quizá por la soledad que lo rodea, el indigente acaba resignándose a la compañía de Eduardo Sosa y le permite inmiscuirse en sus miserables jornadas y averiguar cómo se gana la vida. Pero, de pronto, Jacinto muere degollado en el curso de una reyerta. Del interior del Chevrolet emergen entonces unas peligrosas serpientes que, sumidas en un frenesí de destrucción, siembran el terror en un crescendo imparable que tendrá en vilo a toda la ciudad y traerá de cabeza al subcomisionado de policía Lito Handal y a la reportera Rita Mena.

Lectulandia

Horacio Castellanos Moya

Baile con serpientes

ePub r1.0

Titivillus 08.03.15

Título original: *Baile con serpientes*
Horacio Castellanos Moya, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Ninguno de los inquilinos pudo decir en qué preciso momento el Chevrolet amarillo se había estacionado frente al edificio. Eran demasiados los autos que pasaban la noche en esa calle; un par de apretadas hileras a lo largo de las cuatro cuadras de la unidad habitacional. Pero el Chevrolet amarillo llamaba la atención por no pocos motivos: se trataba de una carcacha de hacía por lo menos treinta años, con la carrocería descascarada y los cristales tapiados con pedazos de cartón —parecía, pues, una vieja pertenencia sentimental de algún vecino que se negaba a llevarla a la huesera.

Las primeras en descubrir que algo raro pasaba con ese vejestorio fueron las amas de casa y las sirvientas que a media mañana salían de compras a la tienda o simplemente a comadrear. Un hombre canoso, barbado y harapiento, emergía del Chevrolet a aquellas horas con la pinta de quien recién despertaba, de quien había pasado la noche durmiendo en ese cacharro.

La Niña Beatriz, la tendera, se encargó de darle seguimiento a esa extraña presencia, de mantener informados a los vecinos sobre los movimientos de ese sujeto: a través de ella supimos que éste tenía la sola rutina de salir del auto a las diez de la mañana, luego se perdía quién sabe en qué meandros de la ciudad; regresaba entre ocho y diez de la noche, cargando una bolsa de lona repleta de cachivaches, y se encerraba en el auto hasta el siguiente día.

Yo era el vecino ideal para fisgonear a ese individuo. Desempleado, sin posibilidades reales de conseguir un trabajo decente en estos nuevos tiempos, vivía en el apartamento de Adriana, mi hermana menor, y de su marido Damián. Les pagaba una cuota, un tanto simbólica, de los dólares que eventualmente me enviaba desde Estados Unidos mi hermana Manuela, la mayor, la que me había criado, la que más me quería. Y es que mi situación resultaba hartamente difícil: mis estudios de sociología (una carrera que a esas alturas ya había sido borrada en varias universidades) no me servían para nada en lo relativo a la consecución de un empleo, pues había una sobreoferta de profesores, las empresas no necesitaban sociólogos y la política —último terreno en que hubiera podido aplicar mis conocimientos— era un oficio ajeno a mis virtudes.

De ahí que pasara la mayor parte del tiempo en el apartamento, dedicado a la lectura de los periódicos (no perdía la esperanza de encontrar ese anuncio clasificado que cambiaría de rumbo mi vida) y a ver la televisión; también ayudaba a Adriana a hacer algunos mandados y, cuando se presentaba la oportunidad, visitaba a tipos solemnes que, luego de recibir mi currículum, me pedían que los llamara por teléfono en un par de días —llamada a la que, por supuesto, nunca contestaban.

La primera vez que me encontré con el hombre del Chevrolet amarillo yo había bajado a la tienda por unos cigarrillos. En ese momento, el tipo iba saliendo del auto, con su bolsa de lona: vestía un pantalón de mezclilla que en un pasado remoto debió de haber sido azul, unos tenis mugrosos amarrados con pedazos de cabuya y una playera hecha jirones. Lo saludé, cortésmente. No se dio por aludido. Cerró la puerta

del auto y caminó calle abajo, renqueando, hosco, apestoso a alcohol, a orines.

—Es un hediondo, un borracho —me dijo la Niña Beatriz, una señora rolliza y de lengua afilada, mientras buscaba la cajetilla de cigarrillos—. No habla con nadie. Quién sabe cómo vino a dar hasta acá. Deberíamos hacer algo para que se vaya.

Lo comenté con mi hermana y mi cuñado a la hora de cena: el tipo no parecía un pordiosero cualquiera, más bien daba la impresión de que tiempo atrás había sido un clase-mediero, que ese Chevrolet le pertenecía. Mi cuñado nunca había visto al sujeto, pero sí se había fijado en el auto y se preguntaba si éste aún funcionaría.

—Tuvo que haber llegado de alguna manera —dijo Adriana—. Y no hace más de dos semanas.

Un par de días después volví a encontrarme con el sujeto, esta vez en la noche, cuando él regresaba con su bolsa de lona cargada de lo que supuse eran desperdicios. Le di alcance, dije «buenas noches» y caminé a su lado.

—Soy Eduardo Sosa, un vecino —me presenté.

No se volvió para mirar, siguió avanzando, como si yo no le hubiera hablado, como si no estuviera junto a él.

—Debe ser incómodo vivir en un auto —insistí.

Despedía el mismo tufo rancio y movía los labios, mascullando para sí mismo quién sabe qué barbaridades. Pero yo seguí caminando a su lado; venía de tomar un café, no había ninguna película decente en la tele y el tipo había despertado mi curiosidad.

—Los vecinos se quejan de su presencia. Van a llamar a las autoridades para que se lo lleven.

El tipo era realmente intratable. Me miró con desprecio y me espetó:

—¿Y a usted qué le importa? ¿Por qué se mete? Váyase. Déjeme en paz...

Llegamos al Chevrolet amarillo. Hurgó en sus bolsillos, sacó una llave y, antes de abrir la portezuela, me enfrentó con fiereza:

—¿Qué es lo que quiere? —lo dijo con los mugrosos dientes entrecerrados.

—Ver cómo es ahí adentro —dije, sin inmutarme, señalando el auto.

El tipo se desconcertó; casi con temor, me dio la espalda, abrió la portezuela y entró rápidamente al Chevrolet. No pude vislumbrar nada. Toqué con mis nudillos en una ventanilla, luego en el parabrisas; pero el tipo, resguardado tras los cartones, no respondió. Me dirigí hacia la tienda.

—Debemos llamar a las autoridades para que se lleven esa mugre —le dije a la Niña Beatriz.

Ella estaba de acuerdo conmigo.

—Telefonee a la policía para que envíen una patrulla ahora mismo —propuse.

Ella dudó. Le advertí que no le convenía que un tipo de esa calaña hubiera estacionado semejante cacharro frente a su tienda, que debíamos actuar de inmediato, no pensarlo más, si no, el tipo se nos iba a quedar ahí para siempre.

La patrulla llegó como a los diez minutos.

—Ese Chevrolet tiene dos semanas de permanecer estacionado ahí —dijo la Niña Beatriz—. Un tipo sospechoso duerme adentro.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó un agente que se había identificado como Dolores Cuéllar.

—¡Cómo que cuál es el problema!... —exclamó ella—. No sabemos si el auto ha sido robado. El tipo vive en la vía pública. Además es un pordiosero cualquiera. ¿Me entiende?

Dos vecinas, que acababan de entrar a la tienda, secundaron a la Niña Beatriz. Yo permanecía en un segundo plano, discreto. El agente Cuéllar pareció entender: se encaminó hacia el Chevrolet, tocó enérgicamente la ventanilla del lado del conductor, se identificó como policía y exigió que abrieran la portezuela. El tipo no daba señales de vida. Ya éramos media docena de curiosos alrededor del auto.

—Ahí está. Recién se metió. El señor aquí es testigo —dijo la Niña Beatriz, señalándome.

El agente hizo un nuevo llamado, con más energía, como si el próximo paso fuera romper la ventanilla de un porrazo.

Entonces el tipo salió del auto. Al ver tanto público —y en especial al policía—, en vez de intimidarse, se puso agresivo, como animal acorralado. Se identificó como Jacinto Bustillo, el auto era de su propiedad, como lo demostraba la tarjeta de circulación que ahora revisaba el policía, y no comprendía por qué lo estábamos molestando, estacionarse en la vía pública no era ilegal.

—Estacionarse no, pero usted vive ahí —dijo la Niña Beatriz, señalando el Chevrolet—. Y eso no es normal, va contra la ley y contra las costumbres. Nadie puede vivir en la vía pública.

—¿Por qué? —preguntó el tipo, desafiante—. No existe ninguna ley que diga que yo no pueda permanecer en mi auto. ¿Conoce usted alguna ley que me prohíba estar aquí? —enfrentó ahora al agente Dolores Cuéllar.

Lo tomó por sorpresa.

—La verdad que no —balbuceó el agente.

El tipo entró de nuevo al auto.

Quedamos plantados, sin saber qué decir, mirándonos el uno al otro. El agente fue el primero que se retiró: dijo que no podía hacer nada.

—¡Cómo es posible!... —exclamó la Niña Beatriz.

La acompañé a la tienda.

—Creo que nos equivocamos —dije—. No debemos llamar a la policía; a ellos no les compete este tipo de casos. Debemos acudir a la alcaldía.

La tendera se comprometió a llamar a las autoridades municipales a primera hora del siguiente día: el tal Jacinto Bustillo no se saldría con las suyas; mañana mismo tendría que partir con su mugre a otro lado. Me dirigí al apartamento. Al pasar junto al Chevrolet volví a tocar con mis nudillos la ventanilla del conductor.

—Don Jacinto —le llamé—. ¿No gusta un cigarrillo?

No respondió. Toqué de nuevo y repetí la oferta.

—¡Lárguese! ¡Déjeme en paz! —gritó desde el interior, sin siquiera asomarse.

Me encerré en mi habitación, a ver la tele, a disfrutar mi cigarrillo, a sacarme la costra de las uñas con mi vieja navaja, la de la cacha color hueso.

A la mañana siguiente, la Niña Beatriz me contó que había llamado a la alcaldía, pero le habían dicho que los inspectores tardarían un par de días en llegar porque estaban saturados de trabajo. Estuve en el apartamento, hojeando periódicos, hasta un cuarto para las diez. Enseguida bajé y me aposté cerca del Chevrolet, a fumar un cigarrillo, disfrutando del tibio sol matutino. El tipo salió, puntual, con el saco de lona vacío, la mirada furiosa, quizá por descubrirme o porque ése era su estilo.

—¡Buen día, don Jacinto! —saludé, contento, como quien encuentra al vecino más querido del barrio.

El tipo pasó a mi lado, renqueando, sin verme, con expresión de fastidio, siempre apestoso a alcohol, a orines fermentados; pero yo tenía el día libre, nada que hacer, como todos los días.

—Lo felicito por lo que le respondió anoche al policía —dije—. Uno debe tener carácter, no dejarse intimidar por la gente. Yo ya se lo había advertido.

Caminaba junto a él, gesticulante, alegre, celebrando su compañía. Se detuvo un instante.

—Quiero pedirle un favor —dijo, mirándome directamente a los ojos, con el mayor enfado posible—: déjeme en paz, siga su camino... —no hablaba, sino que escupía.

—No se preocupe, don Jacinto —dije—. No tengo nada que hacer. Tranquilo. Iré con usted...

Retomó su marcha, como si hubiera sido posible ignorarme.

—Apuesto a que todos los días usted sigue la misma ruta —aventuré.

Íbamos hacia el centro de la ciudad. El tipo avanzaba a un ritmo continuo, sin detenerse, la vista fija en el suelo, sin mirar a los lados.

—Cuénteme de su vida, don Jacinto —le pedí.

Pero no hubo manera de sacarlo de su silencio. Esperaba, quizá, que yo me cansara, me diera por vencido y regresara cabizbajo al apartamento de mi hermana. Pero yo ya me había entusiasmado: le conté de mis dos hermanas, de mis padres muertos prematuramente, de mi desempleo, de la sensación de hastío que por momentos me embargaba. Probablemente así lo fui ablandando, poco a poco, bajo el sol cada vez más ardiente, inmisericorde, mientras enfilábamos ahora hacia la zona industrial de la ciudad, un sector que me era desconocido, donde los galerones con techo de asbesto albergaban a centenares de mujeres que laboraban bajo el látigo de chinos sucios y detestables, según denunciaban los reportajes periodísticos. Un paisaje propicio para que don Jacinto empezara a relatar la historia de una vida que se había retorcido a tal extremo que de ella sólo quedaban este miserable al que acompañaba y el Chevrolet amarillo.

—¿Contador, usted, don Jacinto? Nunca me lo hubiera imaginado —exclamé, rebosante de curiosidad, feliz de que por fin él me tuviera confianza, aunque ya el sol fuera insoportable, y no terminara de acostumbrarme a verlo hurgar en aquellos basureros ubicados en la quebrada hacia la que confluían la mayoría de fábricas, vejete sudoroso que empinaba obstinadamente la botella de aguardiente, sin convidarme, aún desconfiado.

Y ahí, casi con ganzúa, mientras lo observaba recoger desperdicios, objetos inútiles (que inmediatamente echaba dentro del saco de lona), fui extrayendo la historia de un pobre tipo que hacía unos años aún era el contador en jefe de una de esas fábricas por las que ahora deambulábamos, un tipo a quien de pronto echaron a la calle, ninguneado, como si toda la vida que él le había dado a la empresa no hubiese servido para nada, en medio de un escándalo de adulterio que le granjeó también el peor de los desprecios por parte de su mujer y su hija adolescente.

—El asco, joven —masculló luego que engullimos un bocadillo en una esquina cualquiera, bajo el sol vertical, rodeados de operarias que a esa hora cambiaban de turno, en ese intersticio que él aprovechaba para empinarse nuevamente la botella de aguardiente y yo para encender un cigarrillo.

Y a lo largo del trayecto el tipo me preguntó una y otra vez cuál era mi intención, qué buscaba, de dónde me había salido ese interés por acompañarlo, por conocer sobre su vida; algo malsano me traía entre manos —dijo— para perder mi tiempo de semejante manera, pero él ya no tenía nada que perder, nada le importaba, ni siquiera el Chevrolet amarillo, ese cacharro que compró en el preciso momento en que decidía tirar todo por la borda y dedicarse a la mera subsistencia, con el auto como sola pertenencia, durmiendo por temporadas en distintas zonas de la ciudad, lejos de la mugre que los demás llamábamos familia, prestigio, trabajo. Y yo le respondía, zalamero, huidizo, que había una curiosidad aún inexplicable, ganas de ver el mundo de otra manera, nada de sociología de campo, más bien como un presentimiento, una advertencia, la temida premonición, o lo que fuera, de que mi vida algo tendría que ver con su vagabundeo.

Y entonces abandonamos la zona industrial y fuimos hacia calles atestadas de comercios, de compraventa de chatarra, donde el tipo que decía llamarse Jacinto Bustillo era recibido como un viejo cliente, un apestoso que abría su saco de lona para mostrar el cachivache preciso. Yo me quedaba en la acera, apartado, fumando, solapado entre la turba de transeúntes, virtual guardaespaldas, sin perder detalle de las transacciones que realizaba en locales en los que, en cierto momento, el tipo sacaba su botella de aguardiente, brindaba con rabia, para no dejar el menor resquicio a la contraparte, que también debía empinar el frasco para sellar el trato.

—Es usted un maestro en los negocios, don Jacinto —le decía, con admiración.

Y el tipo sonreía, de mala gana, sobándose la barba canosa.

La tarde cayó, rotunda, cuando don Jacinto aún cargaba demasiada basura en el viejo saco de lona, porque cada una de las negociaciones consumía cantidades de

tiempo, esfuerzo, paladar. Entonces enfilamos hacia la zona roja, donde la sordidez se enseñoreaba en cada antro.

—¿Alguna cantina en especial? —pregunté, porque ya casi nada quedaba de su botella de aguardiente.

—La Prosperidad, se llama —dijo.

Entramos a aquel antro de aire fétido y luz pastosa, un expendio de aguardiente, con aserrín en el suelo, la pequeña barra mugrienta y un par de mesas desvencijadas.

—Viene acompañado el viejo asqueroso —dijo, burlón, el miserable del fondo.

Don Jacinto pasó a la barra, a que le llenaran su botella, y enseguida fue hacia donde el sujeto que se había burlado, un enano calvo, de ojos rasgados, sin un solo diente, que respondía al nombre de Coco. Por primera vez don Jacinto me convidó a beber de su botella. Di un trago largo, consistente, para que mis entrañas se incendiaran de una buena vez, sin preámbulos, y el furor apareciera preciso, súbito.

—¿Quién es esta belleza? —preguntó Coco, el muy libidinoso.

—Un curioso de mierda que no me ha dejado en paz en todo el día —dijo don Jacinto, pasándome de nuevo la botella, que ahora me empiné con mayor convicción—. Quién sabe qué se trae entre manos...

—Una criatura caída del cielo —dijo Coco, y sonrió con la perversión en el rictus.

Y de nuevo tuve la botella entre mis manos, mientras don Jacinto insistía en que yo era cualquier pedazo de mierda, que la noche anterior me había confabulado junto a otras viejas infames para echarle encima a la policía.

—Al revés —aclaré—. Yo pasé a avisarle un rato antes las intenciones de la Niña Beatriz. No sea desagradecido.

—Ya nos vas a decir la verdad —dijo Coco.

—Quiere saber por qué llevo este tipo de vida...

Coco lanzó una carcajada; se las quería llevar de siniestro, semejante enano, para quedar bien con don Jacinto. Pero éste no dejaba de pasarme la botella, con sus ojillos vidriosos, hasta que hubo un momento en que dijo que ya debíamos abandonar ese antro, reponer provisiones, y fue de nuevo a la barra, a que le rellenaran la botella, y luego enfiló hacia la calle, seguido por Coco y por este sociólogo desempleado que ahora entraba en el vértigo, en las sinuosidades nocturnas, donde el par de miserables al que acompañaba compartía callejuelas, liendres, escondrijos como éste en el que nos sentamos a beber a la intemperie, viscosa tiniebla, las nalgas en un escalón y la espalda contra el muro pestilente.

—Me voy a comer esta carnita... —masculló Coco, frotándose las manos. Imaginé que el sarnoso tenía intenciones conmigo, pero más bien se abalanzó a la bragueta de don Jacinto, quien lo dejó hacer, dando sorbos a la botella, respirando cada vez con mayor agitación, a medida que la calva aceleraba su ritmo, hasta que súbitamente don Jacinto lanzó un tremendo grito y Coco rodó por el suelo sin parar de carcajearse.

—¡Me has mordido, hijo de la gran puta!... —aulló, rabioso, don Jacinto, y con un movimiento preciso estrelló la botella en el rostro de Coco—, ¡Cabrón, maldito!...

Y ensartó el cacho de la botella en el abdomen del otro, frenéticamente, mientras con la otra mano se protegía su miembro sangrante. Coco ya ni siquiera pujaba, guiñapo sanguinolento, con la mueca macabra y las tripas esparciéndose a ras del suelo.

Yo me había puesto de pie, temeroso de que don Jacinto luego la emprendiera contra mí. Pero éste se dejó caer nuevamente sobre el escalón, exhausto, lamentando la pérdida del aguardiente que aún quedaba en la botella; blasfemó otra vez contra el cadáver de Coco y enseguida me exigió que fuera al expendio a conseguir más aguardiente. Él buscaba en su saco de lona una botella vacía, cuando yo desenvainé mi navaja, la de la cacha color hueso, y de un tajo le rebané el cuello: sus ojos quedaron estupefactos sobre la barba canosa. Hurgué en sus bolsillos hasta encontrar la llave del Chevrolet amarillo, recogí el saco de lona y emprendí el regreso. Crucé la ciudad a toda prisa, ansioso por llegar al auto, por descubrir esa intimidad que don Jacinto guardaba con tanto recelo. Tuve la prudencia de detenerme en una tienda a comprar un par de velas para alumbrarme dentro de lo que intuía como una caverna oscura, llena de trampas y subterfugios, y llegué en el preciso instante en el que la Niña Beatriz estaba cerrando su negocio, cuando los grupos de vecinos que se formaban en la tienda y en la esquina ya se habían disuelto. Enfilé sin dilación hacia el Chevrolet amarillo, abrí la portezuela y me metí de golpe a la boca oscura. El tufo rancio casi me noqueó: encendí la cerilla, un cigarrillo y la vela. Descubrí un quinqué de baterías a mi lado, y la luz se hizo plena. El lugar, extraordinariamente ordenado, sin asientos, con sólo un pequeño taburete, evocaba la cabina de una nave: ringleras de frascos y botes de lata semejaban tableros y controles; un par de mantas y otros trapos estaban apilados en una esquina. Sentí una alegría inédita, abrumadora, porque ese espacio ahora me pertenecía, era sólo mío, para siempre. Me acosté sobre una manta, apagué el quinqué y me quedé fumando; ya mañana tendría tiempo de escudriñar en cada rincón. Ahora estaba agotado, con ganas de descansar.

Y entonces, de repente, cuando recién apagaba el cigarrillo y me disponía a dormir, en esa grata duermevela, sentí aquellas viscosidades untándose a mi cuerpo, deslizándose lenta, asquerosamente. El terror me paralizó. No cabía ninguna duda: eran culebras, serpientes quién sabe de qué clase, que habían estado escondidas en las ranuras del auto. Permanecí inmóvil, tratando de controlar mi corazón desbocado, de aclarar mi mente, de no dejarme vencer por el horror. Distinguí por lo menos media docena de ofidios que reptaban sobre mi pecho, alrededor de mis piernas, uno de ellos pasaba ahora por mi cuello, bajo mi oreja izquierda. Intenté controlar mi respiración. ¡Claro!: eran las mascotas de don Jacinto... Si lograba controlarme un par de minutos más, si me concentraba profundamente para que ellas sintieran mis vibraciones y comprendieran que yo era el nuevo don Jacinto, entonces estaría salvado, y el susto de mi vida se transformaría apenas en el gesto de saludo que un

grupo de mascotas rendían a su nuevo amo. Y así fue. Estuve como cinco minutos inmóvil, sintiéndome don Jacinto, pensando que la navaja cache color hueso que portaba en mi bolsillo había sido una especie de escalpelo gracias al cual había abierto tremenda hendidura para penetrar al mundo en el que quería vivir. Poco a poco las serpientes fueron abandonando mi cuerpo, pero aún me quedé quieto otro rato hasta que estuve seguro de que la vida comenzaría a suceder como yo me lo proponía. Enseguida me incorporé, encendí una cerilla y busqué el quinqué. Ahí estaban, ellas, las malditas, cada una en su sitio, enroscadas, observándome. Encendí un cigarrillo. Empecé a murmurar, a decirles, a contarles que el viejo mugroso se había transmutado en quien ahora les hablaba. Me entendían, por supuesto. Lo pude ver en sus ojillos, en la manera como una de ellas agitó la lengua cuando le hablé de frente. Me dije que tenía que ponerles nombre, aprender a reconocerlas. Me pregunté cómo carajos habría hecho don Jacinto para conseguir y domesticar a esas serpientes. La que estaba a un lado del pequeño taburete podría haberse llamado Beatriz, como la tendera, tenían algo en común, claro, pero que a esas alturas de la noche, con las acumulaciones de fatiga, yo no estaba en condiciones de descubrir. Ahora que me sabía dueño de la cabina, amo de esa temible tripulación, podría descansar, tranquilo, como me lo merecía, hasta que mañana corroborara que no había habido sueño sino el despertar absoluto.

Al día siguiente abrí los ojos con temor a encontrarme en la habitación del apartamento de mi hermana Adriana, de constatar las alucinaciones de mi imaginación enfebrecida. Pero lo que estaba sobre mis ojos era el techo herrumbroso del Chevrolet amarillo. Antes de hacer cualquier movimiento, recordé los ojillos criminales de Beatriz, el deslizamiento viscoso untado a mi cuello. Al rato me incorporé. No estaban por ningún lado; evidentemente les gustaba la noche. Yo no me pondría a hurgar: sabía que ellas se encontraban ahí, aparecerían cuando les diera la gana, fuera de mis previsiones, insolentes, obedientes sólo a lo que yo había heredado de don Jacinto. Por eso, una vez que me sentí a mis anchas en la cabina, decidí quitar el cartón que cubría el parabrisas, metí la llave en el arranque, insistí hasta que el motor tosió con el mínimo entusiasmo. Puse el pequeño taburete frente al volante, encendí el cigarrillo matutino y me dije que la Niña Beatriz tendría un día placentero gracias a mi esfuerzo, a mi voluntad de tomar la estafeta que don Jacinto había dejado a la deriva. Y ahí íbamos, radiantes, avanzando a toda máquina —el Chevrolet amarillo, las serpientes y yo—, ganosos de llegar a otras zonas de la ciudad, donde iniciaríamos una nueva aventura.

Me dirigí al centro comercial más grande de la ciudad, al que contaba con un vasto estacionamiento en el que el Chevrolet amarillo podría pasar inadvertido. Me ubiqué en el corazón mismo de aquel espacio repleto de autos, donde los vigilantes no tenían por qué venir a molestarnos. Puse de nuevo el cartón para cubrir el parabrisas, encendí el quinqué, extraje el fajo de papeles que había en la guantera con el propósito de descubrir mayores detalles sobre la vida de don Jacinto: encontré la

tarjeta de circulación, una licencia de conducir, recibos viejos, una agenda destartalada, un fajo de cartas y un par de recortes de periódicos. El tipo apenas tenía cuarenta y dos años de edad, la casa de su esposa estaba ubicada en una colonia acomodada, y las cartas habían sido remitidas por una tal Aurora, que, a primera vista, parecía haber sido su amante. Me disponía a adentrarme en esas misivas, con la fruición del curioso, cuando percibí movimientos en un rincón de la cabina: aparecieron casi al mismo tiempo, reptando a mi alrededor, pero sin agresividad, incluso diría que con cierto recato, y eran tan sólo cuatro, no la media docena que yo había pensado. Ahora distinguí con mayor precisión sus peculiaridades como para que de una buena vez les pusiera nombre: Beti era la rolliza de ojos taimados; Loli sería una delgada de movimientos tímidos, casi delicados; Valentina, con su piel tornasolada, exhalaba sensualidad; y Carmela, en su pequeñez, tenía un toque misterioso.

—Buenos días, muchachas —las saludé.

Me repantigué sobre la manta para seguir con la lectura de las cartas. En eso descubrí, con regocijo, la reserva de aguardiente que me había heredado don Jacinto. Me empiné una botella, encendí otro cigarrillo y comencé a leer. La historia era el típico romance entre el jefe contable y su secretaria, ambos casados, él ya maduro y ella en la flor de la edad.

—No puede haber sido sólo una telenovela. Algo más de fondo, más contundente, tuvo que haberle pasado al pobre de don Jacinto —dije, dirigiéndome a Beti. Ella irguió su cabeza plana, aguzó aún más los ojillos, hizo vibrar su lengua bífida y dijo:

—La mataron...

—¡Cómo!... —exclamé, sorprendido porque ellas ya supieran toda la historia.

—La mató el marido cuando descubrió que ella lo traicionaba con don Jacinto —detalló Beti.

Me zampé otro largo trago. Regresé las cartas y demás documentos a la guantera; mejor que ellas me revelaran la historia que don Jacinto les había contado.

—La mandó a matar —aclaró Valentina, sin moverse, tendida cuan larga era desde bajo el volante hasta la parte trasera de la cabina.

De pronto me di cuenta de que estaba sudando, copiosamente. Afuera quizás ya era mediodía, por el calor achicharrante.

—Nunca nos contó los detalles —dijo Beti—. Sólo decía que el marido la había mandado a matar a través de un ladrón cualquiera...

Ésa era la culpa que cargaba don Jacinto, pensé.

—Pero eso no fue todo —murmuró Loli, sin desenroscarse, la indignación en el tono—. El marido les hizo saber toda la historia a la mujer y a la hija de don Jacinto, incluido el crimen, para terminar de destruirlo...

Fue cuando escuché que alguien rondaba el auto, golpeteaba la carrocería, se preguntaba de dónde habría salido semejante vejestorio. Sigilosamente moví un poquito el cartón que cubría la ventanilla del conductor: eran un par de vigilantes del

centro comercial. Vaya lata. Lo mejor sería esperar a que se cansaran de estar bajo ese sol y se fueran a comer. Carmela se había puesto tensa, erguida sobre su cabeza, comenzaba a zumbar.

—Tranquila —le susurré—. Ya se van a ir.

Pero los tipos no se iban, sino que más bien hablaban de llamar a una grúa para sacar el auto del estacionamiento, porque una mugre de esa calaña desentonaba con los reglamentos del centro comercial, a tal grado que si algún directivo lo descubría ellos, los vigilantes, podrían ser amonestados.

Salí del auto.

Los tipos se sorprendieron, luego me vieron con desconfianza y enseguida con animadversión. Me ordenaron que abandonara inmediatamente el estacionamiento, ése era un lugar privado no un albergue para mendigos. Les dije que nada más iría al supermercado a comprar una botella de agua; pero me espetaron que yo no estaba en condiciones de pasearme por los pasillos, ¿qué diría la gente decente?, ¿no me había visto la facha?, ¿no olía el miasma? Y se plantaron frente a mí, decididos, con las manos sobre las porras, dispuestos a no dejarme pasar, a obligarme a abandonar ese sitio en el acto. Pero, por un descuido, yo había dejado abierta la portezuela. Las muchachas no se contuvieron —por eso don Jacinto cerraba con tanto recelo al nomás salir del auto.

Los vigilantes perdieron todo su aplomo cuando vieron que Beti caía reptando sobre el pavimento y se dirigía hacia ellos, irguiendo su cabeza plana, con los ojillos más criminales que nunca y la lengua zumbante. Arrancaron en estampida, aterrorizados. Pero Carmela tenía otro carácter, y apenas estuvo afuera se lanzó por los aires y cayó enrollada en el cuello de uno. El pobre no pudo defenderse: el impacto y la presión lo hicieron cadáver en el mismo instante.

—Ya basta. Suficiente... —les dije para que volvieran al auto.

Pero Valentina dijo que me acompañarían a buscar agua, hacía bastante tiempo que no daban una vueltecita, estaban aburridas de permanecer en aquella cabina. Les advertí que fueran discretas, para evitar el escándalo; lo más conveniente era que pasearan por debajo de los autos mientras yo buscaba un grifo para llenar las botellas, y que luego regresaran al Chevrolet. En aquella inmensidad de pavimento, sin embargo, no había un solo grifo, o al menos no pude encontrarlo, por lo que decidí encaminarme hacia el supermercado. Cuál no sería mi sorpresa cuando al entrar al pasillo descubrí que ellas cuatro venían tras de mí, orondas, se diría en desfile. Vaya tremolina la que se armó: la gente corría despavorida, daba de gritos, se refugiaba en los almacenes. Me dije que ya no había vuelta atrás; me estaba muriendo de sed, me urgía llegar al supermercado. La cuestión fue que tanta agitación terminó por afectar a las muchachas, sobre todo a Loli, la más tímida, de ahí que se lanzara a morder la pantorrilla de una señora muy elegante que en ese momento salía desprevenida de una pequeña y exclusiva boutique. La mujer se engarrotó del espanto, luego dio un tremendo alarido y cayó al suelo con convulsiones, tirando una baba espesa por la

boca, hasta que quedó tiesa, morada.

De pronto los pasillos habían quedado vacíos; dimos vuelta en el recodo y enfilamos hacia la entrada del supermercado. Corrí, porque un vigilante se aprestaba a cerrar la puerta de cristal, pero Beti fue más rápida que yo y se le tiró a la muñeca. El tipo empezó a revolcarse, aullando; aún trató de desenfundar el revólver, pero le agarró la temblorina, dio un par de violentos cabezazos y quedó tendido. Los clientes corrían hacia el fondo del supermercado, espantados. Valentina se deslizó majestuosamente hacia ellos. Yo bebí una botella de agua ahí mismo, luego agarré otra y fui por cigarrillos, panes y latas de atún y sardinas. Antes de encaminarme a la salida, alcancé a divisar que Valentina le había triturado el cuello a un mozalbete con fachas de pandillero. De nuevo en el pasillo, avancé deprisa, entre el alarido de las alarmas; en cualquier momento arribarían los contingentes de policías. El vigilante de una joyería se animó a entreabrir la puerta de cristal: me hizo un disparo, pero en ese momento las muchachas me alcanzaban y se volvieron para mirarlo, furiosas. Entramos al Chevrolet apresuradamente: quité el cartón del parabrisas, acomodé el taburete, puse la marcha y enfilamos hacia la salida.

Conduje con tranquilidad, incluso aparté el cartón de mi ventanilla y la abrí para que entrara un poco de aire. Las cuatro me miraban, con expresión de sorpresa: nunca habían tenido tanto movimiento en tan poco tiempo, dijo Beti. Sonreí, satisfecho de verlas contentas. Alcancé la botella de aguardiente y le di un buen trago; encendí un cigarrillo. Entonces comprendí que me dirigía hacia la colonia donde seguramente aún vivía la esposa de don Jacinto. Abrí la guantera, saqué la tarjeta de circulación y leí la dirección exacta. No me costó encontrar la casa. Me estacioné enfrente, cubrí de nuevo el parabrisas y la ventanilla. Iba a salir, cuando Beti me interpeló:

—¿No pensarás dejarnos aquí?

Le dije que, si aparecía con ellas, la esposa de don Jacinto se moriría del susto y ya no podría contarle lo que había sido del viejo.

Loli musitó que no era justo que ellas se quedaran encerradas, pues habían tratado a don Jacinto antes que yo y querían conocer a la señora y a la jovencita. Carmela la secundó; Valentina me lanzó una mirada suplicante. Les advertí que las llevaría bajo la condición de que permanecieran agazapadas y no se dejaran ver por nadie de la casa. Aceptaron. Abrí la portezuela, salieron y las perdí de vista.

Toqué el timbre. Desde detrás de la puerta, una voz de mujer preguntó quién era yo. Dije que traía un recado urgente de parte de don Jacinto Bustillo. La mujer entreabrió, sin soltar la cadena: me miró con desagrado y se fijó en el Chevrolet amarillo.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Le repetí que traía un mensaje de don Jacinto para su esposa.

Me dijo que ese hombre había desaparecido, quizás estaba muerto, y ya no tenía esposa. Pero era ella, evidentemente, aunque me mirara con desprecio.

—No ha muerto —dije—. Está hospitalizado y me pidió que hablara con usted.

Lo van a operar, tiene un cáncer terrible, quién sabe si sobrevivirá. Me dio el número de una cuenta bancaria y me explicó los pasos que usted debe seguir para que, en caso de que él muera, les entreguen el dinero a usted y a su hija.

La mujer hizo un gesto de sorpresa y observó nuevamente el Chevrolet.

—Doña Sofía, ¿verdad? —dije, recordando lo que había leído al vuelo en una de las cartas.

—No comprendo —dijo ella, como si estuviera calculando—. ¿En qué hospital está Jacinto?

—En el de la Cruz Roja —indiqué—. En emergencias...

Por fin corrió la cadena.

Entré a una sala amplia, con alfombras, pinturas colgadas de las paredes y una mesita atiborrada de retratos.

—¿De dónde conoce usted a Jacinto? —me preguntó, sin relajarse ni ofrecerme asiento.

—Es una larga historia —dije—. Soy su amigo. Me contó su tragedia, las razones que lo llevaron a abandonar esta casa. ¿Y su hija?

—En el colegio...

Me pregunté si las muchachas habían logrado entrar a la casa, dónde estarían escondidas. Me acerqué a la mesita de los retratos, pero no encontré ninguno de don Jacinto.

—No acabo de creerle —dijo la mujer—. Explíqueme de nuevo eso de la cuenta bancaria.

Tuve un acceso de ansiedad, ganas de tomarme un trago, de estar en otro lado, lejos de esa mujer insidiosa. Le pedí que consiguiera papel y lápiz para apuntarle las indicaciones sobre la cuenta. Pero en lo que se dio vuelta, desenvainé mi navaja y me abalancé. Ella logró esquivarme; forcejeó, a los gritos, prendida a mi brazo. Le aticé una estocada profunda en la boca del estómago. Se desinfló, con la boca abierta y los ojos desorbitados, porque yo seguí puyándola hasta que sus uñas soltaron mi hombro. Una sirvienta jovencita apareció por el corredor: se paralizó cuando me vio con la navaja abierta y la ropa salpicada de sangre. Pero no tuve necesidad de actuar: las cuatro se lanzaron al unísono contra ella. La pobre se desmoronó; tuvo un par de convulsiones antes de inflamarse como si fuera a explotar.

—Vámonos —les dije.

Y al salir a la calle me descubrí renqueando, al igual que don Jacinto, la hosquedad en el rostro y la incipiente barba. Entramos al Chevrolet; mientras quitaba el cartón del parabrisas les pregunté por qué habían atacado con tanta inquina a la sirvienta.

—¿No era, acaso, la hija de don Jacinto? —preguntó Beti, sorprendida.

Le dije que no, se habían equivocado, la jovencita estaba en el colegio. Sólo intercambiaron miradas.

Encendí el auto y enfilé hacia otra zona, donde pudiera estacionarme

tranquilamente, a descansar después de tanto ajeteo, pero no se me ocurría ningún lugar. Me acerqué al centro de la ciudad: los edificios derruidos por el terremoto; las aceras atestadas de vendedores ambulantes; en las esquinas, pilas de ropa usada recién traída de Estados Unidos; centenares de grabadoras sonando al mismo tiempo, y la gente a borbotones caminando enloquecida por las calles. El Chevrolet amarillo avanzaba a vuelta de rueda entre aquella marea humana. Me dije que no era posible que lo que había sido el centro histórico de la ciudad estuviera sumido en semejante caos, producto únicamente de la indolencia de las autoridades. Quise hacer mi buena acción del día, ayudar en algo a la limpieza ambiental. Detuve el auto donde la concentración humana era más apabullante. Les pedí a las muchachas que por favor salieran a dar una vuelta, me sentía abrumado, tenía ganas de permanecer un rato solo en la cabina. Y abrí la portezuela. Alcancé la botella de aguardiente, prendí un cigarrillo y me dije que la solución era encontrar otra unidad habitacional similar a aquella donde vivía mi hermana Adriana, de tal manera que el auto pudiera pasar desapercibido durante varios días. ¡Carajo, cómo no se me había ocurrido antes!

Afuera el relajo era colosal. Las muchachas estaban en una especie de orgía, mordiendo a todo aquel que se les ponía enfrente. Yo había cerrado la portezuela y la ventanilla para evitar el griterío, pero aun así sentía que el terror de aquella masa humana en estampida me vibraba en el tímpano. En cuestión de segundos la calle quedó destrozada, con decenas de cuerpos tendidos, retorciéndose, entre los puestos de venta arrasados, como si hubiese habido un ametrallamiento, un terremoto o algo así. Pensé que no debíamos llamar demasiado la atención. Abrí la portezuela y les grité a las muchachas que regresaran. Entraron excitadas, casi sin aliento. Puse en marcha el auto mientras ellas comenzaban un chismorreo que no les conocía, como señoritas en salón de té.

Fuimos hacia el otro lado de la ciudad, cerca de la carretera que conducía al puerto. Encontré un sitio alejado de tiendas, farmacias o cualquier otro comercio, sobre la vía pública, cerca de una ringlera de pequeñas casas recién construidas, la mayoría probablemente aún sin habitar y sin línea telefónica. Apagué el auto, coloqué los cartones, tomé la agenda destartalada de la guantera y salí en busca de un teléfono público. Tuve que caminar alrededor de diez cuadras. Busqué en la letra A: ahí estaba el número de la difunta Aurora. Marqué, pero nadie contestaba. Una de dos: o el tipo andaba trabajando o ya no vivía en ese lugar. Volví al Chevrolet. No tenía nada que hacer, como siempre; me hizo falta un periódico (¿habrían registrado en los sucesos de anoche la muerte de dos menesterosos en una riña de baja estofa?) y también mi televisor, pero no se me ocurriría pasar por el apartamento de mi hermana. Decidí que era el momento de leer las cartas y los recortes de prensa. Las muchachas habían desaparecido; me acomodé junto al quinqué, con los cigarrillos y el aguardiente a la mano. Primero leí lo que decía la prensa: de manera escueta, en sendas notas breves, se informaba que la señora Aurora de Pineda, secretaria de la empresa Tubos de Acero, había sido asesinada cuando regresaba a su casa, como a las siete de la noche,

por un par de delincuentes que le habían arrebatado su bolso con el salario de la quincena, así como su reloj de pulsera y un collar; al parecer, la víctima había puesto resistencia y los facinerosos le dieron un tiro en la cabeza, aunque no había testigos. Era todo. Me sorprendió que eso hubiera sucedido hacía apenas tres años. Enseguida ordené las siete cartas cronológicamente. La tipa era una cursi cualquiera, sin la menor idea de ortografía o sintaxis, realmente debió de haber servido como secretaria sólo si uno se acostaba con ella; pero también era una aprovechada, le pedía a don Jacinto ropa, baratijas, pago de deudas. Hasta en la quinta carta fue que cambió el tono: estaba preocupada porque su marido sospechaba, permanecía al acecho; le reprochaba, además, a don Jacinto que éste no la tomara en serio, no estuviera dispuesto a divorciarse para casarse con ella. La sexta carta ya no expresaba preocupación, sino miedo, porque Raúl —su marido— la había descubierto: un amigo le había comentado que la había visto a ella en el auto de don Jacinto en horas de oficina; hablaba de golpizas, de amenazas a muerte. Y en la séptima el miedo se había convertido en terror, con el detalle de que Raúl le había confesado que, luego de matarla, se cagaría en la vida de don Jacinto. Estuve un buen rato dándole vueltas al caso, imaginando a esa tipeja inmiscuida en un rollo pasional que la rebasaba, tratando de descubrir la manera cómo Raúl le había arruinado la vida a don Jacinto, más allá del asesinato de ella. Estuve ahí, divagando, mascando hipótesis, hasta que me quedé dormido.

Cuando desperté ya había oscurecido. Las muchachas habían abandonado sus escondrijos y dormitaban plácidamente. Salí de nuevo hacia el teléfono público. Ahora un hombre contestó:

—Buenas noches. Hablo de la compañía de teléfonos —dije—. Chequeo de rutina. ¿Es el número 225-4435, a nombre de don Raúl Pineda?

—Correcto —dijo el tipo.

—Su dirección, por favor.

Y resultó que estábamos un tanto cerca, a una media hora caminando, porque el Chevrolet amarillo ya descansaba en el sitio donde pernoctaría. Pero el aguardiente, indispensable para mi travesía, había quedado en el auto, por lo que regresé a la cabina, sólo a recogerlo, sin ánimo de invitarlas.

Recorrí, cojeando, el trecho que me conducía a una colonia de casas mínimas, arrimadas, celdillas para el enjambre. Los pasajes también eran idénticos, atestados de ruidosos grupos, como si todo mundo quisiera pasar la noche a la intemperie. Llegué frente a la casa. Adentro había música y carcajadas. Toqué el timbre. Pronto estuvo un hombre en la puerta, ansioso, seguro de que yo era el tipo al que hacía tiempo esperaban. Le cambió el rostro ante mi facha. Pude ver a más de media docena de sujetos que bebían alrededor de una mesa, con algarabía, bajo una espesa masa de humo apestoso a marihuana.

—¿Está Gustavo? —pregunté, antes de empujarme mi botella de aguardiente.

—¿Gustavo?... ¿Qué Gustavo?...

—Gustavo —insistí—. Me invitó a que me viniera a echar los tragos a esta dirección.

El tipo evidentemente no era el dueño de la casa.

—¡Hey, Raúl, ¿conocés a un tal Gustavo?!... —gritó.

Pero los otros no le ponían atención, carcajeándose, brindaban, empinaban el vaso, hablaban todos al mismo tiempo. Hasta que un tipo rechoncho, de mediana estatura, se puso de pie y vino hacia la puerta.

—Dice que Gustavo lo invitó a que viniera...

—¿Cuál Gustavo?

El otro se encogió de hombros.

Nadie adentro era amigo de ningún Gustavo, yo me había equivocado de dirección, era mejor que me largara. Y me cerraron la puerta en la cara.

Volví a tocar.

Raúl abrió ahora amenazante, plantado bajo el umbral:

—¿Qué carajos querés?

Tomé otro trago; cabeceé hacia adentro de la casa.

—¿Es usted don Raúl Pineda? —pregunté. Se destanteó. Se volvió a mirar a sus compinches.

—Sí, yo soy —dijo—. Al grano, que estoy ocupado.

—Tengo unas cartas —mascullé—, enviadas por la señora Aurora de Pineda a don Jacinto Bustillo, ambos ya fallecidos, por cierto. Quería saber si le interesaban...

Al tipo le cambió el rostro. Sin mediar palabra, bruscamente, me agarró de las solapas y me aventó hacia la mesa donde estaban los demás bebedores. Todos se pusieron de pie de un brinco, blandiendo sus pistolas.

—¡Agárrenme a este hijueputa! —gritó, enfurecido.

Me levantaban tomado de los brazos, cuando se me dejó venir con la primera trompada.

—¡Chantajista de mierda! —vociferó mientras me daba puñetazos y patadas.

Me tiraron al piso, molido pero aún consciente. Raúl me tomó de la cabellera, me jaló hacia la puerta y me tiró de patadas a la calle.

—¡La próxima te mato, miserable!...

Y se me dejó venir de nuevo, a patearme las costillas.

Quedé tendido sobre el arriate, con el rostro tumefacto, sangrante, sin aire, incapaz de moverme. Escupí un par de dientes, sin dejar de quejarme. Logré ponerme a gatas: vomité. Todo me daba vueltas. Por fin pude incorporarme. Caminé balanceándome; me apoyaba en árboles, paredes, autos. Crucé entre grupos que se hacían a un lado, murmuraban a mi paso. Me hacía falta un trago, pero mi botella había salido por los aires cuando el tipo me metió de sopetón a la casa. Salí de la colonia. Me sentía desorientado. Llegué tambaleante a una de esas gasolineras con inmenso estacionamiento y supermercado: estaba repleta de autos, de adolescentes que bebían y vociferaban bajo el bramido galopante de sus aparatos de sonido.

Busqué un grifo para beber agua, para refrescarme el rostro. Luego me acosté en un gramalito, a descansar, pero vino un gordo eufórico a orinar a mi lado, y se aprovechó al verme en estado tan calamitoso.

—A ver si te crecen ramitas... —dijo, entre risas, mientras me regaba con su chorro caliente.

—Mierda... —le dije, tratando de incorporarme.

—¡Cómo dijiste!... —exclamó el gordo, acercándose para centrar su chorro en mi rostro. Intenté cubrirme con las manos. El gordo se había enfurecido; luego de sacudírsela me escupió, con ganas de soltarme la primera patada. Rodé hacia atrás, aunque me doliera todo el cuerpo. Renqueé hacia la bocacalle, secándome la cara con la falda de la camisa, y luego enfilé por la ruta que me llevaría hacia mi Chevrolet amarillo.

Entré a la cabina hecho papilla. Busqué otra reserva de aguardiente. Me dejé caer, sin siquiera encender el quinqué, con ganas de dormir hasta el siguiente día. Pero Beti estaba despierta:

—¿Qué te pasó? —preguntó.

Le conté que había ido a buscar al marido de la amante de don Jacinto, que me había molido a golpes y luego, en la gasolinera, un gordo me había orinado. Se indignó: ¡cómo era posible que yo hubiera ido a buscar a ese hombre sin llevarlas a ellas! No supe qué decir; nada más quería descansar. Las otras tres ya se habían despabilado: me pidieron mayores detalles. Les relaté mi calvario, pero, a medida que hablaba, el dolor y el cansancio dejaban paso a una tremenda rabia. Ni siquiera había podido usar mi navaja. Miserables...

—Vamos a ajustar cuentas con esos tipos —dijo Carmela, terminante, sin ánimo de discutir; las demás muchachas también estaban encabritadas.

Acomodé el taburete, quité el cartón del parabrisas, puse la marcha y me dirigí hacia la gasolinera. Me detuve a la entrada del estacionamiento. Abrí la portezuela y les dije que el gordo estaba en ese grupo de ahí junto. Me zampé un trago y encendí un cigarrillo. Era noche de viernes, por supuesto, y el jolgorio estaba en su punto. Pero nunca había visto a las muchachas tan furiosas: Carmela dio una voltereta y se enroscó al cuello del gordo con tal fuerza que casi lo descabeza; las otras tres también lo picaron, antes de arremeter contra el resto del grupo. El pavor cundió, instantáneo: unos entraban apresuradamente en los autos; otros corrían a refugiarse en el supermercado; muchos ni siquiera sabían cuál era la causa de la estampida. Yo desenvainé mi navaja para quitarme la mugre de debajo de las uñas. Varios autos chocaron al tratar de huir en aquel desparpajo. Un jovencito de larga cabellera que había sido picado logró subir a su último modelo y arrancar a toda marcha, pero enseguida perdió el control y fue a estrellarse contra las bombas de gasolina: primero hubo una serie de leves explosiones, luego un estruendo de tal magnitud que creí que el fogonazo achicharraría mi Chevrolet. Las muchachas entraron aprisa, asustadas por el fuego. Puse reversa y logré salir de aquel caos. Nadie se atrevió a seguirnos.

Íbamos hacia la casa de Raúl Pineda. Las muchachas recobraron poco a poco su compostura. Me estacioné a la entrada del pasaje.

—Deben andarse con cuidado porque esos tipos tienen armas de fuego —les advertí antes de apagar el auto.

Loli me miró, dubitativa.

—No hay necesidad de que vayan las cuatro —dije.

Quise un trago, pero ya había acabado con las reservas de aguardiente.

Salimos; ninguna de las muchachas se quedó. Los grupos ya se habían disuelto y nada más quedaba una que otra pareja conversando en los pasajes. Les dije que pasaran inadvertidas, sino se armaría tal tremolina que los tipos podrían escapar.

Toqué el timbre y me hice a un lado. Uno de los sujetos abrió la puerta. Beti le mordió la mano. Y, en fracción de segundo, las cuatro se lanzaron sobre los tipos, quienes apenas consiguieron ponerse de pie, despavoridos, quizá pensando que todo era una alucinación de tanto mezclar guaro y marihuana. Me asomé, pero no reconocí a Raúl entre aquellos hombres convulsionados. Lo más probable era que estuviera en el baño y ahora se parapetaría ahí, bajo la creencia de que un grupo de enemigos atacaba su casa. Entré, sigilosamente, cerrando tras de mí la puerta de la calle para apoderarme de las botellas que estaban sobre la mesa y, vaya suerte, de varias bolsitas con marihuana y cocaína. Se hizo un silencio profundo: los tipos, con la lengua engarrotada, ya no podían quejarse; sólo expelían baba. Las muchachas me miraron de forma inquisitiva.

—Falta Raúl... —les dije, sin articular palabra, únicamente moviendo la boca y señalando hacia la que yo consideraba la puerta del baño.

Las muchachas se pusieron en formación, listas para el ataque. Les indiqué que guardaran silencio, que evitaran agitar la cola, sobre todo Valentina. Me escondí bajo la mesa, porque Raúl no aparecería sin una pistola. Le pegué un buen trago a la botella de ron, y esperé. Pasó más de un minuto. Entonces la chapa de la puerta comenzó a girar muy despacio, cuidadosamente. Pero Valentina no pudo aguantarse. Y el zumbido lo alertó: el tipo salió disparando, en carrera hacia la recámara del fondo. Las explosiones desconcertaron a las muchachas. Y un tiro le destrozó la cabeza a Valentina.

—¡Auxilio!... —logró gritar a todo pulmón Raúl, segundos antes de que Carmela volara hacia su cuello.

El tipo aún hizo un último disparo, pero Beti se le prendió de la muñeca. Le quité el revólver, me lo guardé bajo la camisa y corrí hacia la puerta de la calle. Loli estaba como paralizada frente al cadáver de Valentina; empezó a llorar sin control.

—¡Vámonos! —les dije.

Cuando salí al pasaje, cargando a Valentina con su cabeza deshecha, varios vecinos atisbaban a través de ventanas y puertas entreabiertas, pero desaparecieron de inmediato al ver a las tres muchachas que reptaban detrás de mí. Llegamos al Chevrolet amarillo y partimos cabizbajos, tristes, dolidos en lo más profundo, porque

la ejecución de Raúl Pineda no valía nada frente a la muerte de Valentina, la más querida, la belleza en todos los sentidos.

Me dirigí al sitio del que había partido no hacía más de una hora. Un tremendo desánimo se apoderó de mí: la golpiza recibida, el caudal de emociones y la muerte de Valentina me habían destrozado. Apenas logré poner los cartones en el parabrisas y acomodar la manta, antes de caer dormido junto al cuerpo extendido de Valentina. Tuve un sueño extraño, que a la mañana siguiente traté de descifrar con ayuda de las muchachas: estábamos en una recámara, alrededor de una cama, don Jacinto (que era yo), doña Sofía, la hija de ambos, y Raúl Pineda, quien consecutivamente hacía el amor con la madre y la joven, sin que yo me inmutara, sin que sintiera el menor dolor o disgusto, como si nada más hubiera estado viendo una película, incluso con satisfacción, hasta que aparecía Valentina, con su cuerpo insinuante, y me trenzaba en un abrazo lúbrico, orgásmico.

Me desperté adolorido; mi cuerpo era un solo magullón. Las muchachas estaban en sus escondrijos, evidentemente agotadas por el ajeteo nocturno. Me pregunté qué haríamos con el cadáver de Valentina. Salí del auto. Me desperecé. Era temprano. Fui en busca de un canillita para comprar el periódico. Mi sorpresa fue mayúscula: estábamos en la primera plana. INVASIÓN DE SERPIENTES, decía el titular, y más abajo destacaba: «Caos en la ciudad: decenas de muertos y heridos». La foto de la gasolinera en llamas, a todo color, abarcaba la mayor parte de la plana; en dos recuadros pequeños estaban el cuerpo de la encopetada señora tendido en el centro comercial y una panorámica de los cadáveres en la casa de Raúl Pineda.

Regresé apresurado al Chevrolet amarillo.

—¡Ya vieron! —Exclamé, una vez adentro de la cabina—. ¡Estamos en primera plana!...

Las muchachas no entendían mi euforia.

—¡Somos importantes! —Insistí—. Hemos aparecido en los titulares de los periódicos. ¿Imaginan ustedes lo que eso significa?

Siguieron en ascuas. Comprendí que no tenía sentido intentar convencerlas de la importancia de ser noticia de primera plana: privilegio exclusivo de políticos, criminales y especies conexas, las muchachas no mostraban ningún interés en formar parte de esa ralea. Pero ahí estábamos, casi acaparando las principales páginas de la información nacional, con reportajes, entrevistas y testimonios, en los que testigos se referían a serpientes mortíferas, un mendigo barbado y un Chevrolet amarillo. Leí con especial detenimiento las declaraciones del subcomisionado policial Lito Handal, responsable de conducir las investigaciones del caso: «Pese a lo insólito de los sucesos, Handal consideró la existencia de un cerebro criminal, probablemente un domador de serpientes que ha perdido el juicio», decía la nota. Y agregaba: «Ya existe una pista sólida para llegar a los culpables de esta catástrofe, aseguró el subcomisionado. Mencionó que un agente de la corporación policial intentó detener antenoche al ocupante de un Chevrolet similar al descrito por los testigos, pero que el

sospechoso logró huir», y en un pequeño recuadro aparecían las fotos del agente Dolores Cuéllar y de la Niña Beatriz de Díaz, quienes aseguraban que el auto en cuestión había permanecido estacionado alrededor de dos semanas frente a la tienda de la señora de Díaz, pero que luego de la inspección realizada antenoche por el agente Cuéllar, el Chevrolet amarillo se había esfumado. Más adelante, el reportero mencionaba mi nombre y apellido como una probable víctima que había sido secuestrada por el facineroso propietario del auto y de las serpientes. Me sentí halagado: era la primera vez en mi vida en que yo aparecía en un periódico. En otra página aparecía un retrato hablado del hombre de las serpientes y el Chevrolet amarillo: era una mezcla del rostro de don Jacinto y del mío, y la foto más impresionante en las páginas interiores había sido tomada en el centro de la ciudad.

Yo estaba en el regocijo. Olvidé a las muchachas, mis huesos machacados, el cadáver de Valentina. ¡Cómo era posible que en tan pocas horas causáramos tanto revuelo! Leí toda la información en torno a nuestras andanzas. El editorial del diario se refería a la necesidad de reforzar los sistemas de seguridad ciudadana para evitar que cualquier loco sembrara el caos en la ciudad. Otra nota informaba sobre el asesinato de doña Sofía de Bustillo, quien había sido acuchillada salvajemente en su casa de habitación; la empleada doméstica también había muerto, pero víctima de múltiples picadas de serpiente, por lo que el subcomisionado Handal consideraba que este hecho tenía relación con los sucesos que habían conmocionado a la opinión pública. Y el punto siniestro, a partir del cual se organizaba la investigación, era la «masacre» de siete detectives de la Dirección de Inteligencia y Combate Antinarcóticos (DICA), incluido el jefe de grupo Raúl Pineda, en cuya casa los servidores públicos habían sido atacados por las serpientes.

—Muchachas —les dije—, creo que vamos a tener que invernar un rato. Todo mundo ha de estar buscando nuestro Chevrolet en este momento.

Quité los cartones del parabrisas y de las demás ventanillas: ya estaban dos curiosos observando el auto desde la acera, pero, cuando notaron mis movimientos, salieron a la carrera. Necesitaba encontrar urgentemente una cochera cerrada o un taller de absoluta confianza para guardar el Chevrolet durante algunos días, hasta que la gente se olvidara del alboroto y pudiéramos circular otra vez por las calles. Enfilamos hacia las afueras de la ciudad, aprovechando que aún era temprano, buscando la carretera que conducía hasta las alturas del volcán. Tuve suerte: no encontré ninguna patrulla y en esa zona agreste, salpicada por inmensas mansiones de políticos y ricachones, casi no circulaban autos. Pasaba frente a un enorme muro de piedra, tras el cual se lograba divisar la parte alta de un palacete, cuando vi que el portón de hierro se abría automáticamente. Maniobré en el acto, con agilidad; el vigilante no pudo reaccionar: me lo pasé llevando y sólo logré detener el Chevrolet incrustándolo en un Mercedes Benz que en ese momento se disponía a salir. Un guardaespaldas saltó del asiento trasero blandiendo una metralleta. Yo me tiré al piso de la cabina, logré abrir la puerta y les grité a las muchachas que tuvieran cuidado. El

guardaespaldas destrozó a tiros el parabrisas del Chevrolet, pero enseguida fue neutralizado por Carmela. El chofer quiso retroceder, cuando Beti ya estaba dentro del Mercedes. Un tipo elegante, de esos que aparecen en la televisión, salió corriendo hacia el interior del palacete, pero Loli lo alcanzó antes de que llegara a la puerta.

El vigilante yacía en el suelo, malherido, aterrado ante la presencia de Beti. Le pregunté cómo se cerraba el portón. Balbuceó que había un control dentro del Mercedes, en el techo, tras el parasol. El chofer aún se convulsionaba.

—¡Vaya jardín! —exclamé.

Otros dos autos resplandecían frente al palacete. Alaridos de histeria procedían desde las habitaciones. Me apresuré. Beti mordió al vigilante y luego se me adelantó.

—Si es don Abraham Ferracuti... —comenté, al pasar sobre el cuerpo del famoso político y banquero, más morado y descompuesto de como aparecía en los noticieros.

Dos sirvientas yacían revolcándose en un salón de impresionante lujo, como sólo había visto en películas, y una señora, guapa aún, enfundada en una bata de seda, aullaba en las escaleras, con un teléfono inalámbrico tirado a sus pies. La jovencita que se había encerrado apresuradamente en su habitación gritaba a todo pulmón. Pensé que estaría tratando de telefonar, en busca de ayuda. Saqué el revólver que le había quitado a Raúl Pineda e hice volar la chapa. Beti me miró, enfadada, como si le hubiera molestado que yo disparara. Empujé la puerta: efectivamente, la joven presionaba, temblorosa, los botones de un teléfono. Cuando vio a Beti se paralizó.

—¡Saque ese animal de aquí!... ¡Auxilio!... —gritó, lanzándole el teléfono a Beti.

Estaba desnuda, recién bañada, con la cabellera rubia todavía escurriendo. Era preciosa, como ninguna chica con la que yo hubiera estado. Pero Beti no me permitió fantasear: la mordió una y otra vez, en las pantorrillas, los muslos, el cuello. Me maravilló la rapidez con que ese cuerpo empezó a deformarse. Bajé las escaleras. En el comedor había un cubierto servido. Y en la cocina una cafetera borboteaba. Carmela estaba frente a la puerta del sector de la servidumbre.

—Dos mujeres se han encerrado ahí —me dijo, refunfuñando.

Utilicé de nuevo el revólver. No costó dar con ellas: eran la vieja nana y otra joven incluso más preciosa.

—¡No nos hagan nada, por favor!... —suplicó ella, menos arrogante que su hermana.

La vieja se arrodilló, persignándose, y comenzó a rezar. Carmela quizá no sabía de esas costumbres: hizo una pirueta y se enroscó en el cuello de la vieja. La joven se desmayó; Carmela también le picó la mejilla.

No quedaba nadie. Volví al Chevrolet. Pero en esos momentos aparecieron dos perros que seguramente se habían escondido al escuchar la primera descarga. Loli entró al auto como perseguida por el diablo; Beti y Carmela los enfrentaron. La tensión fue extrema: los canes bramaban, amenazantes; ellas zumbaban, con las cabezas erguidas y las lenguas vibrantes. Temí que aquello acabara mal. Les dije que

mejor entraran al auto: mi intento de ocupar esa casa como escondite había fracasado, con tanto disparo los vecinos habrían llamado a la policía. Debíamos irnos de inmediato. Ellas obedecieron. Disparé a uno de los perros; el otro salió en estampida. Fui al Mercedes a activar el mecanismo de apertura del portón de hierro. Salimos con rumbo hacia la ciudad, para evitar que el subcomisionado Handal nos cercara en la parte alta del volcán.

—Tranquila, ya pasó —le dije a Loli, porque noté que no salía del susto.

—Odio a esos animales —dijo.

Prendí un cigarrillo.

—No es para tanto —dijo Beti.

—Los hubiéramos acabado —masculló Carmela, y me miró con reproche, como si yo las hubiera obligado a entrar al auto.

—No estoy tan seguro —dije—. Yo vi que ustedes dudaban...

Sin parabrisas, el Chevrolet llamaba aún más la atención. Me detuve frente a una caseta telefónica. Llamé a la policía: pregunté por el subcomisionado Handal. Pronto estuvo en la línea.

—¿Subcomisionado Handal?...

—¿Quién habla? —su voz era ronca, intimidante.

—Las serpientes acaban de atacar la casa del doctor Abraham Ferracuti —dije con agitación—. En la calle que sube al volcán.

—¡Cómo dice!...

—Soy un vecino —continué—. Vi cuando el viejo auto amarillo que describen en el periódico entró a la casa del doctor. Luego hubo disparos. Y el auto salió hace un rato con dirección hacia arriba...

—Deme su nombre y su dirección.

—Arquímedes Batres —dije—. Calle al volcán número doscientos veinticinco.

—Vamos para allá...

Volví al Chevrolet. Manejé sin rumbo, con la mente en blanco. Algunos conductores me miraban con curiosidad, otros con animadversión y uno que otro con evidente terror, como si nos hubiera reconocido. Me empujé un buen trago, a ver si se me despejaba la mente. Buscaba callejuelas solitarias para detectar con mayor facilidad si alguien nos seguía. Entonces tuve una idea genial: debíamos meternos a un cementerio de autos, el único sitio en que podríamos pernoctar con seguridad, donde nadie se fijaría en el Chevrolet amarillo.

Y hacia ahí íbamos. Quedaba, vaya coincidencia, en la zona donde estaba ubicada la casa de la familia Bustillo. Era inmenso, con una sola entrada, en la que había una pequeña caseta con un guardia de seguridad, quien me dejó pasar sin preguntar nada.

—La oficina está de aquel lado —señaló.

Y fuimos por esa ruta, pero no me detuve, sino que continué hasta el fondo, al sitio más apartado, donde aparqué el Chevrolet amarillo en medio de una multitud de cacharros que lo camuflaban. Esperé un rato, a ver si aparecía algún empleado, pero

el ambiente era relajado y daba la impresión de que únicamente ponían atención a los autos que salían.

—Es hora de hacer algo con Valentina —propuse.

Se pusieron tristes. En las últimas horas, debido a la agitación, habían olvidado a su compañera. Desenvainé mi navaja: le hice un corte desde la boca hasta la punta de la cola. La desollé lo más delicadamente que pude; su piel aún mantenía la tersura. Luego la destacé: algunos trozos de carne se los daba para que los engulleran las muchachas y los demás los guardé en las latas que había ido juntando don Jacinto, con el propósito de asarlos más tarde.

Segunda parte

—No me tome el pelo, no estoy de humor —rezongó el subcomisionado Lito Handal, recostado en su silla giratoria, con los pies sobre el escritorio, hurgándose el oído con el meñique izquierdo.

Era mediodía de viernes. Tenía un hambre atroz y se disponía a regresar a su casa.

Pero el agente al otro lado de la línea insistía en que no estaba bromeando, era el reporte que había recibido: la muerte de cuatro personas en el centro comercial Plaza Morena a causa de mordeduras de víbora.

—Algún gracioso se quiere reír de nosotros —dijo y colgó.

Pero enseguida volvió a sonar el teléfono. Era el señor director. Se incorporó en la silla. No podía creerlo: su jefe le ordenaba que fuera inmediatamente a investigar lo que había sucedido en el centro comercial.

—El reporte es muy extraño, señor —dijo—. Eso de las serpientes resulta increíble...

Pero el jefe no le estaba preguntando su opinión, sino ordenándole que asumiera la investigación del caso. Le parecía poco: entre los muertos estaba doña Estela Ferracuti de Linz, hermana menor del doctor Abraham Ferracuti.

El subcomisionado Handal llamó enseguida a sus dos asistentes, los detectives Flores y Villalta.

—¿Ya oyeron esa locura? —les preguntó, mientras se ponía el saco. Era un tipo de mediana estatura, rechoncho, perfectamente rasurado y que odiaba usar corbata.

—Tiene que haber muchos testigos, señor —dijo Flores, un tipo menudo, de tez blanca y ojos claros.

Villalta le entregó al subcomisionado una carpeta, se sobó su mandíbula saliente y masculló con su voz de tiple:

—Tenemos una descripción del sospechoso y del auto en que se mueve.

«¿Y de las serpientes?», pensó Handal.

Bajaron a los brincos las escaleras del Palacio Negro. Llegaron al estacionamiento y abordaron el Nissan del subcomisionado. Villalta conducía; Flores iba en el asiento trasero.

Hacía un calor horrible, el tráfico estaba en su peor hora y al auto del subcomisionado no le funcionaba el aire acondicionado. Villalta encendió la sirena.

El reporte que leyó Handal era escueto: un hombre como de cincuenta años, con fachas de pordiosero, había llegado en un viejo auto destartado tipo americano al centro comercial, y cuando los vigilantes le pidieron que se fuera, salieron las serpientes a atacarlos; enseguida avanzaron por los pasillos hacia el supermercado, creando pánico entre empleados y transeúntes.

—No dice cuántas culebras eran... —comentó el subcomisionado; escupió hacia el pavimento, con ardor en el estómago, deseoso de que aquello fuera nada más un malentendido y él pudiera ir a casa a comer un buen guisado.

Cuando llegaron al centro comercial, los cadáveres aún permanecían en su sitio. El juez había tenido un atraso, explicó un agente; lo esperaban en cualquier momento

para que hiciera los reconocimientos.

—Quiero interrogar a todos los testigos —ordenó Handal, hurgándose el oído con el meñique izquierdo.

—Son decenas, jefe —dijo el sargento que había estado a cargo.

—No importa. Los quiero a todos en mi despacho hoy en la tarde. Y los vigilantes que se vengan de un solo con nosotros.

Handal revisó el cadáver del estacionamiento. Luego fue por el pasillo: ahí estaba la señora Ferracuti, cubierta por una manta; ya habían llegado algunos de sus familiares.

—¿Usted está a cargo? —le interrogó repentinamente un caballero.

Era el doctor Abraham Ferracuti.

—Sí, señor —dijo Handal.

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Sí, señor.

—Mi hermana no puede permanecer tirada ahí —dijo con indignación el doctor.

—Debemos esperar a que venga el juez a hacer el reconocimiento —explicó el subcomisionado, mientras levantaba la manta: pese a los efectos del veneno, la señora aún conservaba su clase y hermosura—. Lo siento, está fuera de mi competencia autorizar la salida del cadáver.

Handal se despidió respetuosamente y enfiló hacia el supermercado.

—Quiero que investigués todas las tiendas dedicadas a la venta de animales y que vayás con los principales veterinarios a que te digan quién tiene serpientes como mascotas —le ordenó entonces al detective Flores.

Y ahí estaba el cadáver del vigilante a la entrada del supermercado y del joven estrangulado frente al mostrador de la carnicería.

—Que los técnicos hablen con toda esta gente para hacer un retrato hablado del sospechoso y conseguí de inmediato más detalles del auto en que se mueve —le indicó a Villalta.

Esos cuerpos inflamados y deformes no le habían quitado el apetito ni el ardor en el estómago; sospechó que se las vería con un caso retorcido, que lo obligaría a trabajar más allá de lo soportable.

Media hora más tarde regresaban al Palacio Negro seguidos por un par de patrullas con media docena de testigos. Villalta conducía el Nissan; aparte del color amarillo descascarado y de los cartones que cubrían las ventanillas, no había conseguido mayores detalles sobre el auto sospechoso. Flores se había ido con otro grupo de agentes en busca de las tiendas de mascotas y de los veterinarios.

El subcomisionado entró a su despacho y mandó a que le trajeran una hamburguesa, papas fritas y una Coca-Cola; se consoló con la idea de que en la noche podría tener una cena decente. De inmediato empezó a interrogar a los testigos: el vigilante que había logrado huir del estacionamiento, otro que había permanecido escondido en el supermercado y un tercero que logró disparar contra el sospechoso;

también interrogó a la dependienta de la boutique de la que iba saliendo la señora Ferracuti, y a un par de espontáneos, clientes del supermercado deseosos de colaborar.

No sacó nada en claro, ni siquiera el número de reptiles: unos hablaban de seis, otros de diez, y nadie pudo aportar una especificación significativa. Lo único novedoso era que el primer vigilante afirmaba que el sospechoso apestaba a alcohol.

El detective Flores entró con gesto de decepción:

—Nadie se dedica a criar serpientes en esta ciudad, jefe —dijo.

El subcomisionado se recostó nuevamente en su silla giratoria, apoyó los pies en el escritorio y masculló:

—Un auto destartado, un borrachín miserable y media docena de serpientes para acabar con la hermana de uno de los hombres más importantes del país... No suena, no encaja.

Lo que sonó en ese instante fue el teléfono. Era Villalta: ya habían elaborado en computadora el retrato hablado del sospechoso, pero había una noticia mejor: un par de crímenes acababan de tener lugar en la colonia San Mateo y una de las víctimas había sido prácticamente mascada por serpientes.

El subcomisionado resorteó.

—¡Vámonos!... —ordenó antes de tirar la bocina.

Ya el director le había hecho una segunda llamada para informarse sobre el caso, lo que significaba que las presiones desde arriba únicamente irían en aumento.

—¿Le suena el apellido Bustillo, mi jefe? —preguntó Villalta; ahora no había encendido la sirena, pero conducía igualmente a gran velocidad, pasándose los semáforos en rojo y arremetiendo contra aquel auto que osara interponerse en su camino.

—Para nada... —respondió Handal; enseguida inquirió—: ¿Hay una sobreviviente?

—No exactamente. Mataron a la señora Bustillo y a su sirvienta. La testigo es hija de la señora y encontró los cadáveres al regresar del colegio —explicó Villalta—. Al parecer no robaron nada.

Ya estaban dos patrullas estacionadas frente a la casa y un grupo de curiosos cerca de la puerta.

Handal se detuvo ante el cadáver encharcado en sangre de la señora Bustillo: «Trabajo de aficionado», pensó. Y fue hacia la sirvienta: aquí estaba la clave, lo intuía, o al menos su única pista. La casa, por lo demás, se hallaba en perfecto orden, como si no hubieran tocado nada.

—¿Dónde está la joven? —preguntó—. Quiero hablar con ella.

Un agente le explicó que estaba con la vecina de junto, absolutamente choqueada, tendría que esperar antes de poder interrogarla, hasta que los calmantes le hicieran efecto y le pasara la impresión.

—Si quiere lo intento yo, jefe —propuso Flores, más conocido como el

«suavecito» en el Palacio Negro, requetebuena gente para sacarle información a testigos y sospechosos, perteneciente a los detectives nuevecitos formados después de la guerra, con modales de gringo decente y carita de buen tipo.

El subcomisionado se metió el meñique en el oído:

—Vale —dijo—. Y vos andá ve qué conseguís con los vecinos, sobre todo si vieron por los alrededores un viejo auto amarillo tipo americano —le ordenó a Villalta.

Salió hacia el Nissan. Pidió por radiotransmisor que lo comunicaran con el forense en jefe: le dijo que quería para ayer los exámenes que comprobaran que las mismas serpientes habían actuado en el centro comercial y contra esta pobre sirvienta. Luego fue donde la vecina, a ver qué lograba Flores.

La joven en verdad ya no estaba histérica: se llamaba Sofía, al igual que su difunta madre, acababa de cumplir dieciséis años y ese mediodía había regresado a su casa como todos los días, procedente del colegio, cuando se encontró con aquella escena macabra.

—¿Vio algo extraño en los alrededores? —inquiría Flores—. ¿Algún auto estacionado enfrente?

No, no podía imaginarse a nadie que quisiera hacerle daño a su madre, no tenía enemigos, aseguró sorbiéndose los mocos. Claro, vivían ellas dos solas, con la empleada doméstica. ¿Su padre? Las había abandonado hacía como tres años; su mamá lo daba por muerto, como si ya no existiera, pero ella tenía esperanzas de volver a verlo. No, no sabía dónde encontrarlo, antes había trabajado como auditor de una empresa. ¿De qué vivían? Tenían una farmacia, La Surtidora, herencia de su abuelo.

—¿Dónde está ubicada? —preguntó el subcomisionado.

La chica explicó que la casa matriz estaba en el centro de la ciudad y había una sucursal en Plaza Morena.

Flores se volvió para mirar a su jefe. Enseguida insistió:

—¿Alguien que tuviera que ver con serpientes?

Para nada, no se le ocurría, dijo ella.

Villalta entró apresuradamente. Miró a la chica (a los dieciséis años ya era una mujercita guapa) y luego al subcomisionado:

—Un vecino asegura que vio un auto amarillo estacionado frente a la casa —dijo con su voz aguda—. No recuerda la marca, pero era un viejo modelo americano casi desmantelado.

Handal chasqueó los dedos.

—Lo tenemos —dijo—. Regresemos al Palacio.

Pero la chica se había quedado boquiabierta, estupefacta.

—No puede ser... —musitó.

—¿Qué es lo que no puede ser? —le preguntó Handal, tomándola del brazo.

—¡No, no es posible!... —exclamó; empezó a llorar, descontroladamente.

Su padre tenía un Chevrolet amarillo, alcanzó a balbucear, modelo antiguo, un recuerdo de juventud, igual a su primer auto, lo único que se había llevado de casa.

Salieron a las carreras.

—Quiero todo sobre ese Jacinto Bustillo... —ordenó Handal a Flores; y luego dijo a Villalta—: Llamá a archivo para que te den los datos exactos de ese Chevrolet amarillo...

Villalta corrió hacia el radiotransmisor del Nissan; Flores se quedaría buscando en la casa de la familia Bustillo. El subcomisionado pensó que el hilo de la madeja estaba desenredándose y que, por suerte, el fallecimiento de la señora Ferracuti parecía fortuito.

Entró al auto. Pidió que lo comunicaran con el señor director, era urgente: le contó que las evidencias apuntaban a un chalado de nombre Jacinto Bustillo, se trataba de una venganza pasional y la hermana del doctor Ferracuti desgraciadamente había estado a la hora equivocada en el lugar equivocado. Nada más.

Acababa de cortar cuando el aparato sonó nuevamente. Una emergencia: en el centro de la ciudad, en la zona más congestionada, a la altura de la Quinta Avenida y la Calle Darío, se había desatado una tremolina espantosa, con muertos y heridos, a causa de un ataque masivo de serpientes.

Villalta conectó la sirena.

—Tenemos que agarrar pronto a ese hijueputa antes de que enloquezca a la ciudad —masculló Handal.

Y entonces ató cabos: llamó a la central para que le averiguaran inmediatamente dónde estaba ubicada la farmacia La Surtidora. No se equivocó: sobre la Calle Darío, muy cerca de la Quinta Avenida, dijo la operadora. Ese Bustillo no parecía satisfecho con haber apuñalado a su mujer...

Entrar a la zona de desastre iba a ser una proeza. El tráfico había enloquecido. Las sirenas aullaban en todas las direcciones.

Ambulancias, bomberos, radiopatrullas, intentaban infructuosamente llegar a donde yacían las víctimas.

La gente corría, espantada.

—¡Una invasión de serpientes!...

Los conductores salían de los autos, preguntaban qué pasaba y enseguida se metían nuevamente, cerraban las ventanillas y trataban de escapar por las aceras.

—Dejemos la patrulla aquí —ordenó Handal—, y vamos caminando. Si no, nunca llegaremos.

Villalta lo miró con recelo, ¿y si las serpientes aún estaban ahí?

Avanzaron con dificultad, en contra de la corriente, bajo aquel sol infame, sudando a chorros, con sus pistolas listas, no fuera a ser el tuerce y se encontraran súbitamente con los ofidios.

Pero cuando desembocaron en la Quinta Avenida hacía rato que las serpientes se habían esfumado y lo único que quedaba era un panorama desolador, de muerte y

caos, con decenas de cuerpos tirados en la calle, algunos aún con convulsiones, otros ya con la lengua hinchada.

El subcomisionado fue hacia una de las dos patrullas que habían logrado llegar, tomó el radiocomunicador y ordenó alerta máxima para encontrar un viejo Chevrolet amarillo modelo americano; pidió, además, el apoyo de un helicóptero para que rastreara la zona.

Pronto comenzaron a llegar ambulancias, bomberos y más policías; las camillas no eran suficientes para los cuerpos agonizantes.

Handal se encaminó hacia La Surtidora. Los tenderos habían bajado las cortinas de hierro de sus almacenes al desatarse la catástrofe. Pocos puestos de los vendedores ambulantes permanecían en pie; el reguero de mercancías atraería pronto a manadas de rateros.

Pero la zona ya había sido acordonada por la policía.

Golpeó la cortina de hierro de la farmacia.

—¡Policía!... —dijo—. Pueden abrir. Ya pasó el peligro.

Abrieron una pequeña puerta. Salieron varios empleados con sus batas blancas y el susto aún en el rostro. Levantaron la cortina de hierro.

—¿Alguno de ustedes vio un auto amarillo estacionado aquí enfrente? —preguntó Handal, alzando la voz.

Nadie había visto nada, sólo el griterío de horror y la estampida de la gente; enseguida se habían encerrado en la farmacia. Y de la dueña, doña Sofía, sabían que había sufrido un percance, pero no tenían mayores detalles, el gerente regresaría pronto para informarles.

El subcomisionado preguntó por el empleado más antiguo. Una mujer, de pelo entrecano y papada, dijo que ella tenía diez años de trabajar con la señora. Handal le pidió hablar en privado. Fueron a la oficina del fondo.

—La señora está muerta —le espetó el subcomisionado—. La cosieron a puñaladas hace un par de horas.

No se desmoronó, ni lloró; sólo una tristeza profunda, el desconsuelo. Dijo que ella se temía algo grave, por la forma abrupta en que salió el gerente, por la expresión de éste, por un presentimiento.

¿Don Jacinto? Uh... Hacía tanto que él se había esfumado, más de tres años. Tuvo un romance, el muy rabo verde, con su propia secretaria, una joven recién casada. Doña Sofía había descubierto el romance y le pidió el divorcio; el marido de la joven también supo de la historia y parece que intentó un chantaje. Poco después, la amante de don Jacinto murió en un asalto. Y el señor desapareció para siempre. Como si fuera una telenovela.

—¿Pero no estará suponiendo que don Jacinto mató a la señora?

—Es el principal sospechoso.

Se le hacía difícil creerlo: había sido tan decente, tan buena persona, aunque llegaba muy poco a la farmacia.

¿Lo había vuelto a ver?

Jamás. Ni idea dónde encontrarlo; era tema tabú en la farmacia. Alguna vez escuchó el chisme de que se había convertido en un borrachín menesteroso y vivía en los barrios bajos de la ciudad.

Tampoco había visto el Chevrolet amarillo ni sabía nada de una relación de Bustillo con serpientes.

El subcomisionado salió a la calle.

—Treinta y dos muertos, mi jefe —le comunicó Villalta—. Hasta ahora.

«Más los cuatro de Plaza Morena y las dos mujeres, y en menos de cuatro horas», pensó Handal. Vaya masacre.

—Tenemos que detener a ese loco a como dé lugar —murmuró el subcomisionado—. ¿De dónde carajos habrá sacado las serpientes?

Ya ni siquiera importaba que la muerte de la señora Ferracuti hubiera sido accidental; con tanto cadáver no quería imaginar las presiones. Y las tuvo al instante: un agente lo alcanzó para decirle que el señor director lo llamaba urgentemente por el radiocomunicador.

Y entonces la vio venir, lo que le hacía falta, pinche Rita, con su libretita abierta y el fotógrafo a su espalda, dispuesta a hacerle la vida imposible a preguntas, para después arruinar toda la historia en el periódico de mañana, como si no tuviera ya suficiente con ese loco de Bustillo paseándose con sus serpientes por las calles de la ciudad.

—Cuidadito con abrir la boca. Que no te vaya a sacar nada —le advirtió a Villalta antes de ponerse al micrófono.

Y sabía por qué lo decía: no sería la primera vez que Villalta se iba de boca con una reportera medianamente guapa, como ya era comidilla en los medios de prensa, los cuales, desde que descubrieron la debilidad del detective, habían enviado sólo muchachonas a cubrir la fuente del Palacio Negro. Y Rita, reportera de un periódico amarillista llamado *Ocho Columnas*, era de las más temibles, con sus minifaldas provocadoras, las piernas delgadas pero bien torneadas y unas blusas de seda donde se marcaban los pezones de aquellos pechos libres de sostenes.

El director le ordenó que regresara de inmediato a presentarle personalmente un informe del caso. Los noticieros de radio estaban informando en vivo de una «invasión de serpientes», de decenas de muertos en el propio centro de la ciudad, y el pánico comenzaba a cundir entre la ciudadanía. ¿Qué mierda era todo eso?

Ansioso, Handal se hurgó el oído con el meñique izquierdo.

—Subcomisionado, ¿es cierto que el tipo de las serpientes se conduce en un viejo carro amarillo? —se apresuró a preguntar Rita.

Handal le dijo a Villalta que debían recoger el Nissan que habían dejado abandonado a varias cuadras de ahí.

—¿Ya tienen el nombre del sujeto?... ¿De dónde sacó las culebras? —insistía la reportera, corriendo tras de ellos.

—Ahora no le puedo decir nada —la enfrentó Handal—. En un par de horas, en el Palacio daremos una conferencia.

Pero la tipa era necia:

—¿Hay relación entre el crimen de la señora de Bustillo y los ataques en Plaza Morena y aquí en el centro?...

El subcomisionado apretó el paso. Entraron al auto y arrancaron a toda prisa. Rita quedó en la acera, dando de voces, acomodándose una zapatilla que se le había zafado en la carrera.

No hablaron durante el trayecto. Handal iba ordenando mentalmente el informe que le daría al director. Subió a los trancos las escaleras del Palacio Negro. La secretaria le dijo que pasara de inmediato; el jefe estaba esperándolo.

—Lo tenemos cuadriculado —dijo el subcomisionado, luego de relatar los hechos, desechar la hipótesis de un atentado contra la señora Ferracuti y concentrar su interpretación en la venganza de un desequilibrado llamado Jacinto Bustillo en contra de la mujer con la que había vivido hasta hacía tres años—. En cuanto detectemos el auto, le echaremos la mano encima.

El director estaba de malas, preocupadísimo, hasta el secretario privado del presidente de la República le había llamado para preguntar qué carajos era lo que pasaba. No podían cruzarse de brazos hasta encontrar ese auto. ¿Y si el tipo lo escondía en una cochera? Necesitaban otras pistas. No era posible que un borrachín se anduviera paseando con media docena de serpientes en su Chevrolet. En cualquier momento aparecería en otro centro comercial y mataría a otra docena de personas. ¿Le parecía poco? Además, la prensa estaba presionando, era urgente que dieran una declaración, que dijeran algo para calmar a la ciudadanía.

El subcomisionado tragó saliva, sintió cómo le crecía la perforación en la boca del estómago y supo que en pocos minutos estaría siendo atacado a mansalva por una caterva de reporteros interesados únicamente en hacerlo caer en contradicciones, en obligarlo a decir justo aquello que él no tenía que decir.

Bajó a su despacho. Villalta y Flores lo esperaban.

—¿Qué conseguiste de Bustillo? —le preguntó al «suavecito».

Repitió una historia similar a la que Handal había conseguido con la mujer de la farmacia. Bustillo tenía, además, dos hermanos, un arquitecto y un médico, pero ellos tampoco habían vuelto a saber nada de él. Y luego informó de que no había rastros del sospechoso.

Villalta dijo que en los archivos no existía ninguna ficha de un Chevrolet amarillo a nombre de Jacinto Bustillo; quizás el auto era demasiado viejo.

—¿Estás seguro? —preguntó Handal, pero él mismo ya había comprobado la caótica situación en que estaban los archivos desde la última reestructuración. Enseguida les comentó—: Voy a tener que hacer declaraciones a la prensa. Orden del director. La cosa está que arde en las alturas. Nadie entiende nada. Hay que calmar a la gente.

—Jefe, y si damos las características del auto, ¿no cree que alertaremos al sospechoso? —preguntó Flores.

Pero la descripción del auto ya se había filtrado; más bien había que sacar fotocopias del retrato hablado, aunque sin mencionar el nombre de Jacinto Bustillo, porque aún no tenían ninguna prueba.

Lo que le resultaba extraño, comentó Villalta, acariciándose la mandíbula prognata, era que ni en Plaza Morena ni en el centro de la ciudad el sujeto haya llegado a las farmacias de su ex mujer.

—Miedo a que lo reconocieran —acotó Handal.

—Pero al menos hubiera enviado a las serpientes —insistió el detective.

—Quizá no las tiene tan amaestradas —terció Flores.

Eran las cuatro de la tarde cuando el subcomisionado Handal entró a la sala de prensa del Palacio Negro. Iba tenso, odiando al director, un tipo demasiado joven e ingenuo para ese cargo, que lo obligaba a enfrentar a los periodistas cuando aún no tenía mayores resultados que mostrar y quien debía dar la cara era únicamente el jefe de relaciones públicas. Durante quince minutos contestó a las preguntas de los reporteros con generalidades, destacando a la menor oportunidad que las autoridades ya estaban sobre la pista del sospechoso y que la ciudadanía debía mantener la calma y denunciar cualquier movimiento extraño.

Rita fue la más fastidiosa, insolente, insistiendo en preguntar los motivos por los que había sido asesinada doña Sofía de Bustillo y si ese crimen no era la clave para explicarse los ataques en Plaza Morena y en el centro de la ciudad, como si ya estuviera enterada de la hipótesis de trabajo del subcomisionado.

—No puedo decirle más, aún estamos investigando —contestó Handal, cortante, antes de abandonar la sala.

Y se encaminó a su despacho.

—Ha telefoneado una mujer que al parecer tiene información sobre el Chevrolet amarillo —le susurró Flores, al oído, porque aún no se alejaban lo suficiente de los periodistas. Se llamaba Beatriz de Díaz, dueña de una tienda en la colonia Macrópolis: aseguraba que ese auto había permanecido estacionado frente a su negocio hasta esa mañana.

Handal sólo resolló. Siguió hacia su despacho, se sentó en su silla giratoria y apoyó los pies sobre el escritorio, a esperar unos cinco minutos a que los periodistas se dispersaran; no quería más filtraciones, les advirtió a ambos, y que bajaran al auto sin llamar la atención, él los alcanzaría en un momento. Aprovechó para telefonar a su mujer: le dijo que estaba a cargo de ese maldito caso y que no sabía a qué horas podría llegar a cenar.

Una vez en el Nissan le ordenó a Villalta que nada de sirenas. Pero pronto descubriría la inutilidad de su cautela: frente a la tienda ya estaban varios autos de la prensa.

—¡La puta que los parió!... —exclamó Handal.

La mujer estaba exultante ante las cámaras y los micrófonos, apoyada en el mostrador de la tienda, rodeada de bolsitas con golosinas, latas de conservas, rollos de papel higiénico y cajas de gaseosas: repetía que el Chevrolet amarillo había permanecido ahí enfrente unas dos semanas, con un mugroso borracho que pasaba la noche dentro y que durante el día se iba a cometer quién sabe qué fechorías; pero esa mañana el carro había desaparecido, sin duda conducido por el facineroso, quizá por temor a que lo capturara la policía, porque antenoche mismo había venido una patrulla...

—¿Antenoche vino una patrulla? —preguntó Rita, que se arremolinaba junto a cada vez más periodistas en aquel pequeño espacio.

—Sí, señorita —dijo la Niña Beatriz—. Yo llamé a la autoridad para que desalojara a ese sujeto que ya me daba mala espina. Pero el agente fue muy timorato, se dejó convencer por el sujeto, que argumentaba que dormir en un auto en la vía pública no es ilegal... ¡Hágame usted el favor!...

El subcomisionado salió a la acera, exasperado; tomó a Villalta del brazo y le ordenó:

—Me conseguís ya el nombre de los agentes que vinieron anoche...

Lo mismo quiso saber en ese instante la reportera del *Ocho Columnas*, pero la Niña Beatriz dijo que sólo recordaba que el primer nombre del agente era Dolores y el apellido se le había olvidado.

—¿Cómo supieron de la existencia de esta mujer? —preguntó Handal, casi perdiendo los estribos, a otro reportero que en ese momento apenas llegaba.

—No sé —dijo el muchacho, alzando los hombros—. A mí me mandaron.

El subcomisionado le ordenó a Flores que hiciera gala de sus mejores modales para traer de inmediato a esa vieja bocona adentro del radiopatrulla. Y se quedó esperando en la acera. Ahora resultaba que la policía había sido advertida sobre el tipo de las serpientes hacía dos noches... Lo que le faltaba.

Pero aquí venía el detective Flores, con su sonrisa de niño bueno, conduciendo a la mujer hacia el radiopatrulla, sin importarle el acecho de cámaras, micrófonos y reporteros. No habían avanzado ni dos cuadras cuando la Niña Beatriz ya les había contado que ella misma había convocado a la prensa, porque después de lo de anoche ya no tenía confianza en los policías y creyó que no aparecerían.

—¿Me llevan al cuartel?

—Nos urge entrevistarla, señora —dijo Handal—. El caso es gravísimo. Yo estoy a cargo.

Les dijo que eran unos ineptos, desde antenoche hubieran podido capturar al tipo. ¿Por qué no lo hicieron? Ella había llamado incluso a la alcaldía, para que las autoridades municipales se encargaran de desalojar a ese vago, pero tampoco le hicieron caso.

—¿Tiene idea de cómo se llama el sospechoso? —inquirió el subcomisionado.

Ella no tenía tanta memoria para los nombres, pero don Eduardo quizá podría

ayudarles, él incluso platicó con ese vago, ella los había visto. ¿Por qué no le preguntaban a él? Vivía con su hermana Adriana y su cuñado Damián, en el segundo piso del edificio B.

Villalta maniobró bruscamente. El Nissan coleteó, chillando llantas, y regresó por el rumbo por donde antes venía. Los autos de los reporteros, que venían tras de ellos, no pudieron reaccionar.

—¡Oiga, joven, maneje con cuidado!, ¿qué le pasa?... —se quejó la Niña Beatriz por el zamarreo. Luego dijo que lo que no entendía era lo de las serpientes: no creía que esos animales hubieran estado metidos ahí todo el tiempo sin que ella ni ninguno de los vecinos lo notaran. Porque el Chevrolet no se había movido durante esos quince días; el vago salía a pie, con un saco de lona, para recoger cachivaches.

Se detuvieron nuevamente frente a la tienda.

—Den una vuelta a la manzana —ordenó el subcomisionado, mientras salía a toda prisa.

Entró al edificio B, subió las escaleras hasta el segundo piso y tocó en la primera de las dos puertas. Una mujer preguntó quién era, sin abrir.

—Policía. Soy el subcomisionado Handal. Busco a don Eduardo...

La mujer abrió, recelosa. Handal le mostró su credencial.

—Eduardo no está —dijo—. Tiene dos días de haber desaparecido. Si quiere, pase.

Era Adriana, y estaba preocupadísima, porque había escuchado en las noticias lo del viejo Chevrolet amarillo, parecido al que había estado ahí en la calle, y Eduardo había tratado de investigar al sujeto.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó, sin cruzar el umbral.

—Salió ayer jueves en la mañana y desde entonces no ha regresado. Rarísimo. Eduardo nunca había dejado de venir a dormir.

Y entonces el subcomisionado comprendió que estaba entrando en uno de los dobleces del caso, de esos odiosos dobleces que todo lo complicaban, en especial ahora que ella decía que su hermano estaba desempleado y que además tenía problemas de conducta.

—¿Le mencionó, acaso, cómo se llamaba el hombre del auto? —inquirió Handal, sin expectativas, con el solo propósito de no tener que oír la historia de un paranoico, un esquizoide o algo semejante.

—Don Jacinto —dijo la mujer.

Al subcomisionado se le iluminó el rostro.

—No vaya a hablar con nadie nada de lo que me ha dicho —le advirtió—. Es importantísimo. Yo me comunicaré con usted. Si aparece su hermano, me llama de inmediato.

Le entregó una tarjetita con sus números directos en el Palacio Negro, apuntó a su vez el teléfono de Adriana Sosa y enseguida bajó las escaleras a los brincos.

Villalta lo esperaba con el motor encendido.

—Ya lo tenemos —dijo el detective mientras arrancaba—. Es el agente Dolores Cuéllar...

La Niña Beatriz, junto a Flores, en el asiento trasero, se apresuró a confirmarlo: claro, ése era el inútil de antenoche; ella podría reconocerlo y acusarlo de negligencia si se lo ponían enfrente.

Pero Handal tomaba en ese momento otra decisión: mantener en secreto la confirmación de la identidad de Jacinto Bustillo, a fin de que la prensa no lo alertara.

Entraron al estacionamiento del Palacio Negro.

—Ustedes le toman una declaración exhaustiva a esta señora y al tal agente Cuéllar —ordenó el subcomisionado—. Los espero en media hora en mi despacho.

Flores y Villalta se miraron el uno al otro, como si de pronto hubiesen oído alguna fetidez: mejor que de una vez se olvidaran de su noche de viernes.

Eran las cinco y cinco de la tarde cuando Handal se encerró en su despacho. Colgó el saco y empezó a pasearse frente al escritorio: necesitaba pensar, ordenar los hechos, encontrar nuevas rutas para la investigación. Tomó un marcador negro y escribió en la pizarra: SECUENCIA. Más abajo detalló: «De 11:30 a 11:45 en Plaza Morena. Entre 12:30 y 13:00 en la San Mateo. A las 13:40 en la Calle Darío». Luego fue al mapa de la ciudad, que colgaba de la otra pared, y siguió el trayecto desde la tienda en la Macrópolis pasando por los tres sitios. ¿Dónde atacaría la próxima vez? ¿Atacaría de nuevo? Si su hipótesis era correcta, como lo sugerían los hechos, el tipo tenía una fijación contra su mujer y sus propiedades.

Levantó la bocina y pidió que lo comunicaran con Flores:

—Me urge una relación de todas las propiedades de la señora de Bustillo y de sus familiares más cercanos —dijo Handal—. Fincas, casas, ranchos en la playa o en cualquier otra parte. Que Villalta siga con esos dos testigos y vos dedícate a esto.

No era necesario, ahora mismo estaban terminando con la Niña Beatriz y con el agente Dolores Cuéllar, explicó el detective Flores.

Y entonces el subcomisionado recordó la desaparición de Eduardo Sosa, el único tipo conocido que había hablado con Jacinto Bustillo en los últimos tres años. ¿Se trataría de una casualidad, de un caso aparte, o, más bien, aquél había sido la primera víctima de Bustillo? Otra cosa que no encajaba: ¿por qué si la policía lo había visitado el miércoles por la noche, el sospechoso esperó hasta el viernes por la mañana para abandonar la Macrópolis y empezar sus fechorías? Y finalmente aparecía la pregunta del dolor de cabeza: ¿de dónde había sacado y cómo hacía para controlar las serpientes?

Handal alzó de nuevo la bocina: quería que el jefe del equipo de apoyo psicológico viniera a su despacho lo antes posible para que le ayudara a elaborar un perfil de Bustillo que permitiera prever sus eventuales próximas acciones y sus posibles escondites. Pero el licenciado Vargas, el jefe del equipo psicológico, ya se había retirado, le dijo la secretaria. El subcomisionado bufó: que lo trajeran de donde fuera, sin ninguna dilación.

Entró Flores.

—Hay un rancho en la playa, en San Juanico —dijo—, y la casa donde vive la única hermana de doña Sofía. Es todo.

Handal ordenó que alertaran a las autoridades de San Juanico sobre el Chevrolet amarillo y que pusieran vigilancia discreta donde vivía la hermana de la víctima. Preguntó si ya habían controlado al tal licenciado Vargas, pero éste aún no aparecía.

—Nos tocará noche de guardia —dijo el subcomisionado—. Con ese loco suelto, no quiero más sorpresas.

Flores alzó los hombros, con el gesto de quien ya se ha resignado.

Handal vio su reloj: faltaban veinte minutos para las seis. Hacía cuatro horas que Jacinto Bustillo no operaba. ¿Dónde se habría metido? Aprovecharía para ir a casa, a darse una ducha, tomar una buena cena y descansar un rato; algo se le ocurriría mientras Flores y Villalta permanecían de guardia.

Y así lo hizo, aunque sin distensionarse, porque temía que en cualquier momento sonara su radiocomunicador y uno de sus asistentes le informara que Bustillo y sus serpientes habían reaparecido con mayores bríos. Pero una vez bajo la ducha, restregándose la mugre de esa tarde de locos, se dijo que pasara lo que pasara —y con ayuda de ese miserable licenciado Vargas que no aparecía— tendría que estudiar en detalle la separación del matrimonio Bustillo, algo impactante debió de haber sucedido para que el esposo decidiera transformarse en un vagabundo de baja ralea. Cenó con particular entusiasmo, como quien por fin ha conseguido lo que más deseó durante el día, un par de chuletas ahumadas, arroz y puré de papas. Luego se recostó frente al televisor, junto a su mujer, a ver los noticieros, a regocijarse con su rostro adusto, con su imagen de funcionario competente y seguro, pese a que su director lo echara a los leones sin ninguna consideración. ¿De dónde carajos habrían sacado esa versión del domador de serpientes que ha perdido el juicio? Sólo alguien como Villalta era capaz de tirarles semejante bazofia para que la mordieran. Y la tendera esa, Beatriz de Díaz, parecía que iba a experimentar un orgasmo frente a las cámaras. No podía creerlo: ahí estaba la jeta del agente Dolores Cuéllar, nervioso pero feliz hablando ante los micrófonos. ¡Carajo, acaso no se le había ordenado que mantuviera cerrado el hocico! La suerte era que la dimensión de lo sucedido en el centro de la ciudad y en Plaza Morena, y el misterio que generaban las serpientes, hacían pasar a un segundo plano los asesinatos de doña Sofía y su sirvienta, y en especial la pista que llevaba directo a Jacinto Bustillo. Por eso, ahora que ya habían terminado los noticieros, lo mejor era echar una pestañita en ese mismo sofá, para recuperar energías. Y si no sucedía nada esa noche, si el tipo de las serpientes únicamente había querido acabar con su ex mujer y crear pánico cerca de las dos farmacias de ésta, entonces mañana temprano el subcomisionado se dedicaría a organizar una intensa cacería en los barrios bajos, en los expendios de alcohol, en las zonas donde pululaban...

Fue cuando sonó el radiocomunicador.

El subcomisionado se levantó de un brinco; miró su reloj: eran las nueve y veinte de la noche.

—La fiesta continúa, jefe —dijo Flores—. Voló una gasolinera, la Esso de la salida al puerto...

—¡Cómo...!

Se frotó los ojos. No era posible.

—¿Querés decir que explotó?...

—Eso, mi jefe, hace unos minutos. Primero atacaron las serpientes y luego se produjeron las explosiones. Hay montón de muertos y heridos. ¿Pasamos por usted o nos vemos allá?...

No había tiempo que perder; se encontrarían en la gasolinera.

Y apretó el acelerador, con la sirena aullante, preguntándose qué relación podía haber entre doña Sofía de Bustillo y esa gasolinera.

El caos era impresionante. Las llamas se miraban desde varias cuadras a la redonda; y el tufo a gasolina resultaba insoportable.

Dejó el Nissan a unos cien metros.

Y avanzó, cubriendo su nariz con el pañuelo, en medio de aquel aire enrarecido, hacia donde ya estaban una ambulancia y una patrulla.

—¿No hay peligro de que exploten más depósitos subterráneos? —le preguntó a un sargento que ni siquiera le puso atención.

El espectáculo era horripilante: una docena de autos yacían chamuscados por las llamas; había cuerpos por doquier; el intenso calor impedía acercarse.

Un agente le señaló a un tipo agitado, quien daba órdenes, maldecía, se lamentaba.

—¡Es el gerente!... —dijo.

El subcomisionado sacó su credencial y se presentó.

—¡Claro que hay más depósitos subterráneos!... —exclamó el gerente—. ¡Es lo que les estoy diciendo, que todo mundo debe alejarse!...

Los bomberos aún no llegaban, ni los detectives Flores y Villalta.

El aullar de las sirenas, el denso humo, el crujido de las llamas, los cadáveres, los autos achicharrados, la gente moviéndose enloquecida: ni en tiempos de la guerra había enfrentado una situación semejante.

Y entonces vio que el gerente salía en carrera, como si lo persiguiera el diablo, dando la espalda a la gasolinera.

Handal hizo lo mismo, pero no logró avanzar mucho: la explosión lo aventó por los suelos. ¡Carajo! Sintió un flamazo en toda la parte posterior de su cuerpo; alcanzó a distinguir cómo se iluminaba el cielo.

Permaneció en el suelo, temeroso de otra explosión. Aquello era el infierno ideado por un demente de nombre Jacinto Bustillo. Luego irguió la cabeza. El gerente ya se había puesto de pie y miraba con espanto hacia la gasolinera.

El subcomisionado estaba incorporándose, sacudiéndose la tierra y los pedazos de

pavimento, cuando escuchó que alguien le preguntaba:

—¿Se encuentra bien, jefe?...

Eran Flores y Villalta: habían llegado justo antes de la explosión y lograron ver el momento en que su jefe retrocedía a todo correr.

—¡Preguntale a ese hombre si no queda otro depósito de gasolina!... —le ordenó a Villalta, señalando al gerente.

Un camión de bomberos entró con desparpajo, y más ambulancias.

Les costará encontrar al testigo preciso en medio de ese desbarajuste, comentó Flores, aún boquiabierto ante el espectáculo.

—No, mi jefe, era el último depósito que quedaba —le informó Villalta.

Handal estaba hecho una mugre: despeinado, el rostro sudoroso y untado de una especie de hollín, la falda de la camisa por fuera, y con las rodillas de sus pantalones y los codos de su saco desgarrados.

El caso había rebasado ya cualquier límite.

Furibundo, el subcomisionado pescó al primer testigo que tuvo a su alcance.

El empleado de la gasolinera, con su uniforme nítido, afirmaba que él no se había dado cuenta de nada hasta el momento en que vio la estampida de autos tratando de abandonar el estacionamiento, y a las chicas que gritaban aterrorizadas que las culebras estaban ahí, atacando a mansalva.

—¿Pero cómo comenzaron las explosiones? —preguntó Handal; lo tenía tomado del brazo y lo zarandeó como si el empleado hubiese sido responsable de aquella catástrofe.

Él nada más había corrido, sin pensar ni tratar de ver nada, a todo lo que le dieron las piernas, porque les tenía pavor a las serpientes. No se había acercado de nuevo hasta ahora, aún tembloroso.

—¿Por dónde se fue el Chevrolet amarillo? —inquirió el subcomisionado, con un nuevo zarandeo.

Villalta tensionó su mandíbula saliente, con los dientes de fuera, acechante, le increpó:

—Hablá, hijo de puta, o te vas a ver en problemas...

—Yo no sé nada —balbuceó el empleado.

De pronto, otra explosión los hizo tirarse al suelo.

La bocanada de calor, con esquirlas y pedazos de metal, impregnó más tufo a gasolina en el ambiente.

Había sido un auto alcanzado por las llamas.

El empleado aprovechó para largarse hacia donde el gerente.

Flores se acercó a los grupos de curiosos a preguntar si alguien había visto el Chevrolet amarillo.

El gerente y el jefe de servicio le explicaron al subcomisionado que, cuando aparecieron las serpientes, decenas de autos trataron de huir y uno de ellos chocó contra una bomba de gasolina. Así comenzaron las explosiones. Pero hasta donde

tenían entendido la mayoría de muertos había sido causada por el ataque de los reptiles y no por la explosión.

Un tipo chaparro y mofletudo había visto el Chevrolet amarillo.

—Se me bajó todo el ron que me había tomado cuando me di cuenta de que ése era el carro del que hablaban en la tele —le dijo a Flores—. Pero en eso comenzó el sálvese quien pueda, porque las serpientes sorpresivamente salieron como de la tierra. Yo logré encerrarme en mi Volkswagen...

El Chevrolet amarillo se había ubicado a la entrada del estacionamiento y luego había salido por el bulevar, con rumbo hacia Jardines de la Sabana, le informó Flores a Handal.

Que Villalta pidiera a la central el montaje de un cerco y rastreo en esa zona, ordenó el subcomisionado: tenían que agarrar a ese loco de mierda a como diera lugar. Todas las unidades debían estar en alerta máxima.

Y enseguida los tres mejor regresarían al Palacio Negro, porque seguramente Bustillo atacaría de nuevo y ellos tenían que tratar de prever sus posibles movimientos.

Entonces apareció el hijo mayor del dueño de la gasolinera, un libanés ricachón de apellido Facussé, quien entonces se encontraba fuera del país. El muchacho, catrincito como si fuera a una fiesta, aseguró que él no conocía a (ni su padre tenía ninguna relación con) alguien de nombre Sofía de Bustillo.

—¡Mierda!... —exclamó el subcomisionado. La hipótesis de que Jacinto Bustillo quería tan sólo dañar a su mujer se tambaleaba; el sospechoso parecía haber enloquecido.

Se dirigió hacia el Nissan. Llamó por el radiocomunicador para que unidades policiales fueran destacadas a gasolineras, cervecerías, bares y discotecas de la zona. Era una locura, en viernes por la noche, pero a Bustillo le gustaban las aglomeraciones humanas para soltar a sus serpientes.

Se disponía a encender el auto cuando le comunicaron que el director estaba en la línea. Le temblaba la voz, de la rabia, o quizá del estupor, porque le acababan de informar que una de sus sobrinas, la más guapa, la que él más quería, había muerto a causa del veneno de las serpientes que la atacaron mientras departía con sus compañeros del bachillerato en la gasolinera Esso de la salida al puerto. ¿Qué putas había pasado? ¿Quería una explicación en ese preciso instante, algo convincente, porque el cadáver de su sobrina, de la hija mayor de su hermana, estaba ahí, tirado en el estacionamiento! ¿A qué se había dedicado desde que le encomendó que detuviera a ese loco de las serpientes?

—Señor director, ha sido horrible —balbuceó Handal—. No hemos parado de trabajar, pero ese tipo está loco, es un sicópata, impredecible. Tenemos ubicada la zona hacia donde se dirigió. Esperamos dar con él en los próximos minutos...

El subcomisionado salió nuevamente del Nissan y fue hacia la gasolinera. Caminaba con la vista en el suelo, las manos dentro de las bolsas del pantalón; se

sentía una piltrafa, no sólo por sus fachas, sino porque ese canalla se le escabullía con demasiada facilidad.

Y ahí yacía el cuerpo de la sobrina del director; lo supo porque ya un par de agentes la custodiaban. La muchacha había quedado de espaldas, y la breve minifalda dejaba ver sus formas perfectas, inútiles a esas alturas; junto a ella yacía un gordo con el terror petrificado en el rostro.

Handal buscó al responsable de la Cruz Roja: era un chiquitín de nariz bulbosa y movimientos eléctricos.

—¿Cuántos muertos han contabilizado?

El chiquitín precisó que había treinta y un cadáveres por mordedura de serpiente, y otros trece quemados por la explosión, aunque aclaró que ésa no era la cifra última, pues aún tenían que buscar entre las llamas.

Cabizbajo, el subcomisionado entraba al Nissan cuando por el radiocomunicador Flores le informó que Bustillo y sus serpientes habían atacado nuevamente.

—¿Dónde?!... —preguntó Handal, a quien la adrenalina le volvió de sopapo. Miró su reloj: las diez y siete minutos.

En la colonia La Primavera, a unos cinco minutos de la gasolinera, dijo Flores, en la casa de un agente de la DICA. Ellos estaban a punto de llegar.

—¡La puta!... —exclamó el subcomisionado.

El caso se complicaba. Ahora estaba involucrada otra unidad. Quizás él sería relevado de la jefatura de la investigación.

Necesitaba urdir en segundos un plan para cercar la zona. Pero hizo cálculos: si atacó a las nueve y cuarto en la gasolinera, tuvo que haber llegado a la casa del detective a más tardar a las nueve y media, por lo que para ese entonces quizá ya había abandonado el área.

Villalta lo esperaba a la entrada del pasaje.

—Se puso muy cabrón, mi jefe —le dijo, mientras se encaminaban a la casa—. Hay siete agentes de la DICA muertos. Todos a causa de mordidas de serpiente.

Aquello se convertiría pronto en una vorágine. Como jefe de la Dirección de Investigaciones Criminales (DIC), Handal padecía a diario las rivalidades con sus congéneres de la DICA: pleitos burocráticos, de protagonismo, por asignación de recursos. Es que los antinarcóticos eran los niños bonitos, consentidos de los gringos, prepotentes. El caso, pues, se pondría candente.

—¿No han llegado todavía? —preguntó Handal; imaginó al Chele Pedro, cabeza de la DICA, apropiándose de las pruebas, queriendo asumir el mando de la investigación.

Villalta respondió que no.

Entraron a la casa. La visión era grotesca, con aquellos cadáveres tirados en el comedor y la sala, como si se hubiera registrado un ajusticiamiento entre pandillas de gánsters.

El subcomisionado revisó los cuerpos, vio los restos de cocaína y marihuana

sobre la mesa, y enfiló hacia la habitación donde estaba el cadáver del jefe de grupo, Raúl Pineda.

—Hubo tiros, según los vecinos —dijo Flores.

—Se ensañaron con éste —comentó Handal. La lengua de Pineda era un bulto espantoso; parecía que todo el veneno se le hubiese concentrado ahí.

El subcomisionado descubrió la sangre frente a la puerta del baño y el goteo hasta la calle.

—Le dieron a Bustillo —agregó, luego de constatar que ningún cadáver tenía heridas de bala o de arma punzante.

—Más parece que a una culebra —dijo Flores—. Un vecino asegura haber visto al sospechoso que se retiraba cargando un reptil con la cabeza destrozada.

Con su vocecita, Villalta aventuró:

—Evidentemente, Pineda era el hombre al que buscaban Bustillo y sus mascotas.

Y entonces Handal tuvo un luzazo, un presentimiento, una intuición inequívoca, algo que no podría sustentar con las pruebas con las que hasta ahora contaba, pero que estaba ahí, a punto de ser descubierto.

—¡Vámonos!... —ordenó.

Iban a trancos, por el pasaje, cuando se encontraron con el Chele Pedro y su escuadrón (una decena de tipos vestidos de negro y portando fusiles M-16).

—¿Qué pasó? —preguntó el jefe de la DICA.

—Las serpientes —dijo Handal, apenas deteniéndose.

—¿Cómo que las serpientes?...

Pero llevaba prisa; no tenía tiempo para explicaciones.

—Nos vemos en el Palacio —dijo retomando el paso.

Y, antes de entrar a los autos, le ordenó a Flores conseguir un expediente exhaustivo del agente antinarcóticos Raúl Pineda y a Villalta que obtuviera de los familiares de Bustillo el nombre de la mujer con la que éste tuvo el amorío que lo llevó a la ruptura con su esposa.

Pasó de nuevo frente a la gasolinera, a vuelta de rueda. Los bomberos ya habían logrado apagar las llamas, pero aquello apestaba. A Bustillo le encantaba dar un golpe masivo de distracción antes de arremeter contra su verdadero objetivo. ¡Claro! ¡Y también después! Debían reforzar la vigilancia en los bares y cervecerías.

El Palacio Negro hervía de agitación, como en tiempos de la guerra, y las fachas de Handal subiendo las escaleras imponían mayor respeto.

Entró a su despacho.

Fue al baño, a sacarse la mugre, a cambiarse, porque siempre tenía un juego de ropa de reserva.

Ya refrescado, se sentó en su silla giratoria, apoyó los pies en el escritorio, se hurgó el oído con su meñique izquierdo y miró el reloj: las diez y cuarenta y ocho.

Y entonces sonó el teléfono. Lo que le faltaba: Rita. Había estado en la gasolinera y ahora recién salía de la casa del agente Raúl Pineda. ¿Cuál era la lógica de los

acontecimientos? ¿Qué relación podía haber entre los sucesos del mediodía y los de esta noche? ¿Existía alguna conexión entre la señora de Bustillo y el agente Pineda?

—Las mismas preguntas me hago yo, corazón —dijo Handal, con desgano—. Para mañana temprano le prometo una respuesta.

Y colgó.

Flores trajo una carpeta con el historial de Pineda. El subcomisionado sabía lo que buscaba: «Estado civil: viudo», decía. A un lado se detallaba que la esposa del agente había muerto en un asalto tres años atrás.

Tiró la carpeta sobre el escritorio, sonriente, satisfecho, porque ahí estaba la primera confirmación de su presentimiento. Ahora sólo faltaba que Villalta trajera un nombre cualquiera, pero un apellido preciso.

—¿Qué pasa, jefe? —inquirió Flores—. ¿Descubrió algo?

Handal se puso de pie, fue hacia la pizarra, borró lo que había escrito en la tarde, tomó el marcador y escribió «Jacinto Bustillo» en el centro; luego puso alrededor los nombres «Sofía de Bustillo», «Raúl Pineda» y «? de Pineda».

—La esposa del antinarcóticos era la amante del sicópata que buscamos —explicó—. Estoy seguro. Todo coincide. Nada más falta confirmar el nombre.

Flores preguntó:

—¿Pero por qué atacó la gasolinera?

Acciones de distracción, para desviar las pesquisas, o el puro placer del loco asesino, pero lo esencial era la venganza pasional, tres años después.

—Preguntale a los antinarcóticos —le indicó a Flores— si alguno recuerda el nombre de la mujer de Pineda y si trabajaba como secretaria en la empresa Tubos de Acero. Y también buscá en el archivo los crímenes por asalto reportados en esta fecha —agregó abriendo la carpeta y señalando el dato.

Volvió a su silla giratoria, más tranquilo, porque la motivación básica de los crímenes había sido resuelta, ahora solamente faltaba capturar a ese loco de mierda. La noche, de cualquier manera, le tocaría en vela.

Revisó los mensajes que había sobre su escritorio: uno decía que el licenciado Vargas, jefe del equipo de apoyo psicológico, estaba fuera de la ciudad y no regresaría hasta el lunes. Luego hojeó las carpetas con los reportes del día: los cadáveres de dos indigentes, que se habían liado a puñaladas y botellazos, habían sido encontrados sin ninguna identificación esta mañana en un callejón de la zona roja.

Dieron las once.

Telefoneó a Adriana Sosa para preguntarle si su hermano ya había aparecido. Ella contestó con agitación: estaba esperando alguna noticia de Eduardo, pero éste aún no daba señales de vida. Una vez que le echaran la mano encima a Bustillo sabrían si tenía algo que ver con la desaparición del joven, se dijo el subcomisionado.

Y enseguida Flores le trajo la confirmación que buscaba: un reporte del archivo decía que la señora Aurora Gómez de Pineda, secretaria de la empresa Tubos de Acero, había sido asesinada de un disparo por un par de asaltantes. Y Villalta había

ido a molestar a la hija de Bustillo, en el mismo velorio de su madre, hasta que aquella recordó que esa perra con la que se había metido su padre se llamaba Aurora o algo así.

Pero Handal no quería cantar victoria, mucho menos llamar al director sin tener esposado a Bustillo y a las serpientes hechas picadillo.

—Vamos a patrullar un rato —les ordenó.

Bajaban las escaleras cuando dieron de frente con el Chele Pedro y su escuadrón. Prepotente, barrigón y de voluminosa papada, el Chele le bloqueó el paso a Handal y le increpó:

—¿Qué es lo que está pasando?

El subcomisionado le explicó los porqués de Bustillo, y en especial su relación con la difunta esposa del agente Pineda. Le dijo que ahora urgía atrapar a ese sujeto que se movilizaba en el Chevrolet amarillo.

—Algo me huele raro —masculló el Chele Pedro—. Pineda y los muchachos realizaban una investigación delicadísima...

De que el director estaba entrando al estacionamiento en ese preciso instante, les informó un agente. Lo vieron subir con su traje impecable, los ojos achispados; sin duda había tenido que abandonar alguna cena o recepción.

—Los dos a mi oficina —ordenó, con la jeta fruncida y la mirada torva.

Y enseguida, incluso antes de cerrar la puerta, arremetió contra Handal: ¡cómo era posible que ese loco siguiera matando gente a mansalva sin que nadie lo detuviera!... ¡Y más le valía una explicación coherente en torno al asesinato de los agentes de la DICA!... ¡Se daba cuenta de que eran de los mejores agentes entrenados por los gringos, ¿para qué, ah?, para venir a morir a manos de un loco que supuestamente se estaba vengando de una aventura que tuvo con la ex esposa del agente Pineda hacía tres años!... ¿Le parecía que alguien iba a tragarse semejante versión?...

—Es la única pista coherente, señor —murmuró el subcomisionado.

El director se había sentado tras su escritorio y ahora buscaba entre una pila de carpetas; Handal y el Chele Pedro permanecían de pie, firmes.

—¡Pero está el asesinato de mi sobrina, de la señora Ferracuti y de los muchachos de la DICA!... —gritó el director, sin parar de revisar las carpetas—. ¿Le parece poco?...

Handal guardó silencio; resultaría inútil tratar de convencerlos en ese momento de que aquellas muertes habían sido fortuitas.

El Chele Pedro lo miró: «Estás frito», decía la mueca sarcástica.

—Cuéntele, Pedro, en lo que estaban los muchachos...

El jefe de la DICA detalló que el grupo del agente Pineda se concentraba en detectar la red del Cártel de Cali en el país, no sólo en términos operativos, sino también en lo referente a inversiones y lavado de dinero.

—Los gringos se pondrán como la gran puta —dijo el director—. Van a querer explicaciones convincentes, no esa basura que usted nos ha contado. ¡Captúreme a

ese hijo de puta esta misma noche!...

El subcomisionado bajó nuevamente las escaleras, encabronado porque ese par de idiotas no comprendían la labor que él había realizado, pero cuando capturara al tal Bustillo tendrían que tragarse sus palabras, y sobre todo ese Chele Pedro podría ir metiéndose sus miraditas por el culo.

Le dijo a Villalta que se hiciera a un lado, él conduciría. Salió del Palacio Negro chillando llantas, a toda marcha, con la sirena al tope, como si se dirigiera al sitio donde el Chevrolet amarillo lo estaba esperando. Pero nada más deambulaban, sin rumbo fijo, acercándose a cervecerías y bares, en permanente comunicación con las unidades destacadas para el rastreo, hasta que Flores, con ese su modito suave, se preguntó si Bustillo no enfilaría contra la Zona Rosa, el lugar donde a esta hora se podían encontrar las aglomeraciones que a él le gustaban.

—¡Claro!... —exclamó Handal.

Y pidió refuerzos para rodear la zona antes de que el sujeto y sus serpientes llegaran a sembrar el caos y acabaran con las vidas de otras docenas de personas.

—Oiga, mi jefe, pero el sospechoso también puede encontrar un montón de gente en el Bulevar de Los Mártires —sugirió Villalta, cuando el subcomisionado estacionaba el Nissan en una de las bocacalles que daba acceso a la Zona Rosa.

Handal le dijo que no fuera pendejo, aquélla era una arteria larguísima, sin aglomeraciones en un solo sitio, como no fuera el supermarket de la gasolinera Shell, pero Bustillo nunca había repetido objetivo.

El subcomisionado empujó hacia atrás su asiento, para ponerse cómodo, porque la espera podía ser larga, con la panorámica de aquellos niños bien entrando y saliendo de bares y discotecas, formando grupos para beber y fumar marihuana alrededor del auto más caro.

—Observándolos uno se pregunta si lo más conveniente no sería que hubiese varios Jacintos Bustillo para acabar con tanta frivolidad —murmuró el subcomisionado, luego de un rato en que los tres habían permanecido en silencio, y cuando a él ya le había bajado la rabia de su reunión con el director y el Chele Pedro.

—¿Jefe, y así a lo macho, usted qué cree que le pasó a Bustillo? —inquirió Flores desde el asiento trasero.

La noche estaba enfriando. Ninguna unidad había reportado nada anormal. Handal agitó el meñique izquierdo dentro de su oído y masculló:

—Quizá sólo doña Sofía y Pineda lo sabían...

Estuvieron hasta las tres de la mañana, ellos y los integrantes de las demás unidades que vigilaban cada una de las calles que conducían a la Zona Rosa, en un dispositivo tendiente a hacer caer a Bustillo en una trampa de la que le resultaría imposible escapar, pero a la cual nunca llegó. De ahí que ellos decidieran regresar al Palacio Negro, a dormir aunque fuese un par de horas, si no era que Bustillo aprovechaba la madrugada para otra fechoría. Un regreso, en verdad, con sabor a derrota, a ganas de olvidar por un rato ese mugriento caso, porque en pocas horas,

cuando el Palacio se desperezara en plena mañana sabatina, ellos estarían igual que ahora, con la mejor hipótesis para explicarse los trágicos sucesos del día anterior, pero sin la captura que serviría como la madre de todas las pruebas.

Handal subió a su despacho, apagó las luces y se recostó en uno de los sillones; su instinto le decía que era todo por ese día, que Bustillo y sus serpientes dormitaban dentro del Chevrolet amarillo escondidos en alguna cochera inimaginable, en un taller que podía estar ubicado incluso al mismo costado del Palacio Negro.

Eran las seis y veinte minutos cuando, a la mañana siguiente, el subcomisionado hizo un monitoreo general; pero el sospechoso no se había mostrado por ningún lado. Llamó a su mujer para decirle que pasaría en una media hora a ducharse, cambiarse y tomar un buen desayuno. Le acababan de llevar los periódicos: ahora era cuando en verdad empezaría a sentir las presiones políticas, pensó. Por suerte, Rita se había abstenido de publicar sobre la relación que ella ya intuía entre las muertes de Sofía de Bustillo y del agente Pineda.

Pero no logró salir de su despacho. El Chele Pedro llamó para decirle que le urgía hablar con él, había otros reportes que podían reencauzar la investigación, que lo esperara, llegaría a más tardar en media hora. ¿Otros reportes?... El muy hijo de puta ya estaba maniobrando para que el caso pasara bajo su control.

Flores y Villalta llegaron a solicitarle una hora de permiso para ir a asearse a sus casas. Les dijo que se apuraran, que el Chele Pedro ya estaba apretando para sacarlos de la jugada, que no se valía que esos mugrosos de la DICA se quisieran quedar con las medallitas del trabajo que a ellos tanto les había costado el día de ayer.

Se dio una ducha, aunque tendría que ponerse la misma ropa de anoche; y después le tocaría otro desayuno rápido del McDonald's o del Biggest.

¿Con qué mierdas iba a salir el Chele Pedro?

Y entonces sonó el teléfono: un tipo que se negó a dar su nombre había llamado para decir que hasta hacía una media hora el Chevrolet amarillo había permanecido estacionado en las Lomas del Guijarro, le comunicó la operadora, una urbanización en la que aún no terminaban de construir todas las casas, a pocos kilómetros de Jardines de la Sabana, pero ya en las afueras de la ciudad.

Handal consultó su mapa de la ciudad. Si era cierto lo que había revelado el confidente anónimo, Bustillo y sus serpientes acampaban a la intemperie, en los bordes de la mancha urbana. ¡Cómo carajos no se le había ocurrido!... Ordenó que una unidad fuera a investigar la zona donde, según la denuncia, había pernoctado el Chevrolet amarillo. Se alejó un poco del mapa, que cubría buena parte de la pared, luego de clavar tachuelas rojas en los puntos donde Bustillo había operado o había sido visto. No tenía lógica, o al menos él no la encontraba: el sospechoso parecía moverse al azar.

Fue cuando entró el Chele Pedro, solemne, con el rostro adusto: el grupo de Pineda investigaba a algunos banqueros probablemente involucrados en el lavado de dólares procedentes del narcotráfico, dijo.

Tomó asiento, se pasó la mano por la papada, sin decir más, esperando, como si esa revelación tuviera que iluminar a Handal y hacerlo comprender los intrínquilis del caso.

Pero el subcomisionado permanecía en silencio, de pie, sin darse por enterado.

—La señora Ferracuti... —musitó al final el Chele Pedro—. Una familia de banqueros...

Ahora este estúpido, de manera delirante, sin ninguna prueba, se proponía convertir el caso en un ajuste de cuentas por parte de narcotraficantes, cuando esa mujer había muerto por pura casualidad, pensó Handal. Lo que le hacía falta.

—Hace un rato vieron el Chevrolet amarillo —dijo el subcomisionado.

—¿Dónde? —preguntó el Chele Pedro.

—En las Lomas del Guijarro, por la zona donde anduvo operando anoche.

—Tenemos que agarrarlo —resolló el Chele, mientras abandonaba el despacho, como si ya estuviera a cargo de la investigación.

El subcomisionado volvió a su silla giratoria. Necesitaba desayunar algo de inmediato; el estómago comenzaba a arderle. Sonó el teléfono: un tipo quería hablar directamente con él para transmitirle una información urgente, dijo la operadora.

—Páselo.

Y entonces una voz agitada barboteó desde el otro lado de la línea:

—Las serpientes acaban de atacar la casa del doctor Abraham Ferracuti. En la calle que sube al volcán...

—¡Cómo dice!... —exclamó Handal, poniéndose de pie.

—Soy un vecino. Vi cuando el viejo auto amarillo que describen en el periódico entró a la casa del doctor. Luego hubo disparos. Y el auto salió hace un rato con dirección hacia arriba...

Tercera parte

Ocho y veinte de la mañana.

Agitada, con los rizos húmedos aún, Rita llega al periódico; viste un faldón primaveral y la playera sin mangas.

El doctor Abraham Ferracuti ha muerto.

Ella escuchó la noticia hace cinco minutos, en el autobús, cuando interrumpieron la emisión musical para difundir un boletín de última hora.

Busca a Matías, el jefe de información; pero éste aún no llega.

El Zompopo camina deprisa, con la cámara colgando en su pecho:

—Yo voy para allá ahorita mismo... —dice.

Ella le pide que la espere un segundo; saca la grabadora de su escritorio, toma su radiotransmisor y corre tras el Zompopo.

Entran a la cucarachita Volkswagen. Víctor, uno de los choferes de la redacción, está al volante.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—Subiendo al volcán, por la colonia Escandón —le indica el Zompopo.

Rita va en el asiento trasero, mordisqueándose las uñas: la muerte de Ferracuti le ha tirado por el suelo el enfoque que pensaba dar al reportaje para el suplemento dominical; tendrá que pensarlo todo de nuevo, mierda.

—Las serpientes otra vez... —comenta el chofer.

—Pero también hubo disparos, enfrentamiento —dice el Zompopo.

¿Habrán muerto otro de esos asquerosos bichos?, piensa ella. Los odia, no sabe qué haría si se le aparecieran, moriría del puro susto.

—Te quedaron excelentes las fotos de la gasolinera —alaba al Zompopo, señalando el periódico que ahora hojea. Es que anoche, cuando ella alcanzó a llegar al siniestro, los bomberos ya casi terminaban de apagar el fuego.

Un helicóptero sobrevuela las faldas del volcán.

La calle está bloqueada frente a la casa del doctor Ferracuti: radiopatrullas, la ambulancia del servicio forense, autos de lujo.

Salen del Volkswagen a toda prisa. Pasan entre policías y guardaespaldas. Un agente despistado les pide credenciales, como si no los conociera.

El Zompopo comienza a disparar su cámara, indiscriminadamente, aprovechando que los cuerpos aún están frescos; Rita toma nota de que los antinarcóticos parecen estar haciéndose cargo del caso: el Chele Pedro y su escuadrón de maniáticos se desplazan como queriendo copar la escena.

Ya están ahí los colegas de Radio Red, del Sistema YSA y del Canal 12; aún no llega la competencia de *El Gráfico*. ¿Dónde estarán Jonás y Arturo, los otros dos reporteros del *Ocho Columnas* destacados para este caso?

Se encamina hacia el subcomisionado Handal; éste conversa con el Chele Pedro.

—Ahora el jefe no les puede decir nada —la ataja el detective Flores.

La cosa está que arde.

El propio director de la Policía viene cruzando el portón. Ella trata de acercársele,

grabadora en mano, pero los guardaespaldas se lo impiden.

El director, el subcomisionado Handal y el Chele Pedro rodean el cuerpo del doctor Ferracuti, cerca de la puerta de entrada a la casa.

—Los mataron a todos —le dice el detective Villalta al oído; ella se asusta, no lo vio acercarse.

Llegan Mirna y Epaminondas, de *El Gráfico*, seguidos de más colegas.

—La señora, las dos hijas, tres empleadas domésticas, el vigilante, el conductor y el guardaespaldas —le sopla Villalta—. Diez en total, incluyendo al doctor. Una verdadera masacre.

Los jefes policíacos entran a la casa; los periodistas tienen que quedarse afuera, merodeando alrededor de los cuerpos, en la cochera, en el jardín, a la espera de que les permitan entrar.

Ella observa el cadáver del doctor Ferracuti: tipo más guapo, piensa, pero qué patética la forma en que vino a quedar tendido.

—Parece que todos murieron a causa de las picadas de las serpientes —le cuchichea el Zompopo.

—¿Y los tiros? —pregunta ella, y se gira para mirar a Villalta.

—El guardaespaldas vació el cargador de su subametralladora —explica el detective—. Creemos que sobre el Chevrolet amarillo, por los restos de cristales en el suelo. Pero no hay huellas de sangre.

Y entonces se arma otro revuelo: el propio ministro de Seguridad Pública viene llegando. No es para menos: el doctor Ferracuti era mencionado como fuerte aspirante a la candidatura presidencial por el partido de Gobierno.

Los reporteros asedian al ministro, pero el renco malencarado sigue de paso hacia el interior de la casa. Rita ni se acercó: detesta a ese engreído desde que la regañó públicamente.

Todo parece indicar que el Chevrolet amarillo irrumpió en un operativo de asalto cromométrico, le explica Villalta: en el instante en que el vigilante custodiaba la puerta que se abría electrónicamente, el auto lo arrolló y fue a embestir el Mercedes Benz para inutilizarlo; el guardaespaldas alcanzó a reaccionar, pero las serpientes fueron más rápidas.

El radiotransmisor de Rita comienza a sonar. Es el jefe de información, Matías, quien pregunta, ansioso, pormenores de la situación. Ella le dice que con la muerte de Ferracuti el caso ha tomado otro rumbo y tienen que volver a discutir qué enfoque deberá darle al reportaje; él comenta que la cosa debe de haberse puesto candente para que el ministro se viera obligado a llegar al lugar de los hechos y le ordena que no se entretenga y regrese de inmediato al periódico.

Se acerca de nuevo a Villalta.

—Lo de Jacinto Bustillo se fue por el tubo, ¿verdad?... —comenta ella, mordisqueándose las uñas.

Aquél se encoge de hombros.

El Zompopo traza en su libreta un mapa con la ubicación de los cadáveres y del Mercedes Benz, para que los tipos de infografía no se quejen de falta de elementos.

Los jefes policiales salen de la casa.

El ministro se adelanta y anuncia que el Gobierno responderá en el marco de la ley a las provocaciones vengan de donde vengan, que el doctor Ferracuti fue uno de los hombres más ilustres nacidos en la patria y que, por instrucciones del señor presidente de la República, se formará una comisión especial, encabezada por el señor director de la Policía, para investigar todo lo relacionado con los crímenes perpetrados por las serpientes y los psicópatas que las patrocinan.

—Señor ministro, ¿se puede hablar de un plan orquestado, de una conspiración detrás de los ataques de las serpientes?... —pregunta Omar, el colega de Radio Red, un muchacho demasiado interesado en quedar bien con los funcionarios para el gusto de Rita.

El ministro responde que es prematuro hacer tales aseveraciones, pero que no sería extraño que fuerzas oscuras estén manipulando con fines inconfesables a un loco controlador de serpientes. Y se encamina hacia la calle, rodeado de guardaespaldas.

Rita arremete contra el jefe de la policía:

—Señor director, ¿por qué la familia Ferracuti?, ¿están relacionados los crímenes con la eventual postulación del doctor para la candidatura presidencial?

No puede revelar nada porque entorpecería las investigaciones, responde con el ceño fruncido. Agrega que los reporteros tampoco podrán entrar a la casa, por respeto a la familia Ferracuti.

—Una de las hijas quedó desnuda... —le sopla Villalta a Rita, con una mueca libidinosa al estirar la mandíbula.

Jonás y Arturo llegan atropelladamente.

—Nos perdimos —dice Jonás, un flaco desgarrado que se alisa su bigotito a la menor provocación.

Ambos están asignados para cubrir la noticia, el menudeo, la crónica y el color; ella tendrá que escribir el reportaje de fondo.

Handal y el Chele Pedro salen tras del director.

Rita le pregunta a Villalta:

—¿Ya les quitaron el caso los antinarcóticos?...

No, para nada, ¿acaso no escuchó que habrá una comisión dirigida por el propio director? Y es posible que hasta personal de la Dirección de Inteligencia del Estado (DIE), el organismo de la Casa Presidencial, se involucre en la investigación.

Ella debe regresar de inmediato al periódico, a discutir con Matías, para ordenarse, si no, con tanta información, le será imposible estructurar el reportaje. El Zompopo dice que él se quedará con Jonás y Arturo, al acecho, a ver si logran entrar a la casa.

Roger tenía razón, piensa mientras se mete al Volkswagen, la cuestión es mucho

más compleja, de envergadura nacional. Lo discutieron anoche, luego de que ella regresó del periódico, conmocionada por los sucesos en la gasolinera y en la casa del agente Raúl Pineda.

—Qué matazón más extraña —comenta Víctor, el chofer, moviendo la perilla del radio, porque una interferencia molesta en ese sector.

Roger es su compañero, un francés enamorado del trópico con quien vive desde hace seis meses, un izquierdista que cocina y coge de maravilla, pero demasiado terco y dominante, como lo demostró anoche una vez más, cuando se acostó encabronado porque ella no le quiso aceptar que el ataque de las serpientes pudiera tener un trasfondo político, como «factor de desestabilización», dijo él. Ahora hasta eso es posible.

—Dicen que el asesinato de los antinarcóticos está relacionado con esto del doctor —asegura Víctor, es de los que se dan cuenta de todo pero nada escriben. Y agrega—: Tengo un compadre en el escuadrón. Me dijo que Pineda y su gente estaban investigando a algunos banqueros por el lavado de dólares...

—¿Investigaban a Ferracuti?... —pregunta Rita, incrédula.

—No, señorita, el doctor estaba colaborando con la investigación, y quizá su hermana también. Ya sabe: familia de banqueros. Es lo que me contó mi compadre.

Son las nueve y cinco minutos cuando ella —agitada, enredándose en su faldón primaveral y con los rizos brillantes en su sequedad— sube las escaleras del periódico.

Pasa por su escritorio; deja el radiotransmisor, la grabadora. Luego entra al lavatorio: siempre le dan ganas de orinar antes de reunirse con el jefe de información. Y que no se olvide de llamar a Roger, para decirle que será imposible almorzar juntos con semejante ajeteo.

Matías Cano la espera en su oficina. Gordo, calvo, trompudo y con gafitas redondas, el tipo le espeta:

—Habrà reunión de emergencia del gabinete de seguridad en la Casa Presidencial. Está convocada para las once. No lo vayás a comentar con nadie, ¿entendido? Supuestamente sólo a nosotros nos lo han filtrado.

El tipo fuma y toma café de manera compulsiva; su oficina apesta a tabaco. Viste una guayabera blanca y pantalón oscuro.

Rita le relata la versión que le acaba de dar el chofer: las muertes de los agentes de la DICA y de los hermanos Ferracuti están relacionadas.

—Puede ser —dice Matías—. Así como están las cosas, no podemos desechar ninguna versión.

Se pone de pie; ansioso, camina por su oficina. Luego regresa a su silla, toma un sorbo de café, mira la pantalla de su computadora, corrige un párrafo y se vuelve súbitamente hacia Rita:

—¿Ya descubriste la relación entre los Bustillo y los agentes de la DICA?

Ella dice que su fuente nada más le confirmó que Jacinto Bustillo es el tipo que

viaja dentro del Chevrolet amarillo, pero no quiso revelarles por qué atacaron a los agentes antinarcóticos.

—¿Por dónde vas a enfocar ahora el reportaje?

Quisiera esperar hasta las primeras horas de la tarde, luego de la reunión en la Casa Presidencial, para discutir los probables enfoques. Por ahora, agrega ella, se podrían manejar dos hipótesis: la primera, un demente que se venga de su mujer y de paso siembra el caos en la ciudad; y la segunda, una acción impulsada por un cártel de narcotraficantes para acabar con la investigación que amenazaba con descubrir a sus financistas locales.

—Sólo la señora de Bustillo ha sido asesinada a puñaladas —dice Matías—. Eso es importante: el único crimen. Las serpientes no pueden ser procesadas judicialmente.

Rita siente de nuevo unas intensas ganas de orinar.

—Tenés que estar a las dos aquí —le dice el jefe— para una última reunión de ordenamiento del material. Ese reportaje debe estar finalizado a más tardar a las siete. ¿Entendido?

Siempre pasa lo mismo: temprano en la mañana el aliento de Matías ni se percibe, pero tarde en la noche, a la hora del cierre, su boca parece una cloaca.

Ella se dispone a salir, cuando él le indica:

—Y no se te olvide manejar una tercera hipótesis: la desestabilización contra el Gobierno. Ferracuti era la pieza de consenso entre los sectores moderados del partido oficial...

Mierda: la misma terca idea de Roger.

Por lo pronto ya pusieron a pelear al subcomisionado Handal y al Chele Pedro, piensa mientras corre hacia el lavatorio. Le costará conseguir fuentes que quieran hablar sobre Ferracuti; la gente encumbrada huye de los reporteros en situaciones de este tipo.

Regresa a su escritorio. Revisa su agenda. Ayer le fue imposible lograr una entrevista con la hija de la señora de Bustillo: un perfil de su padre sería un golpe periodístico, aunque el caso adquiriera matices políticos. También tiene que localizar a algún familiar del agente Raúl Pineda, por algo los mataron en su casa.

Toma el teléfono. Pide hablar con el detective Villalta.

—De parte de su hermana Mima —dice.

El tipo se pone al teléfono.

—Un favorazo —pide ella—. Necesito a algún familiar del agente Pineda.

Que llame a la DICA, le sugiere él.

Pero esos tipos son unos matones arrogantes; por eso prefiere consultar a la gente del subcomisionado Handal, que no sea malito y le proporcione alguna pista.

Y entonces Villalta le dice que le revelará algo que hasta anoche aún era un tesoro, pero que a esas alturas, así como se están desarrollando los acontecimientos, seguramente dejará de tener tanta importancia: la mujer de Pineda, asesinada hace

unos años, fue amante de Jacinto Bustillo, le dice.

Y cuelga.

Rita se queda alelada, con la bocina pegada a la oreja. Luego corre hacia la oficina de Matías.

—Pero la muerte de los Ferracuti queda sin encajar —masculla el jefe, electrizado por la revelación.

—Tiene que haber una lógica, una ligazón... —dice ella.

Y piensa: que no es el narcotráfico ni la eventual candidatura del doctor, aunque no lo dice, porque su jefe está demasiado obsesionado con la política, al igual que Roger, mientras que ella busca siempre la perspectiva humana.

Entonces irrumpen el Zompopo, Jonás y Arturo.

—Logré entrar —dice el Zompopo, radiante.

—Macabro... —musita Jonás.

—¿Y las fotos?

Sólo la de la muchacha desnuda no le dejaron tomar, explica el Zompopo; y se jacta de que Epaminondas, de *El Gráfico*, ni siquiera se dio cuenta cuando él se infiltraba por la puerta de la cocina. Matías les indica que el Zompopo y Jonás deben ir inmediatamente en busca del Conejo Arango, presidente del partido de Gobierno, y de los dirigentes de la oposición, a fin de tener reacciones en torno a la muerte de Ferracuti; y Arturo que se aposte en el Palacio Negro y reporte cualquier movimiento extraño.

Jonás mira al Zompopo, alisándose el bigotito, como si para nada lo convenciera su nueva asignación, pero Matías les urge a que caminen, rápido, qué esperan.

—Lanzate ahora mismo a la Casa Presidencial —le dice a ella, con el cigarrillo prendido a la comisura, cuando los otros ya han salido de la oficina—, parece que adelantaron la reunión. Permanecé atenta por si las serpientes vuelven a atacar.

Rita llega a su escritorio, se pone la chaqueta azul marino que siempre deja en el respaldo de su silla y se apresura hacia el estacionamiento. Algo sacará, aunque sólo sea la constatación de si tiene lugar la junta de emergencia del gabinete de seguridad y quiénes participan en ella.

Víctor la espera en el Volkswagen.

La mañana comienza a calentar. Ella cree percibir una especie de tensión en el ambiente, rostros temerosos en las esquinas y en las paradas de buses, como si la gente esperara a que en cualquier momento apareciera un viejo carro amarillo cargado de serpientes.

—Los meros jefes van a estar reunidos, ¿verdad?... —comenta Víctor, como si ya fuera de dominio público lo que pasará en la Casa Presidencial.

—¿Quién le dijo? —inquire Rita.

—Todo se sabe, señorita. Yo tengo un compadre que trabaja ahí. Dice que no sería raro que decretaran el estado de sitio. El propio presidente está preocupadísimo...

Llegan al portón de entrada. El guardia presidencial pregunta con quién tiene cita la señorita.

Ella explica que viene a hacer unas consultas a la oficina de prensa, con la asistente del secretario de Comunicación Social, la licenciada Cuevas, y le muestra su credencial.

Y entonces, cuando el guardia ya ha abierto el portón de tela metálica, y Víctor hace avanzar despacio el Volkswagen, ella percibe por el rabillo del ojo un destello amarillo que llama su atención, y se vuelve para distinguir nítidamente un viejo auto tipo americano que en ese preciso instante pasa de largo frente al portón de la Casa Presidencial.

Pega tal alarido, con tanta histeria, que Víctor por poco pierde el control del Volkswagen.

—¿Qué pasa, señorita?... —alcanza a preguntar.

Pero el rostro de ella se ha desencajado.

—¡Las serpientes!... —exclama—. ¡Vienen para acá!...

Y sale a los brincos del auto.

—¡El Chevrolet con las serpientes está allá afuera!... —grita, cada vez más histérica mientras corre hacia el interior de la casona.

Una pareja de vigilantes logra detenerla.

Otros empleados se acercan alarmados; la mayoría sabe que ella es la reportera del *Ocho Columnas*.

Le dicen que se calme, pero Rita sin dejar de temblar señala hacia el portón:

—¡El carro de las serpientes acaba de pasar ahí enfrente!... ¡Yo lo vi, cuando veníamos entrando!... ¡Se fue de largo, pero seguro que ahora vuelve para atacar aquí!...

Víctor ya ha llegado, y la licenciada Cuevas, y el coronel Martínez, jefe de seguridad.

—Yo no pude ver nada... —dice Víctor.

El coronel Martínez le pregunta, de pronto visiblemente alarmado:

—¿Está segura de lo que dice?...

—¡Yo estoy cubriendo el caso para el periódico!... —dice con vehemencia—. ¡Era un carro viejo amarillo tipo americano!... ¡¿Qué más quiere?!... ¡Haga algo!... ¡En un momento esas serpientes estarán aquí!...

Un brusco silencio se hace entre los empleados; el pavor empieza a marcar sus rostros.

El coronel Martínez toma su radiotransmisor y grita:

—¡Un veintisiete cinco!... ¡Alerta máxima!... ¡Cierren puertas y ventanas!...

Y de pronto cunde el pánico. Todos hablan al mismo tiempo, exclaman que ojalá esas culebras no logren entrar, lo peor que pudiera pasar es que le sucediera algo al señor presidente, le piden a Dios que los proteja, hasta que el coronel Martínez les ordena que mantengan la calma, regresen a sus sitios de trabajo y no se comuniquen

con el exterior mientras se monta el dispositivo de defensa.

La licenciada Cuevas toma a Rita por el brazo y la conduce a su despacho.

—Nunca me lo hubiera imaginado —murmura la funcionaria elegante y de suaves modales.

Rita continúa temblando.

La licenciada le ofrece un vaso de agua, que se calme, aquí no puede pasarle nada, la seguridad es extrema, esos reptiles morirán achicharrados en el momento en que se atrevan a acercarse.

Que necesita comunicarse con el periódico, con su jefe, balbucea Rita, recobrando un poco la calma, y enseguida intenta accionar su radiotransmisor. Pero las frecuencias han sido bloqueadas, por la alerta máxima, que recuerde que está en la Casa Presidencial, el lugar más seguro de la República, le dice la licenciada, y mejor que no intente utilizar el teléfono hasta que haya pasado la emergencia.

El coronel Martínez llega en busca de Rita.

—Acompañeme —le ordena.

Suben las escaleras hasta el despacho presidencial.

Y ahí están, sentados, alrededor de la mesa rectangular, ansiosos, con los rostros demudados, como si el país estuviera sufriendo su peor catástrofe: el señor presidente, los ministros de Defensa y de Seguridad Pública, el director de la policía y el jefe de inteligencia.

—Ella es la testigo, señor presidente —dice el coronel Martínez.

Al hombre gordo le tiembla la papada; se ha desanudado la corbata, arremangado la camisa y con voz de asmático pregunta:

—¿Usted lo vio?

—Sí, señor presidente —musita ella—. Pensé que se iba a meter detrás de nosotros, aprovechando que habían abierto el portón, como hizo en la casa del doctor Ferracuti, pero gracias a Dios se fue de paso.

La referencia a Ferracuti los impresiona.

El general Morado, ministro de Defensa, dice que ya está en camino el helicóptero para que desalojen el lugar.

Pero la Casa Presidencial, una vieja casona tipo colonial, tiene su helipuerto en el patio, por lo que ellos correrán el peligro de ser atacados por las serpientes en el momento en que se apresten a subir a la nave, advierte el coronel Martínez.

Que pongan un anillo de seguridad, sugiere el renco mal encarado a quien Rita tanto detesta.

—¿Usted cree, señor ministro, que esos reptiles pueden ser detenidos a tiros?... —pregunta el coronel Martínez.

Lo dijo sin sarcasmo, queriendo mantener la lucidez en aquel atolondramiento.

El general Morado ordena que traigan inmediatamente un comando de lanzallamas: es la única manera de garantizar que las serpientes sean neutralizadas.

El coronel Martínez sale en carrera, gritando por el radiotransmisor las

indicaciones para preparar el desalojo.

De pronto, sola entre esos hombres que deciden el destino del país, Rita comprende que está en el centro mismo de la noticia, protagonista privilegiada de la peor crisis que se ha vivido en los últimos años, testigo única, poseedora de una vivencia que la pondrá por encima de todos sus colegas, siempre y cuando no sea asesinada por las serpientes.

El director de la policía informa que sus unidades están rastreando la zona y hasta el momento no han encontrado el Chevrolet amarillo.

El zumbido del helicóptero se acerca rápidamente.

Quizá las culebras están en el jardín junto al helipuerto, al acecho, y ellos saldrán únicamente a ser víctimas de sus colmillos, balbucea el jefe de inteligencia, un publicista cachetón que, según Matías, ganó su cargo gracias a regentar los prostíbulos propiedad de altos jefes militares.

El coronel Martínez irrumpe diciendo que se ha producido un ataque de histeria colectiva entre los empleados; pide instrucciones.

Ya todos están de pie, pegados al ventanal, atentos al helicóptero que ahora aterriza.

El general Morado le dice a Martínez que concentre a los empleados en el sótano de seguridad, hasta que llegue el comando de lanzallamas para rastrear los jardines.

—¿Quiere decir, señor presidente, que sí se trata de una conspiración para desestabilizar a su Gobierno?... —pregunta Rita antes de que la lleven junto con los empleados.

—Señorita —masculla el mandatario, arreglándose las mangas de la camisa—, no estamos para hacer declaraciones a la prensa.

Y hace señas para que saquen a esa intrusa.

Pero cuando el coronel Martínez la lleva del brazo rumbo a las escaleras, se escucha una ráfaga, ahí mismo, a la entrada de la casona.

Docenas de empleados suben en estampida. Varios guardias vienen tras ellos, avanzando de espaldas, con sus armas apuntando hacia las gradas.

—¡Las culebras!... —grita una vieja secretaria antes de caer víctima de un ataque de nervios frente a la puerta del despacho presidencial.

—¿Qué pasa?!... —pregunta el coronel Martínez.

—¡La tropa está nerviosa, mi coronel!... —grita un oficial desde la primera planta—. Un guardia de la entrada creyó ver una serpiente y apretó el gatillo.

El coronel ha soltado a Rita y ahora baja las escaleras con su pistola desenfundada.

La licenciada Cuevas le pregunta a la reportera si el presidente aún está en su despacho con los ministros. Ésta responde que sí, que esperan un comando de lanzallamas para que proteja su retirada.

—Ojalá no hayan entrado —reza Víctor, el chofer, quien subió confundido entre los empleados.

—¡Bajen todos al sótano! —ordena el coronel desde el pie de las escaleras—. ¡Ahí estarán seguros mientras se revisan los jardines y se desaloja al señor presidente!

...

Los empleados se miran, temerosos, indecisos.

—¡No ha penetrado ninguna serpiente!... ¡Fue una falsa alarma!... —trata de calmarlos el coronel.

Entonces la puerta del despacho se abre: sale el director de la policía y baja apresuradamente las escaleras. Rita corre detrás de él, como si de pronto se hubiera olvidado de los bichos.

—¿A quién se puede acusar de este ataque, señor director?

Pero atrás les sigue la comitiva que rodea al señor presidente.

Ella se hace a un lado.

Comandos de fuerzas especiales han formado dos vallas en el patio entre las que pasa a toda prisa la comitiva.

El helicóptero ha permanecido con el motor encendido.

Una vez que el gabinete de seguridad está a bordo, la nave alza vuelo.

El coronel Martínez ha salido al patio y ordena a los comandos que empiecen a rastrear el jardín.

Rita se apoya en el cancel de la entrada: seguramente los reptiles están agazapados en algún vericuerdo, cerca de ahí, pero ¿desecharán su plan de ataque ahora que el presidente ha abandonado la casa y los comandos de asalto, armados de lanzallamas, encabezan el rastrillaje?

Los empleados han bajado cautelosamente a la primera planta. Pocos vuelven a sus lugares de trabajo; la mayoría se agrupa tras los ventanales y en la entrada, curioseando, cuchicheando, atentos a la menor señal para salir en carrera hacia el sótano.

Rita intenta activar de nuevo su radiocomunicador, pero la interferencia persiste.

Víctor le pregunta qué harán ahora.

—Esperaremos un rato —dice ella, y se mordisquea las uñas.

La licenciada Cuevas se para a su lado.

—¿Decretarán el estado de sitio? —pregunta Rita.

No sabe nada, la situación es insólita, hay un montón de versiones, el presidente está muy nervioso, la crisis amenaza con paralizar el país.

Los comandos especiales han incursionado hasta las partes más alejadas de los jardines, sin encontrar rastros de serpientes. Cierta tranquilidad empieza a percibirse dentro de la casona.

—Debo retornar al periódico —dice ella, pero aún no se siente con valor como para cruzar el patio hacia el estacionamiento, pese a que la zona está infestada de hombres uniformados y con poderosas armas.

Y se pregunta por qué el Chevrolet no aprovechó la oportunidad para incursionar detrás de ella a la Casa Presidencial, qué lo detuvo, quizás haya sido sólo una acción

de reconocimiento. Ahora está en el despacho de la licenciada Cuevas, bebiendo Coca-Cola, pensando en que ya no escribirá un reportaje sino una crónica vivencial, en primera persona, un testimonio que hará babear de envidia a sus colegas, un texto que revelará en toda su dimensión los efectos causados por los ataques de las serpientes en la vida política nacional. La licenciada Cuevas le dice que sea prudente, moderada, que no vaya a poner en predicamento al señor presidente, quien ya tiene suficientes problemas haciendo frente a tantas crisis y no merece sufrir un mayor deterioro de su imagen. Matías opinará lo contrario: le exigirá que su artículo refleje precisamente el nerviosismo y descontrol que cunde en la dirigencia política del país, a tal grado que ya ni en la Casa Presidencial el mandatario se siente seguro.

Acciona el radiotransmisor: la interferencia ha cesado. Le relata a Matías su visión del Chevrolet amarillo, el caos en la casona, la suspensión de la junta del gabinete de seguridad, la huida en helicóptero del presidente y sus ministros.

—¿Sabés adónde fueron? —pregunta Matías.

Ni idea. Quizás al Palacio Negro o al Ministerio de Defensa, especula ella.

Que trate de averiguar el paradero del presidente y regrese al periódico, le ordena Matías.

Sale del despacho de la licenciada Cuevas en busca del coronel Martínez, quien se encuentra en el patio, en conciliábulo con dos tenientes, jefes de los comandos especiales. El coronel niega saber el destino del helicóptero.

Rita llama a Víctor: que acerque el Volkswagen, ya terminó el rastreo y tienen autorización para salir. Cruzan el portón de la Casa Presidencial a las once y diez minutos; grupos de periodistas están en las afueras, al acecho, evidencia de que el rumor sobre un eventual ataque de las serpientes a la casona ya se filtró a todas las redacciones. Ella les dice adiós, sin detenerse. Hace un calor pesado, pegajoso, como si en la tarde fuese a caer una tormenta. Viajan en silencio, agotados por el inusitado trajín mañanero, en el relajamiento que sigue a la tensión extrema.

—Lástima que no vino ningún fotógrafo —musita ella, cuando entran al periódico.

Los colegas la interrogan a su paso, sedientos de anécdotas y pormenores, pero ella antes de contar debe reportarse ante Matías. Acomoda la chaqueta en el respaldo de su silla. Hace una rápida escala en el lavatorio y entra a la oficina del jefe.

La buena nueva, enviada por Arturo desde el Palacio Negro, es que detuvieron un viejo auto amarillo tipo americano, el que justamente pasó frente a la Casa Presidencial, pero era marca Ford, no Chevrolet, y su conductor se identificó como un respetable ingeniero, temeroso él también de las serpientes y demás reptiles.

Rita se deja caer en la silla.

—¡No puede ser!... —exclama.

El aliento de Matías ha empeorado considerablemente, como si en la última hora hubiese bebido café y fumado cigarrillos a lo bestia.

—Por lo menos te creaste vos misma la noticia —dice él—. No cualquier

reportero es capaz de eso.

Ella lanza una risita nerviosa; se mordisquea las uñas: ¿cómo la verán ahora los colegas?, ¿qué dirán en la Casa Presidencial cuando lo sepan?

Matías le dice que ella tiene un doble trabajo: deberá escribir lo más pronto posible una crónica sobre el alboroto en la Casa Presidencial, haciendo énfasis en la huida del presidente, y después tendrá que elaborar el reportaje de fondo.

Rita regresa a su escritorio, telefonea a Roger para relatarle su aventura y decirle que será imposible comer juntos, enciende su computadora y empieza a escribir, así, en directo, sin ningún plan ni esquema, porque ya se conoce, y si se pone a pensar puede paralizarse.

Pero le resulta imposible redactar el artículo en primera persona, confesar su terror ante el auto equivocado, relatar el desbarajuste que su confusión causó en la casona. Las dos cuartillas contienen apenas un recuento de los hechos relativos a la evacuación del presidente.

Imprime el texto, lo relee y se encamina a la oficina de Matías.

—Esto no sirve —le dice el calvo, y tira el papel sobre el escritorio; enciende otro cigarrillo con la colilla del anterior—. Te pedí una crónica, algo vivencial, con color, con fuerza, no una nota informativa.

Rita está de pie frente al escritorio; siente unas infinitas ganas de orinar.

—Pero no puedo escribir que yo causé ese alboroto al creer que el auto era el de las serpientes... —balbucea.

—¿Por qué no?... ¡Eso es lo que tenés que hacer!... —exclama Matías—. ¡Decir que ibas entrando, a cubrir la reunión de emergencia del gabinete de seguridad, cuando viste un viejo auto amarillo, que se lo comentaste al jefe de seguridad y entonces se armó la tremolina!... ¡Esto es una tontería, un desperdicio —dice señalando el papel—, no hacía falta que estuvieras ahí para escribirlo!...

Ella no responde; sale, colorada, con los dientes apretados: qué se cree ese estúpido boca apestosa para gritarle de esa manera. La quiere poner en ridículo, quemarla, ganar una exclusiva para el periódico a costa del prestigio de ella.

Se sienta de nuevo frente a la computadora. Tiene hambre, ganas de meterse algo al estómago. Le pedirá a uno de los mensajeros que vaya a comprarle una ensalada a la pizzería de la esquina. Quisiera empezar a escribir —enfebrecida, casi rabiosamente— otra historia, no la que le exige Matías, ni la que podría imaginar Roger, sino la de ella, la íntima, la que le gustaría contarse para comprender el porqué en veinticuatro horas la vida puede adquirir de súbito un sentido totalmente nuevo, y lo que antes se consideraba firme y sólido enseguida muestra una tremenda vulnerabilidad.

Pero el timbrado del teléfono la regresa del ensueño.

Levanta el auricular.

Una voz gangosa y profunda, como de viejo borracho, masculla:

—Usted no me conoce, pero ha escrito sobre mí y le gustaría conocerme. Mi

nombre es Jacinto Bustillo, el conductor del Chevrolet amarillo, el amigo de las serpientes, el tipo a quien usted creyó ver hace un par de horas frente a la Casa Presidencial. No vaya a hablar, no me pregunte nada, no me interrumpa, porque si lo hace colgaré de inmediato. Le diré lo que tengo que decir, nada más. Todo lo que se ha escrito y hablado sobre mí no logra captar la esencia, la verdad profunda de lo que está sucediendo...

El tipo hace una pausa, aspira. Está fumando, piensa Rita. Enciende su grabadora y conecta el micrófono al auricular.

—Su artículo de hoy en la mañana, por ejemplo, o el editorial del periódico, dan palos de ciego. Yo no soy un loco, ni un delincuente, sino alguien que tras un intenso esfuerzo, en un acto de voluntad suprema, se convirtió en lo que soy, en Jacinto Bustillo, el hombre de las serpientes...

Otra pausa. Sin soltar el auricular, Rita les hace señas a Jonás y al Zompopo, quienes en ese instante vienen entrando a la redacción. Tapa la bocina y les susurra que Jacinto Bustillo está en la línea, que por favor le digan a Matías que venga, rápidamente, antes de que el tipo corte la comunicación.

—Seguramente fui yo a quien usted vio pasar frente a la Casa Presidencial —continúa la voz—. No es importante. He recorrido muchos lugares de la ciudad. Si no penetré a la cueva de los políticos es porque no tenía que penetrar...

Matías llega a la carrera, arrebatado. Que le pida a Bustillo una entrevista, en el sitio y en las condiciones que él disponga, le dice. Ella mantiene tapada con su mano la bocina: le explica que no puede interrumpirlo, porque si lo hace el tipo cortará la comunicación. Matías ordena silencio a todos los redactores, presiona la tecla que dice *loudness* en el aparato telefónico y entonces —en medio de aquel tenso clima de expectación— se escucha nítidamente la voz pastosa:

—No hay plan, no hay conspiración, como acaban de decir en la radio. Sólo el azar y la lógica que me permite profundizar mi mutación. Pero ustedes no entenderían... —Otra pausa, con aspiración de cigarrillo—. La llamaré más tarde...

Y cuelga.

Permanecen boquiabiertos un par de segundos; luego empiezan a hablar al mismo tiempo, excitados, vociferando: los menos se preguntan si no habrá sido un provocador; otros comentan el tono de la voz; los recién llegados increpan a Rita por haber sido tan poco agresiva.

Matías le ordena a ella que transcriba ahora mismo la grabación y le lleve una copia en cuanto esté lista.

—¡Ya la hicimos!... —celebra el calvo—. Con tu crónica sobre la Casa Presidencial y este texto, nos los comeremos a todos.

—¿Y si vuelve a llamar? —pregunta Rita.

—No le des oportunidad. Comenzale a hablar. Transmitile confianza. Decile que sí lo comprendés...

Pero a ella no le hace ninguna gracia ponerse a transcribir la grabación; tiene que

escribir su crónica y después el reportaje de fondo, ¿le parece poco?

Matías dice entonces que bueno, que Jonás haga la transcripción mientras ella se concentra en un texto que ahora ha adquirido otra dimensión, porque el propio Jacinto Bustillo ha confesado que él y sus serpientes pasaron en el Chevrolet amarillo frente a la Casa Presidencial y causaron el alboroto que obligó a la evacuación del señor presidente y sus ministros.

Y por eso Rita está tan encantada de cara a su monitor: su ingreso alebrestado a los recintos del poder no fue producto de la pura histeria de una chica aterrorizada ante la posibilidad de ser atacada por un hatajo de serpientes, sino la reacción certera que permitió salvar al señor presidente de la República —junto a su gabinete de seguridad— de un eventual asalto por parte de los reptiles de Jacinto Bustillo.

Ahora sí puede escribir con libertad, explayarse, relatar con pelos y señales el pánico de los poderosos, desfogarse en primera persona, sin eludir su propia cobardía, hasta su descontrol inicial.

Pero minutos después timbra de nuevo su teléfono.

La redacción se paraliza: todos los ojos, expectantes, vuelven hacia ella.

Lo deja timbrar otro par de veces.

Se mordisquea las uñas.

Aparece Matías, mascando con nerviosismo el filtro de su cigarrillo:

—¡Dale!... ¡Que no se te escape!...

Levanta el auricular, con tal amontonamiento de preguntas en su cerebro, en espera de la voz pastosa, pero la misma encargada del conmutador le adelanta que no es el hombre de las serpientes.

—Villalta... —dice Rita, con alivio.

La rechifla es unánime.

Matías retorna a su oficina.

—Ya sabemos que la llamó Bustillo... —dice el detective.

No dijo nada que haya valido la pena, asegura ella.

Ellos necesitan la cinta de inmediato, ayudará montones en la investigación, es la primera vez que el sospechoso establece contacto, el equipo de apoyo psicológico podrá elaborar un perfil del delincuente.

Ella no tiene la cinta, está ocupadísima trabajando en una crónica sobre lo de la Casa Presidencial, que hable con Matías, el único que puede entregarles ese material, le pasará la llamada en este mismo instante, para que Villalta le repita sus argumentos.

Y entonces el detective pasa el auricular a su jefe, el subcomisionado Handal, porque ahora se trata de una petición oficial, casi de una orden al jefe de información de uno de los principales diarios del país, una solicitud que estaría fuera de lugar en boca de Villalta.

Es un asunto de seguridad del Estado, dice Handal como para que al otro no le quepa la menor duda, en el que está el interés hasta del propio presidente de la

República, de ahí que no deba haber ninguna dilación en la entrega de la grabación de Bustillo.

Pero Matías Cano sabe ponerse sus moños: por supuesto, señor subcomisionado, nada más me trae una solicitud por escrito y una carta en la que el director de la policía se compromete de manera explícita a hacer un uso exclusivamente interno de la cinta y no entregarla por ningún motivo a otro medio de comunicación.

Handal estará en su silla giratoria, con los pies sobre el escritorio, detestando la insolencia de ese gacetillero poco afecto al Gobierno, y en especial a la policía; mientras que Matías Cano no podrá contener el rictus de satisfacción, las ganas de expeler el humo de su cigarrillo en anillos ascendentes.

—Necesitamos estar en estrecho contacto —masculla Handal—, para poder rastrear la llamada en caso de que el tipo vuelva a comunicarse.

—Volverá a llamar, señor subcomisionado, no lo dude. Él mismo lo prometió...

Handal dice que entonces enviará a un agente para que informe de inmediato al cuartel central a través de cuál de las líneas está hablando Bustillo.

—Pero en las mismas condiciones: bajo el compromiso de su director de que nada se filtre a los otros medios... —le advierte Matías—. Si quieren montar el operativo de captura desde acá, la exclusiva es nuestra...

Y quince minutos más tarde, cuando Rita sigue trabajando afanosamente en su crónica, en ese texto personalísimo con el cual —según Jonás y el Zompopo— podrá aspirar al premio «la mejor reportera del año», el propio detective Villalta entra a la redacción visiblemente excitado, con la tensión en su mandíbula saliente y como si el radiotransmisor le quemara las manos, porque intuye que en pocos instantes entrará a la recta final de la cacería, viejo sabueso que tensiona sus músculos al olfatear la cercanía de la presa.

Y por eso quiere de una vez explicarle a Rita las tácticas que deberá seguir cuando reciba la llamada telefónica, de tal manera que ellos tengan suficiente tiempo para rastrear a Bustillo con precisión y poder montar de inmediato el operativo de cerco y captura.

Pero Rita está demasiado entusiasmada con su texto, clavada frente al monitor, tecleando a toda máquina, y le dice que no moleste, que no la interrumpa, que no venga a quitarle la inspiración, que espere a que ella termine.

—Pero usted tiene que estar preparada —protesta Villalta—. Qué tal si el teléfono suena en este instante...

Ella no se impresiona con semejante argumento. Le dice que guarde silencio o salga de la redacción inmediatamente, y se le llamará cuando Bustillo esté en el teléfono. ¿Acaso él cree que ella es una pendeja que no puede manejar la situación?

...

Lo único que él quiere es cumplir las instrucciones que le ha dado el subcomisionado Handal como parte del dispositivo que ya se ha montado en toda la capital: en su capacidad para entretener al sospechoso descansa la posibilidad de

éxito de la operación. Ahora mismo Handal y Flores permanecen en el cuartel central, en alerta máxima, en comunicación permanente con todas las unidades destacadas en puntos claves, sobre todo en la periferia de la ciudad, cerca de los teléfonos públicos, porque el subcomisionado tiene la corazonada de que el Chevrolet amarillo está incluso a la intemperie, aunque los helicópteros hayan buscado ininterrumpidamente sin ningún resultado.

Pero los minutos, las horas y la tarde pasan sin que la llamada de Bustillo llegue.

Rita terminó su crónica, entró a la oficina de Matías, blandiendo sus tres cuartillas, victoriosa, pues en esta ocasión el calvo tendrá que felicitarla. Luego comió su ensalada, platicando con Villalta, a quien la larga espera ha venido produciendo un tremendo desasosiego. Ahora ella trabaja en el reportaje de fondo, utilizando algunos fragmentos de lo que Bustillo le dijo por teléfono (aunque el texto íntegro será reproducido en un recuadro) para cuestionar las hipótesis en torno a una conspiración desestabilizadora y a una venganza de narcotraficantes.

Ha habido varias llamadas para ella: colegas reportando; un par de amigas en busca de chismes sobre las «víboras»; y una de Roger, a quien le contó —ante el manifiesto disgusto de Villalta— que de ella dependería en buena medida la captura del loco de las serpientes.

Y, tal como lo sospechó el subcomisionado Handal desde media tarde —cuando ya la espera también había crispado sus nervios—, Jacinto Bustillo aguardaría hasta que hubiera oscurecido para comunicarse nuevamente con la reportera del *Ocho Columnas*.

La llamada llega a las siete y tres minutos, cuando Rita apenas lleva la mitad su reportaje.

El rumor viene desde el mismo conmutador, como una ola creciente, amenazante.

Y cuando timbra el teléfono de ella, el periódico entero parece cimbrarse. Villalta enlaza de inmediato con el Palacio Negro. Un silencio pesado, enrarecido, cae sobre la redacción.

Muchos reporteros, que ya terminaron su trabajo, se han quedado únicamente por este momento.

Al quinto timbrado, ella levanta el auricular.

Matías y Villalta la observan, tensos, como si temieran que el tipo fuera a colgar a las primeras de cambio.

—Aló —dice ella, intentando controlar las ganas de orinar y de mordisquearse las uñas.

—Soy yo otra vez... —dice la voz pastosa, tranquila.

Su terminal telefónica ya está programada para grabar y para que todo el personal en la sala de redacción pueda escuchar al tipo.

—Don Jacinto, quisiera que esta vez me oriente, no quiero escribir cosas erróneas. Permítame, por favor, hacerle algunas preguntas —ella habla deprisa, con vehemencia, sin dejar resquicio—. ¿Qué lo motiva a usted en realidad?, ¿a qué se

refiere cuando menciona que busca profundizar su mutación?, ¿qué quiere decir al afirmar que tras un acto de voluntad extrema usted se convirtió en lo que es?, ¿no siente ninguna culpa o remordimiento por las cosas que han sucedido y la gente que ha muerto?...

El tipo guarda silencio, como si hubiese sido aturdido por la andanada de preguntas de Rita.

—Me interesa saber también, don Jacinto —agrega ella, con la vista fija en el papel que garrapateó mientras comía la ensalada y Villalta le recomendaba cómo mantener al sujeto en la línea—, sobre su relación con las serpientes: ¿dónde y cómo las conoció?, ¿cuántas son?, ¿de qué tipo?, ¿ellas siempre le hacen caso o actúan por su cuenta?, ¿por qué su mujer no fue picada por ellas?...

—Le pedí que no me hiciera preguntas —murmura de pronto Bustillo, sin énfasis, como si estuviese pensando en otra cosa—. La llamé a usted porque me sorprendió que su periódico diera tanto espacio al quehacer de las muchachas. Es la primera vez que hablan de mí, sin conocerme. Pero algo me dice que usted no es sincera conmigo...

Y corta la comunicación, de tajo.

La redacción vuelve al desparpajo.

Villalta pregunta a través del radiotransmisor si lograron detectar el sitio desde el cual se hizo la llamada. El Zompopo, Jonás y Rita lo acompañarán en el radiopatrulla a cubrir la captura; es el acuerdo a que llegaron el subcomisionado y el jefe de información.

El propio Handal le ordena que se ponga en camino, hacia el sur poniente de la ciudad. Todas las unidades van hacia allá, cerca de la colonia San Mateo, en la zona donde está la residencia de los Bustillo. Una cuadrilla de helicópteros y el comando de lanzallamas de las fuerzas especiales del ejército se dirigen también al teatro de operaciones.

Rita ni siquiera alcanza a apagar su computadora; por poco derrapa al bajar las escaleras a los brincos. Logra entrar al Nissan en el momento en que Villalta arranca a toda marcha. Sabe que ahora poseerá el reportaje completo, integral, pero la última frase de Jacinto Bustillo («algo me dice que usted no es sincera conmigo») continúa sonando en su cabeza.

Cuarta parte

Dormí profundamente, hasta el mediodía, cuando el calor, el hambre y la sed me despertaron. Estaba adolorido por la golpiza de la noche anterior, cansado de tanto ajeteo, con resaca porque mi organismo recién se acostumbraba a mi nueva condición. Las muchachas no estaban dentro del auto, quizá se habían aprovechado del parabrisas roto para salir a tenderse al sol, ellas también cansadas, sin temor a ser descubiertas, en medio de ese cementerio de autos. Me sorprendió que ningún empleado de ese sitio hubiera llegado a hacer preguntas al Chevrolet amarillo; era una suerte que no hubieran reparado en nuestra presencia y que el vigilante de la entrada quizás haya sido un analfabeto desligado del mundo de las noticias. Y por ser un sábado a mediodía, el lugar estaba desierto, sólo para nosotros, como lo merecíamos.

Salí del auto a desperezarme. El sol pegaba inclemente en aquel descampado. Bebí un poco de agua y encontré una de las botellas de ron que había sacado de la casa de Raúl Pineda. A un lado del Chevrolet dispuse restos de tapicería para prender un pequeño fuego, vertí agua en una de las latas vacías que coleccionaba don Jacinto, eché los trozos de la carne de Valentina y me dispuse a preparar una sopa que me revigorizara. Mientras esperaba a que el agua hirviera, tomé la botella de ron, le pegué un largo trago y empecé a recorrer la huesera, renqueando, curioso, para ubicar los posibles sitios de escape. De pronto las encontré: ahí estaban, las tres, como esas jovencitas compañeras de aula que se tienden juntas sobre la arena, a disfrutar del sol y de las miradas de los curiosos. No me percibieron; me fui de paso. Inspeccioné la barda que rodeaba a la huesera: la parte que daba a la calle era de ladrillo gris, pero en los sectores colindantes con los terrenos baldíos situados a ambos lados era una malla de alambre con muchas roturas, así como en la parte trasera que terminaba abruptamente en una barranca con un riachuelo en el fondo. El lote tendría como una manzana de extensión, con decenas de autos apilados desordenadamente. De regreso hacia el Chevrolet encontré un grifo; lo abrí y salió un chorro delgado pero permanente. La sopa aún no hervía. Fui de nuevo hacia donde las muchachas. Me senté en el suelo, bajo una pila de tres esqueletos de autos que tiraba una delgada franja de sombra. Bebí otro trago de ron.

—Es mi último cigarrillo —comenté.

Hice una bola con la cajetilla y la tiré lo más lejos que pude.

Estaban en otra dimensión, inalcanzables, en el descanso absoluto, donde yo no podría interrumpirlas, quién sabe en qué estado de gozo, hasta parecían inofensivas en su placidez. Qué distintas eran, carajo, cada una con su carácter, con su estilo, con su aspecto; y las tres tan solidarias, tan decididas en su afecto, en su cariño. Extrañé a Valentina, la más guapa y sensual, y al mismo tiempo calurosa. Comencé a padecer nostalgia, la tristeza de quien recuerda a un ser querido.

—Estoy haciendo una sopa con los restos de Valentina... —mascullé.

Pero tampoco me hicieron caso.

Bebí otro trago de ron y retorné al auto, a sacar la piel de Valentina para que el sol

la secura. La sopa ya estaba hirviendo, pero dilataría hasta que la carne estuviera lista, suave, exquisita, tal como correspondía a una muchacha de esa catadura, y como no contaba con ningún condimento, busqué las bolsas de marihuana que había tomado de la mesa de Raúl Pineda y vertí su contenido en la sopa.

Gracias al movimiento de tanto cachivache, en un rincón de la cabina, detrás de las latas vacías, descubrí un pequeño radio. Funcionó, perfectamente, como si tuviese pilas nuevas. Sintonicé un noticiero en el que se referían a la emergencia decretada en la Casa Presidencial por un inminente ataque de las serpientes que al final resultó una falsa alarma, causada por un viejo Ford amarillo cuyo conductor nada tenía que ver con el promotor del pánico que asolaba a la ciudad; el locutor afirmó que la periodista Rita Mena, del periódico *Ocho Columnas*, se encontraba en esos momentos cubriendo una reunión del gabinete de seguridad, por lo que pudo constatar el alto grado de tensión imperante en los círculos gobernantes; otras versiones aseguraban que la propia reportera era la que había dado la voz de alarma al detectar el auto amarillo cuando ella se disponía a entrar a la Casa Presidencial.

Hojeé el periódico que había comprado esa mañana: el artículo de la periodista Mena ocupaba un espacio destacado en la sección de nacionales.

Pero el locutor ahora se refería a Jacinto Bustillo, el ex esposo de la señora asesinada el mediodía de ayer, como el principal sospechoso de conducir el Chevrolet y coordinar los ataques de los reptiles, de acuerdo con fuentes policiales cercanas a la investigación y que pidieron el anonimato... ¡Al fin me habían identificado!...

Meneé la sopa que cada vez adquiría una mejor textura y probé un trozo de carne, a ver cuán blando estaba. En menos de media hora estaría listo mi succulento almuerzo. Bebí otro buen trago de ron y saqué un poco de pan que aún quedaba del que había tomado del supermercado el día anterior.

El locutor se refirió al rumor de que en el interior del Gobierno se manejaba la hipótesis de que la ofensiva de las serpientes podía formar parte de un plan desestabilizador, sobre todo si se consideraba que el asesinato del doctor Abraham Ferracuti determinaría el aceleramiento de las pugnas dentro del partido oficial. Informó también que, por decisión presidencial, se había integrado una comisión especial, coordinada por el director de la policía, con el propósito de neutralizar lo antes posible la amenaza de las serpientes.

Terminó el noticiero. Giré la perilla y encontré la música clásica que necesitaba para aclarar mis ideas. Me acosté dentro del auto, con el pequeño radio apoyado en mi vientre, las manos enlazadas tras mi nuca y la vista fija en el herrumbroso techo de la cabina. Nos estarían buscando desesperadamente, con todo su arsenal, calle a calle, rastreando estacionamientos y talleres, con la orden de aniquilarnos en el mismo instante en que nos detectaran. Me iba quedando dormido, otra vez, porque mi cuerpo adolorido aún pedía descanso; pero el hambre se impuso.

La sopa estaba exquisita, tonificante, innovadora esa mezcla de culebra y marihuana. Y vaya manera de disfrutar a Valentina: era como si toda su

voluptuosidad se hubiese concentrado en cada trozo de su carne, como si me transmitiera su extrema capacidad de furia y placer en cada bocado, como si su espíritu lujurioso hubiera sido destilado en ese líquido espeso, quemante. Recordé mi sueño de anoche, cuando Valentina me trenzaba en aquel abrazo orgásmico, rebosante de lubricidad, y el almuerzo me supo muchísimo más delicioso.

Una vez satisfecho, en lugar de ser víctima de la modorra que sigue al banquete, me sentí súper energizado, lúcido, con ganas de conversar, de hacer cosas. Pero antes debía conseguir cigarrillos. Apagué la fogata, bebí un último trago de ron, arranqué del periódico el pedazo de hoja donde estaban los números telefónicos de la redacción y caminé hacia el portón de la huesera, con la idea de que el sitio estaría a esta altura con los cerrojos echados, abandonado durante el fin de semana, y que el vigilante habría desaparecido. No me equivoqué. Busqué entonces uno de los boquetes en la malla de alambre que me permitiría salir al terreno baldío adyacente. Llegué a la acera. Deambulé un par de cuadras, bajo el sol que no menguaba, en busca de una tienda.

Había dos tipos jóvenes sentados en el largo escalón de la entrada, con sendas cervezas y la resaca golpeante en la jeta. Me vieron con recelo. Una anciana me entregó los cigarrillos, sin disimular su asco. Se me antojó una cerveza bien fría. La pedí. Y me senté en el mismo escalón, porque la sopa había sido maravillosa y yo me sentía expansivo, animado. Los tipos se pusieron incómodos, en guardia, hasta se movieron hacia el otro lado del escalón. Encendí un cigarrillo y les ofrecí. Dijeron que no, gracias. Yo tenía tal sed que me zampé media cerveza de un sorbo.

—¿Dónde hay un teléfono público? —les pregunté.

Me indicaron que debía caminar tres cuadras. Me pregunté si ellos reconocerían mi rostro como el del retrato hablado que aparecía en el periódico.

—Dicen que ya agarraron al loco de las serpientes —les dije.

¿Cómo?, ¿dónde?, preguntaron.

La anciana, desde detrás del mostrador, también paró la oreja.

—Lo acaban de anunciar en el radio —les expliqué—. Parece que el tipo se metió de nuevo al centro de la ciudad y ahí lo atraparon...

—Ojalá maten a ese hijo de puta... —comentó el tipo lampiño, con rabia, y dijo que ahora sí me aceptaba un cigarrillo.

—No jodás, qué lástima... —exclamó el otro, el de los lentes oscuros—. Ya tenía al Gobierno agarrado de los huevos...

—Me hubiera gustado que vos o alguien de tu familia hubiera sido mordido por esas serpientes, a ver si te gustaba...

La anciana dijo que no le cabía la menor duda de que la aparición de las serpientes era un signo ominoso, evidencia de que el fin de los tiempos estaba acercándose, tal como lo advertía el Apocalipsis, de otra manera no podía explicarse semejante calamidad.

Les dije que yo opinaba lo mismo.

Bebí lo que quedaba de la cerveza. Me puse de pie. Y salí, renqueando, en busca del teléfono público, pensando que no había avisado a las muchachas de que estaría fuera por un rato.

Marqué uno de los números telefónicos de la redacción del periódico. Pregunté por Rita Mena. Ella estuvo pronto en la línea. Me identifiqué, le advertí que no me fuera a interrumpir porque colgaría y le dije que todo lo escrito sobre mí no captaba la esencia de lo que sucedía.

—Yo no soy un loco, ni un delincuente, sino alguien que tras un intenso esfuerzo, en un acto de voluntad suprema, se convirtió en lo que soy, en Jacinto Bustillo, el hombre de las serpientes... —afirmé, inspirado.

La pobre estaba impactada; guardaba un estricto silencio mientras yo aspiraba mi cigarrillo.

Entonces le dije que claro, era a mí a quien había visto rondando por la Casa Presidencial; pero eso no importaba, yo no estaba interesado en meterme a la guarida de los políticos.

—No hay plan, no hay conspiración, como acaban de decir en la radio. Sólo el azar y la lógica que me permite profundizar mi mutación. Pero ustedes no entenderían... —sentenció con profundidad, emocionado, como si por primera vez pudiera expresar a cabalidad y libremente lo que pensaba.

Y, antes de colgar, le prometí que la llamaría de nuevo.

Tiré la colilla a la calle. Caminé de regreso a la huesera, exaltado, con ganas de ver a las muchachas para contarles la conmoción que vivía el país a causa de nuestras iniciativas, para que saborearan la fama, el hecho de ser la comidilla en boca de todos. Pero no quería pasar nuevamente frente a la tienda. Me fui por la calle paralela hasta que llegué a la altura del terreno baldío, donde doblé para introducirme por la misma ruta por la que había salido.

Las muchachas habían retornado ya al Chevrolet amarillo, atiborradas de sol, recargadas de energía, con un hambre y una sed que las llevó a acabar con los restos de sopa y carne de Valentina. Ahora descansaban dentro de la cabina, con una expresión de placidez, de satisfacción, que me hizo preguntarme sobre el efecto que tendría sobre ellas esa mezcla de marihuana y Valentina.

Les conté que había ido a hablar con una de las reporteras que escribía sobre nosotros. La ciudad entera estaba en pánico: imaginaban nuestra presencia y temían ataques en zonas donde jamás habíamos estado; difundían interpretaciones sobre el porqué de nuestras acciones totalmente delirantes, como si fuésemos los heraldos de grupos políticos o de narcotraficantes que buscaban asaltar el poder.

Me miraron sin alterar su expresión, en silencio, ajenas a mis preocupaciones. Les dije que las autoridades ya me habían identificado como Jacinto Bustillo, que tenían las señas del Chevrolet amarillo y seguramente nos estaban buscando con ahínco, con la determinación de exterminarnos a la primera oportunidad. Tampoco se impresionaron; más bien percibí cierto brillo en sus ojos y un rictus insinuante que

me hizo intuir otros vericuetos.

—Encontré un radio... —exclamé, señalando el aparato, con cierto nerviosismo porque por primera vez no comprendía el comportamiento de ellas.

—Se nos había olvidado decirte... —dijo Beti.

Y agregó que don Jacinto lo escuchaba todas las noches, a bajo volumen, para que los transeúntes no se dieran cuenta de que ese auto estaba habitado.

—Le gustaba dormirse oyendo música clásica —musitó Carmela.

Prendí el radio. Me arrebujié en un rincón de la cabina, con la vista fija en el aparato, para no tener que mirarlas a ellas. Moví la perilla hasta que encontré la Nueva Era, una emisora que transmitía rock. Un extraño hormigueo me ponía cada vez más nervioso, inquieto, a tal grado que tuve que salir de la cabina. Encendí un cigarrillo. Caminé entre los autos apiñados hacia la malla del fondo con un inexplicable desasosiego, hasta que descubrí que el hormigueo se concentraba en mi entrepierna, peor aún, que tenía una incipiente erección.

¡Carajo!... Entonces comprendí: Valentina...

Deambulé entre la chatarra, fumando ansiosamente, cabizbajo, con las palmas de mis manos húmedas de sudor. Pero aunque dilatara al máximo los minutos, aunque me hiciera a la idea de que esa decisión me competía exclusivamente a mí, el instante llegaría, inevitable, preciso, quizá con cierto aire de sarcasmo, y de nada me serviría manotear, tratar de ahuyentarlo; al contrario, debía extraerle sus más jugosas emociones, desechar mi imagen de cordero en sacrificio y transformarla en la de un efebo embriagado en el deleite y la lascivia.

Enfilé de nuevo hacia el Chevrolet amarillo. Entré a la cabina. Ellas estaban tal como las había dejado, espléndidas en su placidez, con un dejo de picardía. En el radio sonaba aquella canción de Maná que decía: «No sabes cómo te deseo, no sabes cómo te he soñado...». Busqué en mis bolsillos.

—Quiero que prueben algo —les dije.

«Contigo yo alucinaría...».

Saqué una de las bolsitas de cocaína que me había traído de la mesa de Raúl Pineda. Puse al revés un bote de lata, para que me sirviera como base y esparcí el polvo blanco, reluciente. Ellas se acercaron, curiosas.

—¿Qué es? —preguntó Beti.

—Un polvito mágico —le dije. Luego unté mi dedo cordial de coca y se lo ofrecí —: Probá. Te va a gustar.

Me clavó sus ojillos ruinosos, desconfiados.

—No tengás miedo...

Enseguida pasó su lengua bífida por mi dedo, una y otra vez, hasta que acabó con la dosis.

—Ahora te toca a vos —le dije a Loli, la más tímida, la más tierna.

Miró a Beti, en espera de alguna reacción.

«Oye mi amor, no me digas que no...».

Le tendí mi dedo untado de coca. Ella lo lamió, al principio con similar desconfianza, pero luego con fruición.

Carmela dijo que ella no quería, no estaba para andarse alterando con experimentos, ya la sopa le había caído suficientemente pesada por esas hierbitas que yo le había echado, como para probar ahora sustancias desconocidas.

—Se me han dormido la lengua y la boca —dijo Beti—, pero comienzo a sentir una emoción bien rica.

Loli afirmó que a ella le sucedía lo mismo.

—Animate —le dije a Carmela, la más necia, la más cerril, acercándole el dedo.

«Oye mi amor, no me digas que no...».

Apretó el ceño y como a la fuerza fue lamiendo mi dedo. Hice un carrete con una de las cartas que Aurora había enviado a don Jacinto, y a través de él fui aspirando aquel polvo que, procediendo de un agente antinarcóticos, estaba en su estado más puro, potente.

—Quiero más —pidió Beti.

Loli dijo que ella también; se sentía riquísima, feliz.

Les repetí la ronda.

Y yo me receté otro par de líneas, mientras Carmela observaba aún reticente. Pero cuando Beti y Loli terminaban su cuarta dosis, ella dijo que también quería, antes de que ese polvo mágico desapareciera, porque sentía un cosquilleo tan delicioso en su bajo vientre, ganas como de ya sabían qué. Las tres se miraron entre sí, cómplices, con ese brillo en los ojos y el rictus de picardía que me había causado nerviosismo un rato atrás.

La canción había terminado y un estúpido hablaba sandez tras sandez ante el micrófono. Apagué el radio.

—¿Qué ondas?... —dije.

Y me repantigué en el rincón.

—Ese polvito me ha dado unas tremendas ganas —dijo Beti, rolliza, soliviantada.

Apenas quedaba un puchito de coca.

El cosquilleo en mi entrepierna volvió súbitamente, pero con mayor intensidad, y la erección hacía que me doliera el miembro apretujado dentro del calzoncillo. Me desvestí del todo. Y, antes de tenderme sobre la manta, en el rincón de la cabina, busqué la botella de ron, a ver si aún quedaba un trago. Ya Beti estaba frente a mí, con la cabeza erguida, y la mirada comenzaba a extraviársele. Alcancé a meterme un trago en el momento en que ella comenzaba a deslizarse sobre mis muslos, rondaba cerca de mi miembro, y luego subía por mi pecho, con lentitud, untándose a mi piel, hasta que su cabeza empezó a restregarse en mi cuello, bajo la oreja, excitadísima, mientras su bajo vientre frotaba mi pene y mis testículos.

—Qué rico... —murmuró.

Y su cuerpo se enroscó por abajo del tal manera que circundó mi miembro, apretándolo, con movimientos envolventes, giratorios, y yo apoyé mi mano izquierda

sobre la cabeza de ella, para acariciarla, mientras con la derecha le sobaba esa curva con la que prensaba mi pene.

Y entonces me hice a un lado y ella quedó en el piso, su cuerpo tendido cuan largo era, y comencé a lamerla, con fruición, enterita, primero su pecho, luego el vientre, y fui bajando hasta llegar a su cola. Ella gemía, diciéndome que jamás había sentido algo así. Yo me había puesto en cuatro patas, para lamerla mejor. Y en ese momento fue cuando Carmela, con su temperamento impulsivo y su cuerpo breve y delgado, se enroscó de golpe a mi miembro colgante, como una lapa, y empezó a circular alrededor de él, sin dejar de presionarlo, engolosinándose en mi bálano, llevándome a tal grado de excitación que me hizo caer al piso, pidiéndole por favor una tregua, que me soltara un instante, porque si no me vendría en el acto. Contuve mi respiración para intentar detener los espasmos: apenas unas gotitas de semen salieron de mi pene palpitante.

Beti estaba tendida, recuperándose; Carmela se había hecho a un lado, jadeante, muchacha de emociones virulentas.

Sólo Loli permanecía inmóvil, larga y delgada como era, con su cuello erguido, y su semblante tímido, delicado. La miré a los ojos; me sostuvo la mirada. Ella era la que más me gustaba, sin ninguna duda, la que me movía algo en el plexo, de la única que hubiera podido enamorarme.

Fui hacia el bote para acabar con el poco de coca que aún quedaba: aspiré una línea y me unté el dedo para darles a ellas, las muy glotonas, que pedían más y más.

Volví a ver a Loli.

—Quiero con vos... —le dije.

Bajó la vista.

—Yo también —musitó—. Pero me gustaría que pusieras música.

Alcancé el radio.

—Tengo ganas de bailar con vos —dijo.

Le expliqué que la cabina era muy baja; yo no podría bailar, a menos que lo hiciera de rodillas.

—Salgamos... —propuso. Salí, desnudo, ansioso, con la erección más templada. Puse el radio en el suelo de tierra y sintonicé una canción de los Beatles titulada *Dear Prudence*. El sol, aunque lateral, pegaba con rigor todavía. Ella subió por mi cuerpo hasta recostar su cabeza sobre mi hombro; su cola se enrollaba con delicadeza alrededor de mi pene. Apoyé mis manos sobre su espalda y estuve besando su cuello, con ternura. Era como si el movimiento de mis labios se transmitiera en forma directa a mi pene, tal era nuestra compenetración. Nos desplazábamos suave, acompasadamente, como protagonistas de un antiguo ritual.

—Podría enamorarme de vos, como no te imaginás... —le susurré.

—Yo también... —dijo, presionando mi pene con su piel untuosa—. Y me encantaría pasar bailando con vos toda la tarde.

La canción terminó.

Beti y Carmela se habían subido al capó del Chevrolet y comenzaron a golpetearlo con sus colas, a ritmo de aplauso.

—¡Qué lindo!... —exclamó Beti—. Yo también quiero bailar.

Carmela propuso que yo bailara una pieza con cada una de ellas; la tarde estaba preciosa, y debíamos aprovechar que el cementerio de autos era todo nuestro.

Loli me había soltado y ahora subía al capó, un poco apenada, me pareció, porque habíamos sido demasiado evidentes, y las otras dos habían notado que entre ella y yo fluía algo más que el puro deseo. Pero Beti ya venía hacia mí para que bailáramos la canción que comenzaría en cuanto ese locutor estúpido cerrara la boca.

—Qué rico... —repitió.

Y tuve que plantar mis dos pies con solidez sobre el suelo, porque hizo una maniobra que le permitió frotar simultáneamente mi pene, mis testículos y mi ano, en una especie de carrusel lúbrico; el vértigo fue tan súbito y tremendo que tuve que apoyarme en el auto. Pero entonces empezó aquella vieja canción de Eric Clapton, *Layla*, y Beti subió a recostar su cabeza sobre mi hombro.

—¿Te gustó? —preguntó.

—Claro —le dije mientras nos desplazábamos al ritmo de Clapton—; nunca había tenido semejante sensación.

Pero había algo, una incomodidad, un distanciamiento: el hecho de que yo había optado ya por una muchacha que ahora observaba desde el capó, con un dejo de tristeza, la manera como me cebaba con su amiga. Lo que no impedía, por supuesto, que mi excitación persistiera, que mi cuerpo vibrara untado a la carnalidad de Beti.

La canción terminó.

—Es mi turno —dijo Carmela.

Pero la siguiente canción no era para bailarla de cachete pegado, sino para brincotear, o al menos eso creí yo, y lo propuse, sin ninguna gana de fastidiar a Carmela, de tal manera que empecé a moverme al ritmo de Police, cantando el estribillo que decía «*Walking on the moon...*», mientras ellas se erguían frente a mí, balanceándose, tarareando, entusiasmándose cada vez más, bordeando el éxtasis, como si realmente estuviésemos caminando sobre la luna, bailando entre los cráteres, hasta que hubo un segundo en que, cuando la canción estaba a punto de finalizar, logré detectar nítidamente el ruido de un helicóptero que se acercaba rasante.

¡Y fue como un luzazo!

Les grité que entraran de inmediato al Chevrolet.

A toda prisa saqué la manta de la cabina y la coloqué sobre el techo del auto.

Y me puse a tirar frenéticamente tierra, cenizas y desperdicios sobre el capó y el baúl, a fin de camuflar ese amarillo delator.

Ellas habían entrado espantadas, a esconderse en esos meandros de la carrocería donde aún se me perdían.

Yo seguí camuflando el auto hasta que creí que el helicóptero ya casi estaba sobre mí y entonces me lancé hacia dentro, jalando la portezuela.

Me acurruqué en el centro de la cabina, a esperar lo peor; que la nave se posara sobre el Chevrolet amarillo y de inmediato empezara el ametrallamiento, los bombazos y el fuego de los lanzallamas.

Pero el helicóptero, a bajísima altura, voló en círculos alrededor de la huesera, luego se mantuvo suspendido en un par de posiciones, una vez muy cerca de nosotros, escudriñando entre aquellos centenares de autos, y enseguida alzó vuelo.

Yo permanecí paralizado varios minutos, incluso cuando el ruido de la nave se perdía en lontananza, y volví a escuchar el radio que había quedado encendido. ¿Nos habrían detectado y su retirada era nada más que una estratagema para que nos relajáramos y entonces sí sorprendernos contundentemente?...

Me acosté; mi corazón estaba aceleradísimo. Me urgía un trago. Busqué infructuosamente en los rincones; las reservas de alcohol habían fenecido. Pero encontré otra bolsita de coca, aunque más pequeña; el tal Raúl Pineda, después de todo, nos había sido obsequioso. Me preparé unas líneas mientras ellas salían de sus escondrijos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Beti.

—Nos andan buscando —dije—. Quieren exterminarnos.

—Qué susto... —comentó Loli.

Localicé el carrete hecho con la carta de Aurora a don Jacinto y me receté tremenda dosis. Ellas me pidieron del polvo mágico, con vehemencia, porque el susto las había dejado apachurradas. Les di lo suficiente como para que unos minutos más tarde Beti me rogara que trajera el radio, para que continuásemos bailando, aunque yo tuviese que hacerlo de rodillas, dentro de la cabina. Y fue la gangosa y potente voz de Jim Morrison, entonando *Riders on the storm*, la que me devolvió el sosiego, la energía y luego el contento de estar con ellas, de tener a Loli a mi lado, las tres nuevamente con el brillo en sus ojos y el rictus insinuante. Yo continuaba desnudo, sentado en el piso del auto; el helicóptero se había llevado mi erección, mis ganas de bailar, y la última dosis de coca había servido más que nada para exacerbar mi sed alcohólica. Alcancé mis calzoncillos, mi camisa, mis pantalones.

—¿Qué te pasa? —inquirió Beti.

—Voy a vestirme —dije.

—¿Por qué? —me preguntó Loli, con un dejo de tristeza, como para desarmarme. No hallé qué decirle.

—Me he quedado con las ganas —musitó, suplicante.

Le pedí que se acercara. La tomé por la cabeza, cara a cara, mi vista penetrando en sus ojos claros, insondables. Y la besé en la boca. No se lo esperaba. Se enroscó en mi cuello, en mi tronco, en un ataque de júbilo, y bajó a frotarse en mi miembro, intensa, desafortadamente. Beti y Carmela tampoco se aguantaron: fueron sobre mí, con tal decisión y voracidad, que no tuve más alternativa que dejarme caer, acostado, de espaldas, con los brazos abiertos, mientras ellas realizaban su festín de lubricidad entre mi pubis y mi entrepierna, una danza de serpientes enfebrecidas que me

condujo velozmente a los espasmos, al clímax, al aullido, al esperma borboteante.

Quedé exhausto, pero mi corazón galopaba, desbocado, como si nunca fuera a cansarse de semejante velocidad. Descansé un rato, quizás hasta dormí. Luego me fui incorporando, poco a poco. Encendí un cigarrillo. Me vestí, sin que ellas pusieran reparo, porque ahora dormitaban dulcemente. Necesitaba un trago, con urgencia, aunque fuera un six de cervezas. Salí del auto. Dentro de poco el atardecer comenzaría a insinuarse con sus anaranjados tenues. Caminé hacia el terreno baldío para salir a la calle. Pero me entraron unas súbitas ganas de cagar. Decidí mejor enfilar hacia la barda de atrás de la huesera, de la que estábamos más cerca y colindaba con la barranca. Estaba acurrucado, distraído, disfrutando de la defecación, cuando percibí una presencia a mis espaldas. Me volví. Era Loli, quien serpenteaba tranquilamente hacia mí. Sentí vergüenza de que me viera en esas condiciones.

—Estuvo lindo —dijo.

Asentí.

Me limpié con la carta de don Jacinto. Me arreglé los pantalones y busqué un boquete en la malla de alambre. Salimos al borde de la barranca; abajo, como a treinta metros, corría el riachuelo; al otro lado pululaban las casuchas de una zona marginal. Me senté en el mero borde, de cara al vacío, con ella a mi lado.

—¿Creés que regresará el helicóptero? —preguntó.

Probablemente. La cacería apenas había comenzado y no cejarían hasta dar con nosotros. ¿Qué haríamos si nos acorralaran en ese cementerio de autos?

—Intentar huir —dije.

Era como si al celaje le estuviesen dando pinceladas naranjas, rosadas. Una brisa fresca, crepuscular, soplaba en ese filo de la barranca.

—Creo que hasta el lunes en la mañana estaremos tranquilos —musité.

Lancé una piedra hacia el fondo de la barranca.

—Te quiero... —me dijo—. Quiero estar con vos, que nada nos separe...

Guardé silencio, con la vista perdida en el horizonte. Posé mi mano sobre su espalda y la acaricié, tiernamente.

—Yo también te quiero —dije por fin—; pero ahora me urge conseguir un trago.

Me puse de pie.

Entramos de nuevo a la huesera.

—Voy a la tienda —le indiqué—. Estén alertas, porque entre todos estos carros deben de haber escondidos cantidades de seres como ustedes y, cuando anochezca, no quiero que se lleven una sorpresa.

—Cuidate —me dijo, y me tiró un beso.

Me dirigí hacia el boquete colindante con el terreno baldío. Salí a la calle. La tienda estaba en pleno jolgorio, con varios grupos de bebedores en la acera. Traté de pasar desapercibido, pero varios tipos me miraron con asco. Los dos jóvenes del mediodía seguían bebiendo. Pedí una media botella de aguardiente, justo para lo que me alcanzaba el dinero. La anciana me reconoció desde el mostrador.

—Era mentira —me espetó—. Aún no han capturado a esas serpientes...

Los tipos que estaban cerca de la entrada se callaron y se volvieron para mirarme.

—Seguramente se equivocó el periodista —le dije a la anciana—. Con tanta falsa alarma...

—Acabo de escuchar que las serpientes trataron de atacar la funeraria donde velan los restos del doctor Ferracuti y su familia —dijo ella.

—¡No puede ser!... —exclamé.

Y me empujé ahí mismo la media botella.

—Sí —insistió la anciana—. Hace como una hora. El tipo tuvo que huir con sus serpientes porque lo sorprendieron los policías que estaban de guardia.

El trago me supo espléndido.

Uno de los bebedores comentó que el presidente de la República daría un mensaje a la nación a las ocho de la noche.

—Asustaron al pendejo del gordo... —celebró otro comensal, refiriéndose al presidente.

Y brindaron, a las carcajadas.

Me acerqué a ellos.

El joven lampiño, que a mediodía se había pronunciado porque mataran al tipo de las serpientes, vino a mi encuentro, balanceándose, completamente borracho.

—Este pinche pordiosero debe de ser el tal Jacinto Bustillo de las serpientes —masculló, dándome una fuerte palmada en la espalda.

Los otros celebraron su ocurrencia.

Me empujé de nuevo la media botella; empezaba a entonarme.

—Si yo fuera quien usted dice, debería tener cuidado —le advertí, en tono de chanza—, porque las serpientes se le meterían hasta en los sueños...

Y fue el desparpajo de carcajadas, silbidos y burlas.

Al lampiño no le hizo gracia, pero algo detectó en mi mirada que prefirió volver a su sitio, diciéndome que me fuera con mi pestilencia a otra parte.

—No le haga caso, compadre —me dijo el bebedor que se había burlado del presidente—. Tómese su trago tranquilo. Es más, lo invito a una cerveza... Niña Tila —ordenó, alzando el brazo hacia la anciana—, una cerveza para el caballero... Si usted fuera el tipo que ha puesto de culo a estos ricos y a este Gobierno de mierda, aquí mismo me lo echaría en hombros...

Hubo más chiflidos y aplausos.

Acepté la cerveza.

Todos los grupos hablaban sobre lo mismo: el caos creado por las serpientes del Chevrolet amarillo. El joven de los lentes oscuros gritó desde el otro grupo que debíamos formar un «comité de solidaridad con Jacinto Bustillo y sus serpientes justicieras» y que yo, a la cabeza de todos los pordioseros de la ciudad, debía integrar una red clandestina de apoyo a Bustillo y sus serpientes.

Casi nos orinamos de la risa.

Pero comenzaba a oscurecer y recordé que las muchachas estaban solas, esperándome, sobre todo Loli, quien podría angustiarse.

Me terminé la cerveza, di las gracias, dije que volvería en un rato y seguí mi camino. Renqueaba hacia el teléfono público, con mi navaja de cacha color hueso rozándome el muslo, valorando si valdría la pena llamar de nuevo a esa reportera, la tal Rita Mena, para explicarle algo que ni siquiera yo tenía suficientemente claro. Lo más probable era que ella ya se hubiese puesto en contacto con la policía, y que el subcomisionado Handal estuviese interviniendo sus teléfonos, al igual que en las series de televisión, en espera de mi llamada para lanzar a su jauría sobre mis huesos y mis muchachas.

Me senté en la cuneta, junto al teléfono, porque en ese momento una adolescente de pantorrillas carnosas reía prendida al auricular. Di otro trago a la media botella, encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar su conversación. Pero en eso, un gordito chaparro, con cara de buena gente, se formó tras la chica.

—Yo voy primero —le advertí, para que no se las llevara de listo.

El gordito dijo que sí, que por supuesto, la pura cortesía.

Ahora la chica hablaba sobre un compañero de escuela llamado Gerardo, quien había resultado muerto anoche, durante el ataque que las serpientes lanzaron contra la gasolinera Esso.

Miré con desfachatez sus pantorrillas carnosas, de piel pálida y vellos oscuros. Ella se incomodó; dio media vuelta, poniéndose de espaldas. El gordito le sonrió.

—Mejor te llamo después —dijo la chica—, porque hay varias personas esperando el teléfono...

Colgó y cruzó la calle.

Me puse de pie, sin prisa. El gordito se movió un poco hacia atrás, quizá para evitar mi hedentina. Saqué el recorte de periódico donde estaba el número telefónico de la redacción y marqué.

Pedí hablar con Rita Mena.

La operadora preguntó de parte de quién; pero hubo un quiebre en su tono que me hizo pensar que estaba avisada, aguardando para dar la alarma.

Le dije que era personal, un amigo.

Dejó timbrar cinco veces su teléfono, como dando tiempo para que pudieran localizar el origen de la llamada.

Me volteé hacia el gordito; también le sonreí.

—Soy yo otra vez... —dije.

Pero no me dejó continuar: comenzó a preguntarme un montón de cosas, aturdiéndome, según ella ganando tiempo, la muy polizante, mientras yo había metido la mano en mi bolsillo y acariciaba la cacha color hueso de mi navaja.

—Le pedí que no me hiciera preguntas —la interrumpí, cuando necesitó tomar aire—. La llamé a usted porque me sorprendió que su periódico diera tanto espacio al quehacer de las muchachas. Es la primera vez que hablan de mí, sin conocerme. Pero

algo me dice que usted no es sincera conmigo...

Y colgué, porque intuí que tenía los segundos contados.

Le dije adiós al gordito, quien de inmediato se posesionó del aparato. Caminé normalmente unos cinco metros y enseguida empecé a correr, por la calle paralela a la de la tienda, a todo lo que daban mis piernas, como si la cojera jamás hubiera tenido que ver conmigo, como si nunca hubiese sido Jacinto Bustillo.

No terminaba de llegar a la altura del terreno baldío cuando el rugido de los helicópteros y el aullar de las sirenas estremecieron la zona.

Las descargas fueron horribles, contundentes, potentísimas: imaginé la mueca de espanto en el rostro del gordito sin entender lo que sucedía, destrozado por los impactos.

Entré al terreno baldío, crucé la barda y corrí hacia el Chevrolet amarillo.

El estruendo ya había alertado a las muchachas.

—¡Pronto!... —les grité—. ¡Huyan por la barranca!...

Salieron en estampida; Loli se volteó, como si fuese a esperarme.

—¡Apurate!... —le grité, en medio de aquel ruido ensordecedor y de los reflectores que bailaban alocadamente desde el cielo.

Corrí tras ellas y, antes de llegar a la barranca, un luzazo casi iluminó mi espalda. Todo sucedió en un instante: las descargas, los fogonazos, las explosiones.

Pasé deslizándome a través del hueco en la malla metálica y caí, rodando, barranca abajo, hasta que aterricé, totalmente aturdido, hecho trizas, en el riachuelo inmundo.

Tenía que ponerme de pie, de inmediato, antes de que otro reflector me detectara, de que las balas trazadoras peinaran esa zona.

Arriba el estruendo era aterrador. Las explosiones iluminaban el cielo como si fuese de día.

Logré incorporarme. Y me fui, agarrándome de los arbustos, en el sentido de la corriente, parapetado en la orilla, avanzando con dificultad.

No veía a las muchachas por ningún lado, ni siquiera sabía si también habían caído hasta el riachuelo.

—¡Loli!... —grité, pero no hubo respuesta.

Seguí chapoteando en el vado hasta que encontré una vereda lo suficientemente cubierta de vegetación como para aventurarme en ella.

Los policías estaban incendiando todos los autos, indiscriminadamente, sólo así se explicaban la tronazón y las llamaradas.

Los helicópteros seguían posicionados, rasantes, iluminando la huesera, los terrenos baldíos, la barranca.

Llegué a los linderos de la zona marginal. Pasé bordeándola, evitando a los moradores que contemplaban estupefactos el asalto al cementerio de autos. Logré salir a la calle de tierra que unía la zona con una avenida muy transitada. Caminaba tambaleándome, como si estuviera totalmente borracho, para despistar a los

transeúntes que iban alarmados hacia sus casas, porque semejante estruendo recordaba los aciagos días de la guerra.

Y me fui caminando, a trompicones, hablando solo, manoteando contra la noche, farfullando —llamaba a Loli, mi amorcito, mi niña linda, dónde estás, vení conmigo, y a Beti y a Carmela también, princesas a la hora de amarme, no me dejen solo, cositas, qué haré sin ustedes, dónde se han ido—, hasta que una hora más tarde, cansadísimo, sediento, lloroso porque imaginaba que nunca más volvería a verlas, distinguí la tienda de la Niña Beatriz, aún abierta, y el lugar donde había permanecido estacionado el Chevrolet amarillo de don Jacinto Bustillo con las muchachas dentro, y pensé en lo que eran las coincidencias, porque a esa misma hora, tres días atrás, yo había abordado al mendigo que se encaminaba a su auto, y hacía apenas dos días, a la misma hora, gracias a mi navaja de cacha color hueso, me había convertido en ese mugriento viejo domador de serpientes.

Subí las escaleras, saqué mis llaves y abrí la puerta del apartamento de mi hermana Adriana.

—Soy yo... —dije.

Adriana saltó del sofá, llorando, a abrazarme, y me atosigó de preguntas: qué me había pasado, dónde había estado, cómo me había puesto en un estado tan lamentable. Damián expresó también su satisfacción por mi retorno.

Les dije que necesitaba tomar una ducha, rasurarme y ponerme ropa limpia antes de contarles. Me metí al baño. Ella llamó entonces al subcomisionado Handal para informarle de mi regreso, pero éste se encontraba en esos momentos extremadamente ocupado revisando los escombros de una huesera donde Jacinto Bustillo, las serpientes y el Chevrolet amarillo habían sido calcinados por el fuego de los lanzallamas y las bombas incendiarias.

*San Pedro de los Pinos, D.F,
septiembre-octubre de 1995.*